

¿QUÉ ES CREER?

H.J. Hegger

2ª Edición en español

Traductor:

Fco. Rodríguez

Edita:

Stichting In De Rechte Straat (IRS)

Fundación En La Calle Recta (ECR)

Postbus,131; 6880 AC VELP; HOLANDA

P.D.: El autor, en esta nueva edición holandesa de 1997, ha corregido la anterior y ha añadido algunos capítulos nuevos. Por lo cual el lector en esta nueva traducción al español puede encontrar un libro muy distinto a la edición de 1982.

CONSIDERACIONES

...sobre el cuadro de la portada

En la Biblia los encuentros junto a un pozo de agua jugaron un papel muy importante. Junto a un pozo encontró Isaac a Rebeca y Jacob a Raquel. Y junto al pozo de Jacob se encontró Jesús con la mujer samaritana y ese encuentro fue para ella una fuente de agua viva:

"Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y Quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y Él te daría agua viva (Jn.4:10).

Ese agua viva es Jesucristo Mismo. Pero cuando yo transcribo aquí sin más una tal conversación, usted me preguntará a renglón seguido: ¿Dónde se encuentra esa agua viva, Jesucristo? Mi respuesta: Según esto no necesitas buscarla mucho. Ese agua viva la encuentras en la Palabra de Dios. "Cerca de ti está la Palabra" (Rom. 10:8). Acércate a la Biblia. Ese es un pozo de aguas cristalinas y frescas.

Pero, ¿cómo podemos sacarlas de ese pozo?, así reza la siguiente pregunta. ¿Cómo podemos traer el agua arriba para beberla y con ella apagar nuestra sed? La mujer samaritana le hizo una pregunta a Jesús: "¿Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo?"

Así también viene la pregunta a nosotros: ¿Hay un cubo espiritual con el que podamos traer hasta nosotros ese agua viva?

En este libro intentaré dejar claro que según la Biblia, de hecho, hay un cubo, con el que el agua viva de Cristo que está situada lejos de nosotros, inalcanzable, la podamos traer hacia arriba. Ese "cubo" es la fe.

Eso lo dice también Pablo en Romanos 10:7. Después de que primeramente hubiese propuesto con toda seguridad: "Cerca de ti está la Palabra", continúa: "Esta es la Palabra de fe que predicamos". Él quiere con eso asegurar que no tenemos necesidad de hacer un viaje largo para encontrar esa Palabra en la que burbujea el agua viva continuamente desde lo profundo de Dios. Está al alcance de la mano y del corazón. "Cerca de ti está la Palabra, en tu boca y en tu corazón".

Tú tienes que creer en la Palabra escrita, la Biblia, y en la Palabra hecha carne, Jesucristo y entonces podrás beber de ese agua viva abundantemente, y siempre de nuevo.

Eso significa: no tenemos que pagar nada por ese agua viva. Eso lo dice Jesús claramente en Apocalipsis 22:17: "Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente".

Y ese "cubo", la fe, con la cual sacamos ese agua viva, se nos da por pura gracia.

Cristo ha ganado para nosotros tanto el agua viva como "el cubo de la fe". Su Nombre sea alabado para siempre. Sí, Amén.

Capítulo 1

OBSERVACIONES PREVIAS

¿Qué es creer?

Antes de que usted comience este libro, me parece bien dar una respuesta corta a esa pregunta.

Creer es:

a. Saber ciertamente que tú eres culpable, eso es: erguido sobre tu propio "yo" y que el Dios Santo jamás te admitirá junto a Sí, antes al contrario te apartará de Sí, cuando después de la muerte te presentaras ante Él para ser juzgado por Él.

b. Saber ciertamente que el amor de Dios es tan grande, que Él ha entregado a Su Hijo Unigénito por nosotros. Ese Hijo se hizo Hombre y tomó sobre Sí los pecados de aquellos que creen en Él.

c. Creer es así mismo confiar plenamente que Dios permanece fiel a Su indulgente promesa, que Él me ha dado en Su Palabra.

Creer es no esperar nada de mi mismo, sino todo sólo de Jesucristo. Creer es aceptar la riqueza de la gracia de Dios. En esa riqueza está incluido el perdón de todos mis pecados, la vida eterna de Cristo Mismo, por la cual el Espíritu Santo ha venido a morar en mi cuerpo como en un templo y he sido hecho hijo de Dios y hay una magnífica herencia preparada para mí cuando después de mi muerte vaya ante la presencia de Dios.

O aún más BREVE

Creer es cuando un pecador confía plenamente en Cristo como su Redentor, su Salvador, su Libertador.

¿Qué es pecado?

¿Qué es eso: pecado?, así se preguntan muchos lectores que han crecido totalmente al margen del cristianismo. Por eso estimo oportuno decir algo concreto sobre eso.

Pecado es buscarte a ti mismo a costa de todo y de todos, incluso a costa de

Dios que te ha creado.

Pecado es situarte a ti mismo en el centro de todo. Todo y todos deben inclinarse ante ti. Quieres ser servido puntualmente. Tus intereses están por delante de todo.

Cierto, también te queda algo para los demás. Pero en lo más íntimo piensas: "Amor con amor se paga". Tú tienes siempre una segunda intención. Jamás haces nada desinteresadamente. "Para qué sirve eso", ese es de nuestra más tierna infancia el enfoque de nuestra vida.

En este momento le oigo murmurar: vamos, vamos, ¿no está usted exagerando? Yo no me considero un redomado egoísta como usted lo acaba de describir. Hasta cierto punto tiene usted razón. Usted probablemente no sea consciente sino que sólo quiere conseguir sus propias satisfacciones. Usted procura convivir con los demás y ayudarles en lo posible.

No, quizás usted conscientemente no fomenta su egoísmo. Pero...hay en el hombre también un subconsciente. Hay en todo hombre una vida interior más profunda que se substrahe a la atención consciente. Hay ocultos motivos en usted, inclinaciones y arranques en lo más profundo de su y de mi vida íntima, de los cuales tal vez no tengamos ni idea, pero que sin embargo determinan muy fuertemente nuestra vida consciente íntima. Pablo lo llama la "carne" en nosotros.

Pero, tal vez usted dirá, si no soy consciente de mis motivos ocultos, tampoco soy culpable.

Parece como si ese razonamiento fuese muy lógico. Y no obstante me veo en la necesidad de responder:

1. ¿Usted hace ese razonamiento, cuando tiene que ver con algo que continuamente permanece poniendo tachas y discutiendo? Con frecuencia uno no se da cuenta de una tal actitud. Se ha vuelto una segunda naturaleza para él, para poner verdes a todos y echárselo en cara, si algo no le agrada.

Sin embargo tampoco dice: "No tiene culpa, ya que no tenía conocimiento de ello. Que él destroce poco a poco a todos y a cada uno, tan pronto como algo se le cruce en el camino, se ha hecho su segunda naturaleza. ¿No es culpable?".

Usted reprocha totalmente esa bruta y áspera trapisonada de ese mala sangre.

Usted le juzga sin más. A lo sumo alega algunas condiciones atenuantes, por ejemplo: "Quizás en su infancia nunca haya tenido verdadero amor; quizás haya tenido que sufrir algún desengaño, etc". Pero usted sigue considerando todo su actuar absolutamente injusto.

También en las relaciones sociales condenamos el daño recíproco entre los hombres. De un violador asesino que fue condenado a cadena perpetua, tampoco decimos: "¡Pobre diablo! Ha matado a siete mujeres, pero no es culpable, ya que fue impulsado por los complejos que en su juventud ha acumulado, por oscuras inclinaciones que ni siquiera trasminaron su conciencia".

2. Así la Biblia también , en cierta manera aduce circunstancias atenuantes para nosotros.

Un ejemplo: El Señor Jesús ora en la cruz por los que le han infringido sufrimientos horribles y humillaciones extremas: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Te puedes preguntar: ¿Por qué Jesús pide perdón para ellos, si no sabían lo que hacían?

Una tal oración así del Señor Jesús sólo es posible, si también nosotros necesitamos el perdón para los pecados que cometimos ignorantemente.

Hemos heredado ese egoísmo

La Biblia nos indica una razón más profunda por la cual nosotros consciente o inconscientemente estamos condenados a tener siempre la vista fija en nuestro propio "yo". Eso es el pecado "original". ¿Qué se quiere decir con eso?

Para entenderlo debemos ir a la creación y a la caída del primer hombre, Adán y Eva.

Estos fueron creados por Dios perfectos, según su imagen y semejanza. Dios había depositado algo de Sí Mismo en ellos. Y como es agradable para los padres, cuando descubren en sus hijos algo de sí mismos, así fue un regocijo para Dios al mirar a ese primer hombre. Se parecían totalmente a Él. No había en ellos ni rastro de egoísmo, antes bien su corazón estaba lleno de amor, porque Dios a imagen de Quién habían sido creados, es Amor.

Pero entonces sucedió algo terrible: Esos dos hijos de Dios, esos hijos del Rey, se hicieron compañeros comunes del enemigo de Dios, el diablo. Se pasaron al enemigo de Dios. Dieron su confianza a satanás.

Entonces Dios tuvo que pronunciar una sentencia sobre esos hombres, por mucho que le entristeciese. Su castigo significaba: muerte. Pero no sólo eso. Dios los abandonó a sí mismos. Al que al cielo escupe a la cara le cae. Dios que sólo es Luz, se retiró de ellos. Entonces se hizo tenebroso, frío y mugriento en

ellos.

Y no sólo eso. Su descendencia salió a sus padres. Nosotros, sus descendientes, hemos mamado el egoísmo con la leche de la madre. Eso lo puedes constatar en cualquier niño. Incluso un bebé puede estar totalmente furioso, si no sale de inmediato con la suya.

¿Cuál es el núcleo del pecado?

Término de decir que el pecado es buscarse a sí mismo. Pero eso tampoco es lo propio, el núcleo, del pecado. Lo realmente malo del pecado es: que es una rebelión contra Dios el cual nos ha creado. Dios ha dicho: "Tú debes hacer esto y abstenerte de eso". Pero cuando pecamos, decimos con las mismas obras (aunque quizás no lo formulemos expresamente): "Y yo NO hago lo que Usted me ordena, y lo que Usted me prohíbe, SI lo hago. Yo no hago caso de Usted. Hago lo que a mí me agrada".

¿Si eso es lo esencial del pecado, le parece extraño, cuando Dios que le ha creado, se enoje por eso y diga: "Bien, haz lo que quieras. Yo me aparto de ti"?.

Si una tal reacción del Dios santo también según usted se sobrentiende, entonces salta de nuevo la pregunta: ¿Sabe usted lo que eso significa?

Si el sol se replegara más apartado del cosmos, de tal manera que sus rayos nunca más nos pudiesen alcanzar, eso significaría inevitablemente la muerte para todos nosotros. La temperatura descendería en seguida cientos de grados bajo cero. En una hora todos quedaríamos helados.

Pues bien, ese es el núcleo de la muerte, con el que Dios castiga el pecado. Él, el Sol que ilumina y calienta a todos y todo, se retira de nosotros, los hombres. Corporalmente podemos aún gozar de perfecta salud, pero nuestra alma está muerta, ya que el Sol está infinitamente lejos de nosotros. Sus rayos no nos alcanzan más.

El infierno no es otra cosa más que la ausencia eterna de Dios. En ese lugar de tinieblas y miseria ni una chispita más penetra de Su fuego luminoso y cálido. Las almas mueren heladas para siempre.

Hasta aquí un primer reconocimiento de que es el pecado y cuál su castigo.

Unas palabras a la cuarta edición holandesa, que es la segunda española.

También en esta edición he introducido algunos cambios.

Cuando tú has llegado a la fe, bebes continuamente del agua viva de la Palabra.

Entonces por eso creces siempre en una más íntima unión con Cristo. Entonces aprendes a conocerle cada vez más hondo y también quieres transmitir ese pleno conocimiento a otros.

Jesús ha dicho: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Jn. 17:3). Ese crecimiento en el salvífico conocimiento de Jesucristo también se lo deseo a usted.

Yo he dividido el libro en dos partes:

I. POR medio de la fe;

II. DESDE la fe.

También he quitado algunos capítulos, y he añadido otros nuevos porque los creía más adecuados para el tema tratado.

PARTE I

¡POR MEDIO DE LA FE!

"Por medio de la fe....no por obras" (Ef. 2:8,9)

En esta primera parte vamos a considerar el portento de la gracia de Dios que Él ha realizado "según el puro afecto de Su voluntad, para alabanza de la gloria de Su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en Quien tenemos redención por Su sangre" (Ef. 1:5-7). Esta es la gracia.

Nosotros hemos nacido en pecado. Crecimos como internamente enajenados de Dios. En lo profundo de nosotros había una aversión contra este Dios, porque sólo lo podíamos ver como un inmisericorde legislador, que nos exige lo que no podemos cumplir, como un Juez frío, que no quiere tener en cuenta ninguna circunstancia atenuante, como un severo moralista que pone reparos a todo y que según él nunca podemos hacer algo bueno.

No podíamos ni queríamos reconciliarnos con Él. Preferíamos quebrarnos que doblarnos ante Él. Ya que el doblarnos ante Él lo veíamos como una total humillación, como un desprestigio de todo nuestro ser hombre.

Pero en manera alguna Dios es así. Él es totalmente diferente. Cuando leemos la Biblia (sin el color o el graduado de las gafas de nuestro juicio humano), recibimos una imagen totalmente distinta de Dios. Entonces le vamos a ver en el Hijo de Dios hecho carne, Jesucristo.

Él se manifestó en Su propia palabra, no como un amo cruel que amenaza con el látigo chasqueante y el puño cerrado a sus esclavos, sino como un Padre cariñoso y misericordioso, Quien ha dado a Su Hijo, "para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna" (Jn. 3:16).

Ese Dios no exige de nosotros justicia alguna, sino que quiere regalarnos esa justicia, y eso por pura bondad; eso significa que no estamos obligados en primer lugar a cumplir toda clase de condiciones.

Y también después de que Dios nos haya aceptado como Sus hijos, no exige de nosotros toda suerte de contraprestaciones como una especie de restitución por todo lo que hemos recibido. Dios quiere que le tratemos como Sus hijos. Él no quiere tampoco que nos arrastremos ante Él como esclavos atemorizados.

Incluso no quiere para nosotros un salario proporcional como trabajadores.

Sin duda Él anhela que nosotros - ¿cómo podía ser de otra manera? - hagamos

Su voluntad. Pero eso debe acontecer con plena libertad y con el amor de todo nuestro corazón.

Y... Él mismo hace que desde la unidad con Cristo recibamos el poder para ello.

"Porque somos hechura Suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef. 2:10).

Yo espero y ruego que, cuando lea este libro, se asombre de un amor tan misericordioso e inimaginable; y que usted por eso va alabar a Dios con jubilosa gratitud.

Jesús predicaba el Evangelio del Reino de Dios, diciendo: "Arrepentíos, y creed en el Evangelio" (Mr. 1:15).

Por eso ahora trataremos primero de la relación entre conversión y fe.

Capítulo 2

CONVERSIÓN Y FE

Si usted hojea la Biblia, aunque sea sólo por encima, notará que la fe y la conversión guardan una relación muy estrecha entre ellas y en realidad quieren decir lo mismo. Esas palabras describen el mismo hecho, pero cada una desde su propio ángulo de incidencia. Por eso es necesario que primero sepamos lo que es realmente la conversión. Así también veremos un poco de lo que es la fe. Primero voy a poner dos ejemplos para ilustrar todo esto:

Dar media vuelta

A las dos tenía que volar en Canadá desde Toronto a Edmonton, aproximadamente 3000 km hacia el Oeste. Nosotros, mi hermano y yo, salimos con el tiempo necesario hacia el aeropuerto, porque queríamos tomarnos un café juntos, antes de despedirnos uno del otro por años.

Pero... partíamos de la suposición evidentemente errónea de que en Toronto sólo existía un aeropuerto. Esa fue una equivocación, que casi tiene consecuencias muy desagradables. En torno a Toronto hay dos aeropuertos. Y... nos equivocamos de aeropuerto. Entonces fuimos a toda prisa al otro. Llegamos con el tiempo justo.

Afortunadamente, porque la iglesia de Edmonton, donde yo esa noche tenía que hablar, estaba llena a rebosar, unas 800 personas. Sería muy desagradable, si esas personas interesadas hubiesen venido para nada.

Así hay personas que piensan que en esta vida y después sólo hay un puerto para la felicidad. Y según su propia opinión ellos están en ese camino. Otros se han hecho creer que después de esta vida no hay ningún otro puerto y que con la muerte todo se acaba.

Eso es realmente un error fatal. Después de nuestra muerte hay dos "aeropuertos", sobre los cuales poder desembarcar: un puerto de felicidad eterna, pero también un puerto de desdicha eterna.

Desde nuestro nacimiento estamos todos nosotros en el camino del puerto de nuestra desgracia eterna. Si tú no haces nada sin querer llegas a ese destino. Pero hay también un puerto de felicidad eterna. Si quieres alcanzarlo, entonces durante tu vida sobre la tierra debes darte la vuelta completa. Ese cambio

completo la Biblia lo llama conversión.

¿Qué es eso exactamente?

Convertirte es llegar al convencimiento de que te encuentras en un camino equivocado y por eso tienes que cambiar de dirección y tomar el buen camino. Y ese buen camino es la fe en Jesucristo.

Aquellos que piensan que después de la muerte sólo queda la noche de la nada, no están bien informados. No se han dejado informar adecuadamente. Parten de una suposición incorrecta en la organización de su vida, ya que en la otra vida hay dos posibilidades: un cielo eterno o un infierno.

Otros piensan que desde la base aérea de tu buena conducta (tu esfuerzo por vivir honesta y devotamente) puedes remontar el vuelo hasta el cielo. También ellos cometen un grave error. Es de esperar que antes de su muerte lleguen a buen puerto.

La Biblia nos enseña que nuestro único aeropuerto del que podemos despegar hacia el cielo, es la fe. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe.... no por obras" (Ef. 2:8.9).

Conductores suicidas

Si al entrar en una autopista en vez de tomar el acceso de entrada te metes por el de salida, en Holanda te encontrarás con un cartel que te dice: ¡Da la vuelta! Si no viste el cartel o no le quisiste hacer caso, entonces te vuelves un conductor suicida y en la mayoría de los casos de consecuencias mortales.

Convertirte es prestar atención al llamamiento de Dios, que Él en la Biblia (ya que todos nosotros desde el pecado original estamos en el camino equivocado) nos hace a todos nosotros: ¡Da la vuelta! Cuando nosotros echamos en saco roto el consejo de nuestro Creador y Juez, somos unos suicidas y nos precipitamos nosotros mismos en la muerte eterna.

Otra manera de pensar y de vivir

Una vez que hemos intentado con esos ejemplos poner en claro lo que significa "convertirse", ahora vamos a analizar la palabra bíblica "convertirse".

La palabra griega que el Nuevo Testamento utiliza en la mayoría de las veces para "convertirse", es "metaneo". Que significa "cambiar de opinión", aceptar

otra manera de pensar y como consecuencia de ello volverse de tu senda de la vida y tomar una dirección totalmente distinta.

Ese cambio es tan profundo, que Jesús lo compara con un segundo nacimiento espiritual.

Nicodemo reaccionó ante Jesús con la pregunta: ¿Cómo puede un hombre, cuando ya se ha hecho viejo, aún experimentar un cambio tan radical? ¿Uno mismo no puede cambiar radicalmente las cosas?

Jesús le respondió que en efecto el hombre no está en condiciones para hacerse nacer a sí mismo de nuevo. Nadie puede ser el padre o la madre de sí mismo. Pero, el Señor añade, que hay un Otro que lo puede hacer, es decir el Espíritu Santo, Quien también ha sido prometido por Jesús.

Otra manera de pensar sobre ti mismo

Pero te puedes preguntar, ¿cuál es esa otra manera de pensar, qué es esa nueva opinión que uno recibe con la conversión?

En primer lugar tú vas a pensar de otra manera sobre ti mismo. Tendrás otro punto de vista sobre ti mismo. ¿Qué es entonces esa distinta visión sobre ti mismo? Eso consiste en esto:

Antes de tu conversión habrás estado de acuerdo en que el mundo, la humanidad en su conjunto, es malo. Ya que ninguna persona sensata puede desconocer eso. La historia de la humanidad es la narración de una riada de sangre y lágrimas, de vileza y corrupción, de odio, mentira, sospecha, envidia y alegría por el mal ajeno.

Y sólo tienes que mirar y ves por todas partes la degeneración. ¡Cuantísima amargura no hay!: contiendas, abrirse paso a codazos, explosiones de rabia, chismorreos, difamación, trucos infames, fanfarronería, mirar con desprecio al otro, ambigüedad, maneras ocultas etc.etc..

¿Y qué es, pues, la conversión? Esto: que tú (en un momento o poco a poco) vas a reconocer que no sólo los hombres son así, sino que tú te das cuenta y reconoces: yo, yo también soy así.

Antes de tu conversión con frecuencia podías tomar parte con cierto placer en los chismorreos con los que los desaciertos de otra persona se ponderaban.

Inconscientemente alimentabas el sentimiento: yo soy mejor o por lo menos no tan malo como ese otro, al que en ese momento tienes en tus manos.

Pero después de tu conversión eso es otra cosa. Entonces ya no tienes la inclinación de señalar con ese dedo acusador hacia tu semejante, sino hacia ti

mismo. Tienes bastante con tu propia suciedad. Y reconoces: Yo soy en realidad un miserable egoísta. Todo gira alrededor de mí mismo.

Te reconoces como eres

Ese será un tremendo descubrimiento para ti. Porque de pronto no queda nada de ti. La bella imagen que tú te habías formado de ti mismo, se cae hecha añicos. Te descubres a ti mismo en tus secretas y egoístas intenciones.

Hasta ahora sabías ensartar finamente todas esas cosas equivocadas a los otros, pero en ti mismo no las reconocías.

Siempre estabas moviendo tu sabia cabeza con toda gravedad ante las gentes que no eran buenas, ante este mundo perverso, ante la juventud actual. Pero ahora debes de reconocer: tampoco yo soy bueno, también en mí todo está mal.

Por supuesto antes reconocías que también había algún fallo en ti: "Ya que todo el mundo peca". Pero mientras juzgabas duramente las carencias de los otros, sabías hablar bellamente de ti mismo. Eras un maestro en inventar pretextos y subterfugios para excusar tus tropiezos, que preferías llamarlos "accidentes".

Incluso te las arreglabas para echar a los otros la culpa de tus pecados.

Cara a cara contigo mismo

Conversión significa que te descubres a ti mismo. Te quitas la máscara por ti y ante ti mismo. Entonces te ves directamente a ti mismo.

En primer lugar ves quién eres tú realmente: un trozo de egoísmo, un sucio mimador de ti mismo. Detrás de todo ves a tu acechador, indagador y calculador "yo".

Tu amabilidad se revela ante ti como hipocresía, tu sonrisa como risa odiosa.

Tus llamadas buenas obras comienzan a hederte, pues tú sabes ahora que todo giraba alrededor de ti mismo, tu propio amado yo.

Tu "piedad" la vas a ver como una profanación, porque descubres que incluso querías enganchar al Dios santo a tu propia carreta. Es para meterse bajo tierra de vergüenza: utilizabas tu piedad, tal vez, incluso los dones que habías recibido del Espíritu Santo, para ante la gente hacer ostentación (naturalmente bajo el disfraz de aparente humildad).

¿Puede comprender ahora, por qué el Señor Jesús ha dicho que es necesaria una intervención de Arriba para que una persona llegue a la opinión y al

reconocimiento de que interiormente está totalmente corrompida y dirigida por el yo?

Desenmascaramiento

Pues si tú has visto sinceramente la verdad sobre ti mismo, vas a sentir náuseas de ti mismo. No soportarás más a alguien así - y eso eres tú mismo - que tanto se ha ocupado de sí mismo, tanto se ha incensado así mismo internamente, que se admira así mismo en sus fantasías como un héroe, un santo, un genio, ante el que todo el mundo debía postrarse lleno de admiración. Por eso todo en ti se opone a tanto desdoro en ti mismo. Tú no puedes vivir con alguien, tu propio "yo", en la misma casa, la casa de tu alma, hacia quien ahora tienes una profunda aversión. Por eso debes instalar una especie de mecanismo de represión. Debes cerrar tus ojos ante ese patito feo que tú mismo pareces ser. Debes optar por un sistema de autoengaño. Puedes no reconocer la plena verdad acerca de ti mismo. Es una cuestión de ser o no ser.

Conciencia de pecado

Pero aunque reconocieras sinceramente que todo en ti está profundamente equivocado, eso en sí mismo aún no es la conciencia bíblica del pecado, que forma un elemento deseable de la conversión. Esa conciencia de pecado bíblica sólo surge, cuando vemos y reconocemos como culpa ante Dios todo lo repugnante en nosotros, todas esas faltas y equivocaciones.

No todo pesar sobre una vida desperdiciada es un convertirse a Dios. "Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación...pero la tristeza del mundo produce muerte" (2 Cor. 7:10).

De hecho, las personas que no conocen a Cristo, y de pronto se ven confrontadas con su desnudo egoísmo, con el que han destrozado su propia vida y la de otros, a veces les conduce a la desesperación y al suicidio. Recuerda lo de Judas, el traidor de Jesús.

¿Adónde huir?

Cuando te has visto a ti mismo tal cual eres, entonces - ya hemos visto eso - no te puedes aguantar más a ti mismo. Pero es de una importancia trascendental hacia quién o hacia qué te diriges, adónde huyes.

¿Huyes al autoengaño, a la depresión, al enfoque negativo de la vida, en donde siempre pones de relieve en el otro sólo lo que te hace entrever a ti mismo: yo

soy malo, pero los otros aún son peores?

¿Si tu conciencia te acusa implacable, qué debes hacer con ese arrepentimiento, ese sentimiento, ese remordimiento? ¿Quieres llorar tu culpa junto a otro? Eso puede dar algo de desahogo. ¿Pero... ese otro es digno de confianza? ¿Te atreves después de una tan humillante reconocimiento de culpa presentarte jamás delante de esa persona?

¿Y si tú no reconoces en ti mismo un delincuente claramente consumado, sino solamente que tu vida ha sido un continuo consentimiento y adoración de tu propio "yo" (que de igual manera está con la delincuencia, empaquetado en una caja muy hermosa), y vas a decirle eso a alguien? ¿No corres el riesgo de que el otro te encuentre mojigato y quizás piense que estás psíquicamente perturbado y que padeces un patológico complejo de culpa? ¿Te comprenderá él, cuando termines de exponer ante él tu aversión a esa vida dirigida exclusivamente a tu "yo"?

¿Señor, a quién iré? Y la respuesta es: ¡A Ti solamente! Tú no rechazarás. Tu propio Hijo nos ha abierto de nuevo el camino hasta tu trono.

La auténtica conversión es apartarte de tu pecado, huir de él, y al mismo tiempo llevar ese pecado a Dios ante Quien tú ahora te vuelves para confesar tu culpa ante Él y llorar.

PENSAR DE OTRA MANERA DE DIOS

Pero para eso no sólo debes pensar de otra manera sobre ti mismo, sino también debes pensar de otra manera de Dios.

Ya hemos visto que todos nosotros, unos más y otros menos, hemos recibido una idea de Dios como un severo Legislador y Juez. Que esto se cumple en todos, lo dice Pablo en Rom. 2:14,15. Allí cuenta sobre los gentiles. Con eso se refiere a aquellos que no conocen al Dios viviente de la Biblia. Lo dice de aquellos que la ley de Dios está "escrita en sus corazones". Por eso juzga sobre sí mismos. Sus conciencias les acusan o les absuelven.

Pero ningún hombre podía imaginar que Dios sería tan misericordioso que Él nos diese a Su propio Hijo para quitar la culpa de aquellos que creyesen en Él. Algo así es inconcebible.

El profeta Miqueas exclama también: "¿Qué Dios como Tú, que perdona la

maldad, y olvida el pecado del remanente de Su heredad?"(Miqueas 7:18). Por eso debo añadir: Si tú no ves en Dios un Padre indulgente, que está dispuesto a perdonarte completamente, jamás podrás volverte (convertirte) a Él. Ya que naturalmente prefieres estar lo más lejos posible de un Juez del Quien sabes te tiene que juzgar, porque tienes mucho sobre la conciencia.

El Espíritu muestra al Padre en Cristo

Si eres guiado por el Espíritu Santo, vas a ver a Dios como el Padre misericordioso en y por Cristo, y entonces huyes hacia Dios, se consuma ese profundo cambio en ti, la conversión, que Jesús también lo llama un nuevo nacimiento por el Espíritu Santo.

Ya que fue el Espíritu, el que te dio por medio de la Palabra esa otra manera de verte a ti mismo y a Dios. Y El te hará ver cada vez más quién eres tú mismo y quién es Dios. Él te va a mostrar al Padre por y en Cristo como Él se te revela en la Palabra. Entonces ves ese amor infinito de Dios. Entonces ves el contraste entre tú mismo con todo tu yo egoísta y Dios que quiere buscar lo perdido y miserable para hacerse cargo de él. Entonces reconoces: Yo siempre estuve vuelto hacia mí mismo para mimarme, pero Dios está vuelto hacia los pecadores para atraerlos hacia Sí y mimarlos con Su amor misericordioso.

Al ver tanto amor eres quebrantado y al mismo tiempo eres sanado. Ese sanar, esa salud (salvación), es el regalo de la gracia de Dios para los pecadores, que confiesan su culpa ante Él en humildad de corazón, y su confianza la ponen sólo en Cristo, que ha redimido su culpa.

Entonces te embarga una extraña emoción, porque tú a ese mismo Dios ante Quien con toda sinceridad has confesado tu culpa y perdición, oyes que te dice: "Tus pecados te son perdonados".

Luego oyes su promesa: "Venid luego, dice el Señor, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fuesen rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Is. 1:18). Así tu Juez se hace tu Salvador.

Te sientes como renacido. Todo lo ves con nuevos ojos dentro y fuera de ti. Ahora respiras en un nuevo espacio divino. La paz de Dios resplandece a través de ti. Te sabes reconciliado con Él para siempre. Tú crees en Él incondicionalmente, porque ahora le conoces personalmente en todo Su amor y veracidad. Le conoces como el Padre de misericordia en Cristo, como tu Padre que siempre está protector y santificador alrededor de ti. Estás lleno del "temor

del Señor", y de profundo respeto y acatamiento a este gran Dios, y eso no quita que trates íntimamente con Él y hables de todo con Él.

iiiPor medio de la fe!!! iiiPor medio de la fe !!!

La conversión incluye dos elementos esenciales. Uno es la conciencia de pecado, pero un segundo elemento esencial de la conversión es la fe.

Porque el perdón de los pecados que recibes en la conversión, y todas las maravillas que con ella van acompañadas, todas esas bendiciones, sólo te haces partícipe por medio la fe. El capítulo once de la carta a los Hebreos nos quiere inculcar: "iiiPor medio de la fe... por medio de la fe!!!":

"Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la Palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía...Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan".

Por eso también dice Jesús: "Convertíos y creed en el Evangelio".

Capítulo 3

¿QUE ES CREER?

Una primera exploración

Hemos visto en el capítulo I que el nuevo nacimiento es una misericordiosa intervención del Señor en la vida del hombre, por la cual se aparta de su pecador "yo" y se vuelve hacia Dios por la confianza en Cristo.

Si pones el acento en el apartarse del pecador "yo", entonces puedes declarar ese hecho con el término "conversión". Si quieres indicar sobre todo el segundo aspecto en ese único hecho, o sea volverse hacia Dios por Cristo, entonces harás bien si dices que un pecador ha llegado a la fe, que ha venido a creer en Cristo. Pero ese apartarse de tu pecador "yo" y ese volverse hacia Dios por medio de Cristo, un hombre no lo puede conseguir por sus propias fuerzas. Eso sólo es posible porque el Espíritu Santo produce ese milagro o bien de repente o bien mediante un largo proceso. Y si quieres subrayar más eso, puedes designar mejor ese hecho con el término nuevo nacimiento. Así lo hace el Señor Jesús en Juan 3:5.

Pero aunque uses cualquiera de estos tres términos, se trata de un único hecho, un cambio interno radical, que el Espíritu Santo realiza en nosotros por la Palabra.

Ahora comenzamos un estudio sobre el segundo aspecto, el volverse hacia Dios, y nos tenemos que hacer la pregunta: ¿Que es creer?

Las bendiciones de Dios llegan a nosotros por medio de la fe

Ante todo hacemos hincapié en una cosa: Visto del lado de Dios es Su gracia libérrima la fuente de todas las bendiciones. No hay en nosotros razón alguna por la cual Dios nos tendría que bendecir. Él tiene todo el derecho, por culpa de nuestros pecados, de apartarnos de Sí para siempre. Pero de la fuente de Su amor ha brotado Su gracia para nosotros pecadores.

Ahora la pregunta: ¿Cómo llegan hasta nosotros las bendiciones de Dios? La respuesta que da la Biblia a esta pregunta es muy sencilla y al mismo tiempo muy categórica: sólo a lo largo del camino de la fe en Cristo. Así lo ha señalado

el Mismo Señor. Pablo Escribe: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu" (Gal. 3:13,14).

Desde el punto de vista del hombre, la fe es un canal a lo largo del cual las bendiciones de Dios entran a torrentes en el alma.

No que nuestra fe misma - sobre esto trataremos aun más veces - como una buena obra fuese una razón, por la que Dios nos tuviese que bendecir. Eso no es así, porque nuestra fe nunca es totalmente pura. Nosotros no podemos ofrecer nada a Dios, tampoco nuestra fe, como una buena obra en la que no falte nada, de manera que Él la tendría que aceptar y remunerarnos por ella.

Todo en nosotros está mancillado por nuestro egoísmo y es una tremenda arrogancia pensar que el Dios santo estaría contento con ese regalo manchado que nosotros le ofrecemos.

Sin embargo el Señor usa nuestra fe, aunque esté ensuciada por nuestra pecaminosidad, como un embudo por el cual Él nos llena con Sus bendiciones. ¿Así de misericordioso es el Señor! Por la fe Él abre nuestro corazón para recibirle, ya que Él quiere morar en nosotros y colmarnos de Sus bendiciones (Jn. 14:23; Ef. 3:7).

Sobre todo el creyente nunca puede pretender una recompensa por la naturaleza misma de la fe. Creer es, pues, aceptar un regalo que ha sido prometido, un aceptar (Jn. 1:12) el Don de Dios, el Prometido, a Jesucristo, el Hijo de Dios.

Pero cuando tú aceptas un regalo, por eso no mereces nada. Regalo y merecimiento se excluyen mutuamente como Pablo dice enérgicamente: "Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia" (Rom. 11:6).

¿Qué es creer?

La respuesta a esa pregunta no puede ser muy difícil, ya que Jesús ha dado gracias a Su Padre, porque se lo había revelado a los niños, los sencillos (Mt.

11:25).

Crear es el sencillo camino de confiar en Cristo, creerle sencillamente en Su Palabra. Creer es también confiarte tú mismo a Él, entregarte a Él, saberte seguro en Él.

Y esa es lo sorprendente del Evangelio que todas las bendiciones de Dios fluyen hacia ti por el canal de la fe, luego es algo que se verifica dentro del hombre. Cuando yo oí eso por primera vez, estaba sobremanera asombrado. Siempre había pensado que las bendiciones de Dios fluían hacia mí por el canal de los sacramentos. Por el Bautismo recibiría el perdón de los pecados y era hijo de Dios. Si había cometido un pecado grave y por ello de nuevo tenía que ser maldecido por Dios, podía recibir por medio de la Confesión el perdón y filiación divina. Por la Eucaristía recibiría el poder para cumplir lo más fielmente la voluntad de Dios, etc.

Pero en Brasil (donde enseñaba filosofía en el seminario mayor) me contaron creyentes sencillos que sólo hay un canal, por donde las bendiciones de Dios inundan mi alma, y ese es la fe.

¿Es así de simple?, me preguntaba. ¿Sólo pide Dios una sencilla confianza en Su Hijo Jesucristo? ¿No dependo, pues, de todos estos sacramentos, que deben de ser administrados según unas reglas minuciosamente elaboradas? ¿Son los (dos) sacramentos (Bautismo y La Cena del Señor) una representación y una confirmación, pero no un canal de la gracia de Dios? ¿Y no tengo que ganar la vida eterna por un fiel cumplimiento de los mandamientos de Dios?

Pero cuánto más leía la Biblia, cuánto más llegaba a la conclusión: Es realmente así. ¡Tan grande es el amor de Dios! Y Cristo. Por eso no necesito permanecer dando vueltas en una vida dirigida al yo, sino que puedo desde Él, la Vid, llevar los frutos del Espíritu Santo: amor, gozo, paz (Gal. 5:22).

Crear tiene dos aspectos. Es un don de Dios (como se lee en Ef. 2:8), y un ejercicio del hombre.

Cómo pueden armonizarse los dos, es un misterio que jamás podremos sondear. Pero eso afortunadamente tampoco es necesario. Las bendiciones de Dios podemos recibirlas como un niño, sin comprender cómo puede ser eso.

¿Un voto de desconfianza contra Cristo?

¿Pero es el creer realmente tan sencillo? Parece que no, porque muchos difícilmente pueden aceptar esa sencillez de la fe.

Lo raro es que no son conscientes de que por medio de su razonamiento, de

hecho, presentan una moción de desconfianza contra Cristo. El Señor dice muy claro, muy fácil de comprender para todos: "El que cree en Mí, tiene vida eterna" (Jn. 6:47). Pero, sin notarlo, dicen convencidos: "Él promete ciertamente eso. Pero no es así de fácil. ¿Sólo por creer sencillamente en Él y por eso cualquiera recibe todas las riquezas del amor de Dios? Ni hablar, vete a otro con ese cuento".

Pablo desaprueba tal razonamiento como " sabiduría de este mundo", que es necedad a los ojos de Dios. Dice en 1 Corintios 1:20,21,30: " ¿Dónde está el sabio?.... Pues ...agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Mas por Él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención".

No hay truco alguno en la promesa de Dios

Cristo no es Alguien ante cuyas promesas debamos tener cuidado como lo hacemos con alguien que nos recomienda un contrato. Todos decimos: "Cuidado con la letra pequeña del contrato".

Cuando Cristo nos promete algo, no es necesario que tengamos miedo de que en alguna parte pueda haber "algún truco". Él ha dicho de Sí Mismo que Él es la Verdad. No debemos temer de Él que quizás nos podamos llevar un chasco. Sus palabras en ningún caso tienen "un doble sentido."

¿O piensa usted de otra manera sobre eso? Se atreve a decirle a Cristo, el Hijo eterno de Dios:

"Yo no confío en Ti. Tú prometes que yo soy salvo sólo por creer en Ti, pero dudo de que eso sea verdad. Lo propones muy hermoso. Yo no puedo venir a Ti como soy. Primero tiene que suceder algo en mí. Debo de esperar, hasta que tenga una profunda conciencia de pecado y hasta que se cumplan todas las demás condiciones. Tú has invitado a todos: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar"(Mt. 11:28). Pero dudo si Tú de verdad quieres decir "todos". Eso es sólo un gran gesto de Tu parte. Tengo debidamente en cuenta la posibilidad de que me cierres la puerta y que, cuando yo venga a Ti, no me hagas descansar con tu promesa. Tú has dicho: "El que a Mí viene, no le echo fuera" (Jn.6:37). Pero si yo vengo a Ti, es muy posible que me señales la puerta".

¿Luego usted confía realmente en Cristo?

Probablemente sea su reacción: "Oh no, algo así jamás me atrevería ni querría decírselo al Señor. Confío totalmente en Él. Él habla sólo la verdad. Él cumple sus promesas sin condiciones".

Ah, usted dice, pues: "Yo confío en Él totalmente". ¿Pero no sabe usted que en la Biblia el creer en Cristo y confiar en Él es lo mismo? Cuando usted le dice a Cristo: "yo confío en Ti totalmente", eso es lo mismo que cuando usted dice: "yo creo en Ti". Y al mismo tiempo el Señor está allí para decirte: "El que cree en Mí, tiene vida eterna" (Jn. 6:47).

Si usted con un corazón sincero ha expresado así su completa confianza en Cristo, puede dar gracias a Dios desde lo profundo de su corazón, porque Él le ha llevado hasta esa fe.

También mi fe tiene muchas carencias, pero sin embargo yo la veo como un regalo de Dios. Y por eso siempre le doy gracias por ella.

Cuando alguien ha recibido un regalo y va enumerando toda clase de carencias de ese regalo, nosotros, siendo hombres, no lo encontramos simpático. En estos casos solemos decir: A caballo regalado no se le mira el diente.

¿Y nos estaría eso permitido frente al Señor Dios? Sabemos por Su Palabra que mientras vivamos sobre la tierra nada en nosotros será perfecto, tampoco nuestra fe. Continuamos siendo afectados por la pecaminosa "carne". Pablo suspira: "No que lo haya alcanzado ya, ni que sea perfecto; sino que prosigo"(Ef. 3:12).

Dios hace afluir sus bendiciones hacia nosotros a lo largo de un canal sucio, nuestra fe imperfecta. Esa es Su misericordiosa decisión. En ella vemos aún mejor la magnificencia de Su gracia como un nuevo motivo para gloriarse en Él, sólo en Él.

Pero de nuevo oigo a algunos lectores plantear objeciones: ¿Pero cómo sé yo que esa fe mía es un don de Él y no una fe palabarrera?

Tampoco a esa pregunta puedo dar una respuesta lógica, ya que la Biblia no la da.

Es cierto que Cristo pone sobre aviso ante una fe fatua: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos" (Mt. 7:21).

Mas está claro que el Señor, cuando habla de los que le llaman "Señor", se refiere a los que lo dicen de palabra, pero no con el corazón. También leemos

que Él ha dicho: "Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de Mí" (Mr. 7:6).

Si usted no siente con su corazón, al decirle a Jesús: "Señor, yo creo en Ti", sino que es un susurro de sus labios, entonces realmente con eso no es un hijo de Dios. Pero cuando usted lo siente con el corazón, entonces la promesa de Dios es para usted en Cristo: Sí y Amén (2 Cor. 1:20); Una vez más: esa promesa de salvación se va a cumplir en usted a pesar de su fe imperfecta.

Ese es el consuelo, que en 1 Juan 3:21 leemos: "Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios".

¿Es eso tan difícil para determinar en usted mismo si cree en serio, sí o no? ¿No nota usted eso mismo, cuando mira un poquito en su corazón, si esa confianza en Cristo se verifica en su corazón o son sólo palabras de aparente religiosidad, con las cuales se engaña a usted mismo y a los otros?

Si hubiese sido tan difícil para determinar eso, entonces no entiendo como el Señor Jesús ha dado gracias al Padre, porque Él ha revelado el Evangelio a los niños, los sencillos (Mt. 11:25). Sino el Evangelio sólo sería accesible a los psicólogos más eruditos, a los hábiles indagadores de sí mismos.

Además el Señor nos ha dado una norma objetiva, la prueba de la fe auténtica: "El que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos" (Mt. 7:21b).

Sin duda hay otra dificultad para llegar a un verdadero autoconocimiento, y es nuestro astuto corazón. Pero a pesar de todas estas preguntas:

¿Descubre en usted mismo: a. una sincera profesión de que sólo lo espera todo de Cristo; y b. una auténtica disposición para cumplir la voluntad de Dios. Esto no lo digo yo, sino que te lo dice el Señor Jesús Mismo: Entonces eres un auténtico creyente, un miembro de Mi cuerpo, un hijo de Mi Padre.

La fe no es ningún sentimiento

Usted ha dado gracias a Dios, porque le ha llevado a ese poner la confianza en Su Hijo y por tanto en Dios mismo. También le da gracias por las riquezas de su gracia, que ha recibido por medio de la fe.

Le da gracias porque Su justicia y santidad en virtud de la misericordiosa disposición y promesa de Dios ahora le son aplicadas a usted, gratuitamente,

como un puro obsequio, como el más hermoso de los regalos. Al principio aún se le hará difícil. Ya que tal vez aún no sentía nada, mientras que emitía su confianza en Cristo.

Pero no olvide que lo esencial de la fe es el no ver y aun así aceptar. "Porque por fe andamos, no por vista" (2 Cor. 5:7). Y el Señor le ha dicho a Tomás: "Bienaventurados los que no vieron, y creyeron" (Jn. 20:29).

El Señor Jesús no dijo: "El que sienta algo (o mucho) de Mí, tiene vida eterna", sino "EL QUE CREE EN MÍ, TIENE VIDA ETERNA" (Jn. 6:47).

En cualquier caso nunca se puede hacer de ese gozo o de ese sentimiento el fundamento de nuestra confianza en Cristo.

La confianza se basa únicamente sobre la Palabra de la promesa, no sobre algo que nosotros vemos o sentimos. Por eso en la Biblia se dice con frecuencia que la fe es un gloriarse en Dios, el Invisible (Hebr. 11:27), un gloriarse en Su inmerecida gracia, un gloriarse en Su veracidad.

Cristo no me pide ningún sentimiento, sino fe. Ese es el mejor "ejercicio para la piedad" (1 Tim. 4:7), el mejor medio para poder gustar la alegría de la seguridad de la salvación.

Vete a Él como eres

Podemos ir a Cristo tal como somos, con nuestra pecaminosidad y nuestra defectuosa fe. No necesitamos antes acicalarnos para ir al Señor Jesús.

Crear no es una obra que debemos llevar a cabo. Creer es solamente estar dispuesto a recibir. ¿Está usted dispuesto a recibir el perdón de los pecados y la vida eterna?

Tal vez diga: "No, yo no quiero recibir ese perdón sin más; yo quiero hacer algo, incluso estoy dispuesto a imponerme sacrificios para ello. Pero recibir ese perdón exclusivamente como un regalo de la misericordia de Dios, no, lo rechazo terminantemente". Y eso lo dice de verdad con su corazón, usted mismo se hace el causante y el culpable de que, cuando usted muera, Cristo le tenga que rechazar para siempre: "Apártate de Mí, Yo nunca te he conocido".

Crear en Cristo es como aceptar un regalo

"Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su Nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Jn.1:12). Aceptar (recibir) a Cristo y creer en Él es lo mismo.

Una vez más, nosotros sólo le podemos aceptar como un regalo de Dios. Sólo

podemos darle la bienvenida y recibirle en la casa de nuestra alma como Salvador. Nada podemos ofrecer para hacernos acreedores de ese regalo, la visita de ese Huésped Divino. Cristo no ha venido por las gentes que (piensan que ellos) valen, sino por los indignos, los condenables.

Capítulo 4

¿QUÉ ES CREER?

Una segunda exploración

Crear tiene, tarde o temprano, como fruto una alegría inimaginable; una alegría de la que ya ahora participas y que después florecerá en la eterna beldad. Sin embargo esa alegría sólo la recibimos de Jesucristo Mismo, por la contemplación de la fe en Él. El santo objetivo de tu fe es Él y derrama Su alegría sobre ti por el vaporizador de tu fe. Métete por la fe bajo la ducha de esta gracia de Cristo y deja correr por y sobre ti esa alegría eterna. Cristo es la plenitud viviente.

El apóstol Pedro escribe sobre "Jesucristo, a Quien amáis sin haberle visto, en Quien creyendo, aunque ahora no le veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso" (1 Pe. 1:8).

Crear es el camino hacia el ver

Recibí esta carta, de la que me es permitido citar: "Yo anhelo tanto conocer al Señor, para vivir con Él. Pero carezco de todo. Cuando oigo hablar a otras personas o escucho su predicación, entonces digo: sí, eso, así es el vivir con Él. Y luego veo que le echo en falta y sin embargo no puedo encontrarle.

He leído cientos de libros, los he releído y los he vuelto a leer. Hace ya diez años que le busco y aún no le he encontrado, ni le he visto.

Para todas las preguntas tengo una respuesta, excepto solo una, ¿por qué razón no le he encontrado? Siempre le estoy dando vueltas en la cabeza. Y de nuevo otra vez: ni tengo nada, ni puedo nada, pero también: mas el Señor lo puede todo... y se hace el silencio más profundo. Entonces digo bajito: "Señor, hazlo Tú. Y a pesar de este... vacío, inquietud, carencia".

Yo le respondí:

Quizás este sea tu problema: primero quieres ver y luego creer. Pero la Biblia lo enseña al revés.

Cuando algo se ha hecho un "ver"(experimentar, encontrar, sentir), ya no es más un creer.

Cierto, el creer concluye en un "ver", un experimentar la magnificencia de Dios en tu percepción. Pero puede durar semanas, meses e incluso años, antes que eso suceda.

Jesús ha dicho a Marta: "¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?"(Jn 11:40). Primero, pues, creer, y luego ver.

Por eso queda repetir siempre de nuevo: "Señor, yo creo en ti. Yo sé que Tú eres digno de toda confianza, particularmente en tus promesas. Señor Jesús, Tú has dicho expresamente que quien cree en Ti, tiene vida eterna (Jn. 6:47). Yo pongo mi fe en Ti. Lo hago en este momento sin percepción. Lo hago con toda mi mente y voluntad. Yo sé que Te glorifico con esta fe (sin ver). Y eso lo deseo con mucho gusto: engrandecerte. Porque veo cuán poderoso y majestuoso eres Tú. Te ruego con todo respeto - aunque yo sé que no tengo derecho alguno - que me permitas pronto, no sólo creer en Ti, sino ver también, ver de una u otra manera, como Tú lo dispongas. Pero incluso si tuviera que acercarme a Ti durante toda mi vida por la fe, lo haría. Porque no se trata de que yo reciba una profunda experiencia feliz, un delicioso sentimiento, cuando pongo mi confianza en Ti; se trata de que Tú seas glorificado en Tu grandeza y en Tu formidable amor, y en Tu gracia que no tiene límite; en eso me quiero regocijar. Señor, yo te adoro, me postro ante Ti, me sé guardado en vuestro amor, en vuestra misericordia. Tú eres un Padre amado para los hijos pródigos e hijas, que vuelven a Ti. Tú no pones ninguna condición. Tú recibes a todo pecador, que te anhela sinceramente.

Oh Señor, óyeme, atiéndeme. Sé por mi fe en tus promesas que Tú me oirás y me atenderás. Te doy gracias por la gracia que Tú me seguirás concediendo por medio de Jesucristo. Amén".

Tú escribes: "Yo nada tengo, nada soy". Esa es también mi experiencia siempre. Yo sé que sólo tengo la vida eterna porque el Sol de justicia, Jesús, me irradia. Si se eclipsara ese Sol, sería mi muerte espiritual. Por eso yo siempre me agarro a Él y me atrae hacia Él. En Él lo encuentro todo, todos los tesoros de la riqueza del amor y de la gloria de Dios.

Cuando alguien piensa: "Yo tengo de todo", eso para él es un obstáculo para ir a

Cristo y vivir por Él. Cristo ha venido precisamente para salvar y llenar con Su vida a personas que son como tú y como yo.

La fe es un regalo

Ante todo debo subrayar esto. De lo contrario irías a buscar la fe en un lugar donde no la vas a encontrar. En ese caso buscarías sin querer la fuente de la fe en ti mismo. Ya que posiblemente hayas podido pensar: "Si creer supone una alegría inimaginable, entonces deberás esforzarte enormemente para alcanzarlo". Eso en realidad es así entre nosotros, los hombres. Solemos decir: "Tú no recibes nada de balde". En la medida que algo es más valioso, deberás trabajar más arduamente por ello.

Pero con el "creer" no es así. Y eso por distintas razones.

La primera razón es que en el "creer" no tenemos que tratar con los hombres, sino con Dios que es totalmente distinto. En esto, pues, no podemos poner medidas humanas. Creer es: dirigirse a Dios. Y Dios es Dios, que está por encima de toda medida humana. Dios no es verificable. Él nos sorprende siempre con su bondad y amor.

Y una segunda razón es: el creer no está bajo la esfera del comprar y vender, del afanarse o sudar y por eso merecer algo. Creer en Cristo es algo muy personal. Es una relación íntima con Dios y con Jesucristo, Su Hijo, que Él envió a este mundo para reconciliarnos con Él. Repito: Creer es muy sencillo: entregarte en confianza a Él.

Dios no quiere hacer ninguna transacción con nosotros. Él quiere ser uno con nosotros en amor. Pero el amor no lo puedes comprar. (Afortunadamente, pues, por eso personas muy pobres pueden ser muy felices entre sí, mientras otras que nadan en la abundancia, a veces se entienden como el perro y el gato. El odio, los celos y las sospechas pueden estar apoltronados en los palacios de los ricos, mientras en una humilde choza la dicha puede percibirse a través de las grietas y los agujeros).

El amor no se presenta al dar la orden

Creer es, pues, un regalo (un don). Y por eso es precisamente tan bello. Creer no se puede comparar a un salario penosamente ganado, que aun huele a sudor. Creer es un don (regalo) que descende de lo Alto. Es una bendición que se

esparce como un fuego por todo tu ser.

Creer es paz. Y sin embargo también es tensión, santa tensión. El creyente está bajo la sublime tensión del amor misericordioso de Dios, por el que se vacía de sí mismo para vivir por el poder de la fe. Pero eso no es algo espasmódico, sino una clemente, bienhechora y misericordiosa tensión.

Creer es una gracia.

Creer es algo que te ocurre lo mismo que el amor. Tú no puedes amar por mandato y tampoco puedes creer por mandato. Un padre puede ordenar bruscamente a su hijo: "Y ahora en el acto debes amar a esa joven, pues su familia es muy rica y ella recibirá mucho dinero". (Yo me refiero a esos países, como la India, donde los padres eligen la novia para sus hijos). Lo más que puede conseguir es que su hijo ceda a una fuerza mayor y se case con esa joven. Pero casarse con alguien es muy distinto de amarla, aunque con el paso del tiempo el amor aparezca como un regalo para ellos.

Una condecoración real

¿Pero puedes de alguna manera merecer el don de la fe? ¿Ni tan siquiera como cuando alguien recibe una condecoración? Para ello él no puede hacer valer ningún derecho, pero él recibe esa distinción como una estimación por sus prestaciones, por sus importantes servicios a la comunidad, por sus largos años de servicio etc.

¿Y no puede Dios del mismo modo a alguien, que ha hecho lo mejor durante muchos años, concederle el don de la fe, como si esa fe fuese una especie de condecoración divina?

No, de esa manera tampoco tenemos derecho al don de la fe. Si nosotros recibimos la fe de Dios, eso nunca será, porque podamos presentar algún derecho ante Dios, o que se nos pueda tener en consideración a causa de una vida digna de premio.

Luego, ¿esperar pasivamente?

Me puedo imaginar que alguien saque la siguiente conclusión: "Si yo no puedo hacer nada, entonces sólo debo esperar, hasta que un buen día de repente venga a mi la fe".

Eso parece muy lógico. Pero el creer tiene como el amor su propia lógica. Esa es muy distinta de la lógica de la razón. En ocasiones la razón mueve la "sabia" cabeza, cuando ve lo que hace el amor.

No, en ninguna parte la Biblia saca la conclusión: "Crear es un don, por tanto debes simplemente sentarte a esperar, hasta que recibas ese regalo".

Espero que usted ahora se encuentre algo más curioso y anhele saber más sobre ese acontecer de la fe, claramente tan extraño. Intentaré con mucho gusto seguir describiéndolo. Aunque es realmente difícil. Es tan difícil como describir qué es el amor entre una joven y un joven, o entre una madre y su hijo. Puedes escribir poesías sobre el amor. Puedes hacer una gran novela con todas sus intrigas sobre el tema del amor. Pero querer encerrar en palabras lo que es el amor, es algo muy difícil. Y eso es también lo mismo con el creer.

Luego ¿algo que hacer?

¡Sí! Cuando el carcelero de Filipos preguntó a Pablo y a Silas, qué debo hacer para ser salvo, no le respondieron: "no debes hacer nada, sino esperar pasivamente, hasta que Dios tal vez te dé la fe". Ellos respondieron al carcelero: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo" (Hech. 16:31).

Crear es ciertamente un don de Dios, pero también un "quehacer" del hombre. Dios no es el que cree en nosotros, nosotros mismos debemos creer, aunque ese creer también es causado y obrado por Dios. Por eso encontramos continuamente en la Biblia el llamamiento a creer. Incluso Jesús comenzó su predicación con eso: "Arrepentíos, y creed en el Evangelio" (Mr. 1:15).

Quien no haya querido creer en Jesucristo, no debe pensar que después de su muerte puede alegar su incapacidad (para por sí mismo llegar a la fe) como una excusa ante el Señor. De verdad que no será absuelto ante el tribunal eterno cuando quiera alegar en su defensa: "La fe es un don. Luego el divino Juez no puede condenarme, porque yo no haya creído. Ya que Él no ha querido darme esa fe".

En primer lugar: "La fe es un don", es en efecto plenamente bíblico. Pero la conclusión que saca de eso: "Luego...", no es bíblico.

Una especial forma de "hacer"

No sin cierta duda llamo al creer un "hacer". Pues realmente no es un "hacer", al menos en el pleno sentido de la palabra. Creer es abrirte tú mismo para recibir algo. Creer es saber que dependes de Alguien que lo hace y lo ha hecho todo por ti.

¿Se da cuenta de lo difícil que es encerrar en palabras lo que es creer? Eso ocurre porque el creer hace al hombre así de rico. La actitud de la fe en Cristo tiene tal cantidad de matices y matizaciones que yo necesitaría todo un libro para poder describirla un poco.

Pero si usted mismo ha llegado a la fe, también leerá este libro de una manera muy distinta. Es lo mismo que cuando alguien sabe por su propia experiencia lo que es amar. Tampoco nadie lee un libro sobre "Qué es el amor", porque no sepa la respuesta, sino más bien porque encuentra maravilloso ver cómo es cantado el amor y a la vez su propio amor se puede intensificar.

Así leerá un creyente este libro. Cantará conmigo el prodigio de la gracia de Dios en Jesucristo. Y quizás su fe se profundice y se enriquezca. Tal vez le resulte más fácil comprender cómo Dios obra la salvación.

Contradicción

Puede ser que usted pierda la paciencia y diga: "No comprendo nada de esto. Usted dice que la fe es un regalo, que debemos recibir de Dios. Y por otra parte usted afirma que yo soy responsable, si no creo. Eso es una contradicción interna".

Antes de darle una respuesta, debo en primer lugar recordarle que la fe, así como el amor, tiene su propia lógica, donde el raciocinio no entiende nada o muy poco. Escuche el lenguaje que una madre utiliza con su hijo: "eres encantador, me dan ganas de comerte". Y lea las cartas de un enamorado. Si tú no miras en el fondo de ese amor, entonces te parecerá un lenguaje ingenuo, lleno de internas contradicciones. No digas tan deprisa que es algo ridículo e ilógico. Por suerte la vida real es más que un trenzado de férrea lógica. Nuestra alma no vive sólo de teoremas y conceptos. Nuestro corazón tiene necesidad de los misterios que están por encima de los fríos esquemas. Escucha atentamente lo que la Biblia dice sobre lo que es creer.

"Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Hebr. 11:1). Tal vez le suene esto como un código secreto en sus oídos. Y sin embargo hay en eso una profunda sabiduría, que cada vez se abre más ante usted. Pero no es una sabiduría del hombre, "mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó ante de los siglos para nuestra gloria". "Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios" (1 Cor. 2:7,10).

¿Hacia dónde apunta la fe?

Podemos tener una visión más completa sobre lo que es creer, si de nuevo nos preguntamos, hacia dónde apunta la fe. La fe se extiende hacia algo y hacia alguien. Muchas cosas puedes llegar a saber lo que son, si te explican para qué son utilizadas o para que sirven.

Si ves un instrumento con grandes tubos y distintas lentes, y se te dice que lo que se intenta con ese aparato es acercar las estrellas a nosotros, entonces te das cuenta de que es un telescopio.

Ya hemos oído de pasada para que sirve el creer. Por la fe podemos descubrir a Cristo. Por ella podemos acercarle a nosotros, mejor: por la fe Cristo nos acerca a Él. La fe, pues, tiene como función: unirnos a Cristo y guardarnos unidos a Él.

Creer es aceptarle/recibirle

Eso está claro en Juan 1:12: "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios".

Lo que significa aceptar/recibir te lo puede contar un niño. Los niños también saben que tú no puedes hacer valer ningún derecho para recibir un regalo. Un regalo es algo muy distinto de un salario, algo que tú has ganado.

En efecto, el salario lo ganas tú con el trabajo, para el que has sido contratado. Tu contratante está obligado a darte el salario convenido. Si él se niega, le puedes llevar ante los tribunales y siempre tendrá las de perder.

Pero si tú, por ejemplo el día de tu cumpleaños, no recibes el regalo, que tú habías esperado, puedes sentirte profundamente desilusionado, pero no puedes llevar a nadie ante un tribunal, porque no quiso darte ese regalo en concreto. Y si lo intentases, perderías sin apelación y estarías obligado a pagar todos los gastos del juicio.

Creer es: Dejarle entrar

Esto se desprende de la carta que Jesús escribe a la iglesia de Laodicea. En Apocalipsis 3:20 dice el Señor que Él está llamando a la puerta y al corazón de todo el que le oye, Él no fuerza para entrar dentro. Él no mina nuestra casa. Su actitud es: "de buena gana o no".

Eso está totalmente de acuerdo con lo que es creer. Creer es tener confianza. Tú no puedes hacer tener confianza a alguien por la fuerza. El creer no se impone.

Y sin embargo, también la confianza de la fe debe surgir de dentro de ti, y al mismo tiempo viene de fuera hacia ti, te debe ser dada. Repetimos: la fe es un ejercicio para el hombre y un don de Dios.

Si oímos la llamada de Jesús a la puerta de nuestra alma, por eso sólo aún no estamos en condiciones de levantarnos y abrirle la puerta. Por naturaleza todo en nosotros se opone a eso, porque sabemos que Él quiere solamente entrar en nosotros, si nos reconocemos a nosotros mismos como perdidos pecadores, que sólo podemos ser salvos por Él como el Salvador. Y no deseamos pasar tal humillación.

Pero... ese es el milagro de la gracia de Dios: ¡Él quiere regalarnos esa fe, esa disposición a humillarnos ante Dios! ¡Su Nombre sea alabado!

Capítulo 5

CREER EN CRISTO ES "EL" MANDAMIENTO DE DIOS

Repetimos:

1. La fe es el 100 por ciento un don de Dios, pero al mismo tiempo el 100 por ciento un ejercicio del hombre.
2. El primer mandamiento es el amor, pero la base del amor es la fe. Por eso en la Biblia viene antes el mandamiento de creer que el de amar.

Sobre estos dos datos vamos a meditar en este capítulo

¡Fe es "la" obra de Dios!

Constantemente Jesús hace resaltar que la fe es el único camino hacia la vida eterna. Muy breve y conciso: "El que cree en Mí, tiene vida eterna" (Jn.6:47).

(Con frecuencia recurro a este texto por que ha sido decisivo en mi vida).

Cuando los judíos preguntaron a Jesús: "¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?", no le responde con una referencia a los diez mandamientos y ni siquiera a síntesis de la ley en el mandamiento del amor.

Llama a la fe en Él como la primera y verdadera obra que Dios anhela de nosotros: "Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que Él ha enviado" (Jn. 6:29).

Quizás usted quede sorprendido de eso, pero desde el punto de vista de la Biblia es muy comprensible. Ya que sin la fe nada bueno podemos llevar a cabo, según eso tampoco lo más importante de la ley, el amor. Si quieres saber hacer algo de la ley de Dios, también el amor, entonces primero tienes que creer. Porque sólo por la fe somos unidos a Cristo y por Él podemos producir el fruto del amor.

¡La incredulidad es "el" pecado!

Eso se desprende de lo arriba expuesto y se enseña también de modo expreso en la Biblia.

En Su discurso de despedida Jesús promete el Espíritu Santo como el Consolador, que tomará Su lugar, cuando él haya subido al cielo. Y Él enumera tres cosas que hará el Espíritu Santo. La primera es: "Y cuando Él venga convencerá al mundo de pecado..."

Muchos ponen un punto detrás de eso. Afirman que el Espíritu Santo en primer lugar nos presentará la ley de Dios, de modo que tengamos el sentimiento de que con frecuencia y de muchas maneras hemos transgredido esa ley, y luego después nos lleva a Cristo. Por eso piensan que primero se debe predicar muy detalladamente sobre el pecado y que tal vez luego se pueda abrir un resquicio de la puerta hacia Cristo. Entonces reconocemos abiertamente que un hombre sólo puede aceptar a Cristo como salvador, si al mismo tiempo es consciente de que es un pecador. Pero no puedes citar a Juan 16:9 para esta verdad bíblica, porque...

¡No hay ningún punto, sino una coma!

Aquí se lee: "... de pecado, (coma) por cuanto no creen en Mí" (Jn. 16:9). Como la fe es "la" obra de Dios, así también el no creer en Cristo es "el" pecado, la síntesis y el abominable punto álgido de todo pecado.

Eso significa que el Espíritu Santo nos quiere convencer de que de todos nuestros pecados el más grave es: que hasta ese momento nos hemos negado a creer en Cristo. ¡Eso significa que en la predicación debemos siempre indicar ese pecado capital!

En determinados círculos se ve toda clase de pecados, sobre todo en el terreno del sexo, horribles, pero que alguien no crea en Cristo, se ve como algo corriente, casi como normal y dado por descontado. A veces eso se pone tanto en práctica que de hecho la seguridad de la fe se hace sospechosa y la duda se ensalza como una muestra de piedad. Los que con todo denuedo declaran que creen inquebrantablemente en la promesa del amor de Dios en Cristo, con frecuencia son considerados como demasiado ligeros y dispados. Tú serás un buen cristiano a sus ojos, cuando hables mucho de las dudas que tienes sobre el perdón de tus pecados.

¿No son igual que los judíos, que tenían celo de Dios y de la religión, pero no conforme a ciencia (Rom. 10:2)? No tienen ningún discernimiento de las verdaderas intenciones de Dios.

Al contrario, cuando oyen a alguien lleno de alegría dar testimonio de Dios como Padre, Quien no le tiene más en cuenta sus pecados, sino que con plena misericordia le quiere abrazar como Su hijo pródigo, le miran con amargura, lo mismo que el hermano mayor de la parábola de Lucas 15: "¡Eso no se hace así!" Antes tiene que suceder algo más.

Si después de largos años llegasen a confesar su mayor pecado, dejarían para siempre la costumbre de señalar con su dedo acusador a los otros. Entonces gritarían en su quebrantamiento:

"Yo he cometido durante largos años, desde mi más tierna infancia, cada día y en cada momento el mayor de los pecados, que se puede imaginar. Dios en Su incomprensible amor ha dado a Su amado Hijo, para que yo fuese reconciliado con Dios por medio de Su horrible muerte y sufrimiento, y yo he rehusado aceptarlo para mí.

El Espíritu Santo por la Palabra de Dios, que Él ha inspirado, me ha querido convencer de ese gran pecado de que yo no quise creer en Cristo, antes bien he cerrado mis oídos. He taponado mis oídos con la dogmática para no oír la voz del Espíritu. ¡Ay de mí!"

Efectivamente, "¡ay de mí!", pero precisamente cuando alguien exclama eso, puedo animarle desde la Biblia con "bienaventurado tú". Porque ahora has llegado por fin al discernimiento y al reconocimiento del grandísimo pecado que durante tanto tiempo has cometido (es decir que siempre has rechazado aceptar a Cristo en fe como tu Salvador), ahora el camino de la salvación está completamente abierto para ti. Ahora todas las promesas de la Biblia sonarán como música en tus oídos, así como: "Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado". "Mientras callé, (mientras traté por todos los medios de ocultar mi incredulidad), se envejecieron mis huesos". Pero "mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad...y Tú perdonaste la maldad de mi pecado".

Así se manifestaba David ante el Señor. Pero por eso pudo al final del salmo 32 dar gritos de alegría: "Alegraos en el Señor y gozaos, justos; y cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón".

Convertirse es creer en Cristo

Hemos hablado en el capítulo I sobre lo que es la conversión. Sin embargo

quiero volver sobre el tema.

Muchos entienden la palabra bíblica "conversión" como un cambio, por el que un hombre que vivía mal, ahora va a llevar una vida buena. Pero si eso es así, yo no me puedo contar seguramente entre los convertidos, porque tengo que admitir con Pablo: "Yo se que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien" (Rom. 7:18).

Jesús dijo: "Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente (convierte)" (Lc. 15:10). Pero si aquí se entendiera por conversión "el cambio de una mala vida en una buena", entonces nunca en los cielos se han alegrado por mí.

Cierto, yo puedo además confesar lleno de alegría, que me he vuelto un hombre bueno, pero eso es únicamente por la bondad de Cristo. Jesús ha dicho: "No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos" (Mt. 7:18).

Yo he sido hecho árbol bueno, no porque haya mejorado de vida, sino porque yo por la fe como una rama he sido injertado en Cristo, la Vid, el Árbol de la vida. Sólo cuando por la fe estoy unido a Cristo, soy un árbol bueno y llevo buenos frutos.

Por desgracia, si mengua esa fe por la que yo soy uno con la Vid, también se dan en mi los frutos malos.

Así podemos comprender que Juan escriba: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios" (1 Jn. 3:9). Pero también: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Jn. 1:8).

Mientras por la fe seamos uno con Cristo nacidos de Dios, no podemos pecar. Pero porque nosotros podemos no permanecer en esa pura fe, todos ofendemos en muchos aspectos (Stg. 3:2).

Capítulo 6

RECIBIR A JESÚS COMO TU SALVADOR

Usted ha oído la llamada del Señor Jesús a la puerta de su alma. Usted se ha levantado y ha abierto la puerta. Allí está Él ante usted. Él pregunta: ¿Quieres recibirme?

Quizás diga usted: ¡Naturalmente que quiero! ¡Un Huésped tan distinguido! ¿Quién no? Nota bene: ¡el Hijo de Dios! Qué privilegio que Él quiera pasar junto a mí.

No, tan sencillo no es. Jesús sólo quiere entrar, si le quieres recibir como tu Jesús. ¿Qué significa eso?

Abrimos para ello el Evangelio según Mateo y allí leemos: "Y llamarás Su Nombre JESÚS, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados" (Mt. 1:21). Jesús, pues, significa Redentor, Salvador del pecado.

Jesús viene para la limpieza

Jesús no quiere entrar, si usted sólo le ve como Alguien muy noble, como un Huésped de honor.

Él sólo quiere entrar, si usted se postra ante Él y confiesa:

"Yo soy un hombre más y más pecador. He hecho de ello una ruina. La casa de mi alma hace aguas por todas las esquinas. Todo está herrumbroso y enmohecido por causa del pecado. Y así jamás puedo recibir a Dios. Yo mismo nunca podré poner en orden mi casa. No hay manera. Por eso estoy contento, de que Tú, Señor Jesús, quieras entrar en mi casa para hacer en primer lugar una limpieza general. Sí, te acojo como mi Salvador, como Aquel que me quiere librar de toda esa basura, de todo ese secreto jaleo de mi egoísmo, de mi pecado".

Jesús ha representado todo eso al lavar los pies a sus discípulos. Para Pedro era demasiado. Él exclamo: "No me lavarás lo pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo" (Jn. 13:8). Pero en parte podemos comprender a Pedro, porque...

Un Huésped de honor con una escoba, con bayeta y jabón

Para nosotros, hombres, recibir así a Jesús, es sumamente difícil, sería mejor decir: imposible.

Suponga que usted invita a distintas personas a una fiesta. Y a cada uno le explicó punto por punto: "¡Ese" también viene! Y tú has enumerado todos sus títulos, sus actitudes, sus obras realizadas, por lo que se ha hecho mundialmente famoso. ¡Y ahora ese famoso del mundo viene de visita a tu casa! Se hace un poco tarde, y te pones nervioso: ¿No se habrá olvidado de la cita? ¿O tal vez su tiempo es tan importante para él que no se tomó la molestia de telefonar que no venía?

Pero por fin: Allí está. ¿Pero qué veo? No trae una limousine, sino un coche de la limpieza. Se baja y dice: "Antes de que usted me reciba como huésped, quiero limpiar completamente su casa".

Perplejo o enfadado reaccionas: "Soy muy honrado con su visita. Pero debe dejarse de bromas. Mi casa está muy bien. ¿Qué pensaba usted?"

Esto, como usted comprende, es un ejemplo, pero corresponde a nuestra humillante realidad. Jesús ni puede ni quiere venir sin más como nuestro Huésped. Él viene en primer lugar con la misión de hacer limpia nuestra casa, para que sea digna morada de Dios (Jn. 14:23).

Si Jesús quiere entrar en tu casa como tu Salvador, como tu divino Limpiador:

1. Entonces reconoces que eres un hombre totalmente pecador, hasta tal punto que no sólo has merecido la cárcel, sino la muerte y la muerte eterna.
2. Al mismo tiempo reconoces tu incapacidad para satisfacer tu mismo esa culpa. Descubres tu naturaleza pecadora y sabes y confiesas que todo lo que sale de ti está manchado por el pecado, y que nunca jamás podrás poner en orden por medio de una vida honrada lo que hasta ahora hiciste equivocadamente; antes al contrario descubres que esa culpa que tienes con Dios, cada vez se hace mayor.
3. Entonces reconoces que sólo Otra Persona, es decir, el Hijo de Dios hecho Hombre, puede satisfacer tu deuda ante Dios, y que Él ha querido hacer eso por ti. Tú dependes absolutamente de ese Otro.

Y si aceptas eso con total sinceridad, no queda de ti nada mas que un montoncito de miseria. Como un publicano sólo te queda arrodillarte en el último rincón del templo, con la cabeza baja, golpeándote el pecho y suspirando ante Dios, decir: "Dios, sé propicio a mí, pecador" (Lc. 18:13).

Y contra eso se rebela nuestro pecaminoso corazón. Nos parece un precio demasiado alto. Ciertamente queremos ser salvos de nuestra miseria, pero no a costa de todo nuestro "yo".

Un pie entre la puerta

Qué difícil es reconocerte tú mismo en bancarrota total, se pone también de manifiesto en la manera refinada, con la que algunos cristianos tratan de guardar algo de sí mismos. Con eso se hacen víctimas de las muchas argucias del diablo. Este intenta poner un pie entre la puerta; susurra a tales personas devotas: "Es un error que tú sin más te presentes ante Dios, sin una adecuada preparación por tu parte". No, tú no puedes ofrecerle a él buenas obras, pero sí...".

Y así esos cristianos proclaman que Jesús sólo se acerca a ti como Salvador, cuando en ti hay un profundo sentimiento de culpabilidad u abatimiento. PERO... en ninguna parte de la Biblia leemos que Jesús exija una determinada y profunda idea de pecado como condición para ser el Salvador de una persona. Es suficiente sentir con nuestro corazón, cuando confesamos: "Dios, sé propicio a mí, pecador". Esos sentimientos pueden llegar, y en unas personas más profundamente que en otras.

Eso puede tener su origen en el hecho de que la obra de la gracia de Dios es muy distinta en unos y en otros: "... conforme a la medida de la fe que Dios repartió a cada uno" (Rom. 12:3). También puede guardar relación con el carácter o la capacidad de cada uno.

Esos sentimientos no forman la verdadera esencia de una conciencia de pecado. La fe no es una cuestión de emociones o sentimientos. La fe es un asunto de nuestro corazón, de lo más íntimo de nosotros mismos, de nuestro "yo".

Tales cristianos siguen sosteniendo que lo primero de todo que te debe suceder, es un sentimiento de turbación, antes de que se pueda hablar de una conciencia de pecado. Según ellos has tenido que estar varias veces al borde de la

desesperación. En aborrecimiento a ti mismo debiste haberte arrastrado por el suelo. Luego después, Dios puede hacer descansar su complacencia sobre ti. PERO... la complacencia de Dios nunca descansa sobre nosotros en virtud de algo en nosotros, ni tampoco a causa de nuestro arrepentimiento, nuestra desesperación, o por nuestro sentimiento de miseria o algo parecido. Dios sólo puede tener complacencia en nosotros a causa de Su Hijo, en base a lo que Él ha hecho y sufrido; nunca en razón de lo que nosotros hayamos hecho, sufrido o experimentado.

Por eso estos cristianos también sostienen que uno no tiene o escasamente puede tener una total seguridad de su salvación. Cuando alguien todavía muy joven da testimonio de su seguridad de que Dios le es propicio en Cristo, en determinados grupos de creyentes esto se escucha con recelo.

PERO... Sin embargo Jesús ha dicho: "Te alabo, Padre, porque revelaste estas cosas a los niños". "Niños", que son sencillos, que no tienen ninguna pretensión, que no pueden o cuando menos no quieren esgrimir diplomas. No los confundáis con vuestra doctrina de teólogos amateurs o refinados sistemas. Confiad con corazón humilde en Jesucristo y en Su promesa.

En mí no mora el bien

No, eso es precisamente lo más humillante para nosotros, que Dios es tan misericordioso, que nos quiere aceptar como nosotros somos. Él no quiere comenzar con pecadores, que primeramente se han hecho una gran limpieza de sí mismos y después se presentan delante de Él. No quiere pecadores brillantados, ya que él penetra hasta lo más íntimo de nuestro ser. Él escudriña nuestras más secretas intenciones. Él sabe que nunca nos podremos ver libres de nosotros mismos y que nosotros, aun en nuestra devoción o compunción, siempre nos buscamos de nuevo a nosotros mismos. Nos agrada tanto ser alguien importante. Queremos sobresalir, si hace falta por la mayor tenebrosidad en la idea de pecado o por todas esas vivencias de nosotros mismos: "¡Nosotros hemos pasado esto y todo aquello!".

¿No se comprende que Dios deba sentir asco de una tal "devoción"? Pablo lo ha dicho claramente: "Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien" (Rom. 7:18). Por eso él, a sus anteriores esfuerzos por presentar su propia justicia ante Dios por el cumplimiento de sus mandamientos, le llamó incluso "suciedad, basura" (Fil. 3:8). Él supo desde entonces que el Señor correría una cortina sobre todas esas buenas y piadosas obras que le quisiésemos ofrecer:

"Ponlas en la calle para el coche de la basura".

Jamás podemos ofrecerle algo a Dios que de una u otra manera pueda ser aceptado por Él. Es arrogancia, pedantería por nuestra parte, el pensar que nuestra idea de pecado puede ser tan nítida y profunda, que esto sea una razón para que Dios tenga misericordia de nosotros.

La honda de la reacción

Sin embargo puedo comprender a tales cristianos. Viven la mayoría de las veces de la reacción contra aquellos que reducen el Evangelio a algo tan simple como: "Acepta a Jesús y verás los cielos abiertos".

Yo tampoco estoy de acuerdo con un cristianismo superficial como ese. Si con corazón creyente aceptas a Jesús como tu Salvador, entonces eso hace blanco en lo más íntimo de ti mismo. Te vuelves otra persona, una nueva criatura. Eso no es un suceso fugaz y jocoso. Entonces mueres a tu pecaminoso "yo" y por medio de la fe se pone en la nueva vida en Cristo.

Pero la honda de la reacción nos lleva a veces demasiado lejos. Por eso siempre debemos volver de nuevo a la Escritura. Allí encontramos "la sana doctrina". Allí encontramos el justo equilibrio. La Escritura nos preserva de unilateralidad en nuestras reacciones. Ese peligro también me puede ocurrir a mí. Por eso quiero recalcar: No confíe en lo que yo digo; sino contrástelo todo con lo que dice la Biblia. (Ya le oigo decir: "Mi intención ya no era confiar en usted sin más". Mi respuesta: "de acuerdo, ya que la Palabra de Dios debe tener la última palabra").

Seguro de sus dogmas, pero no seguro de Él

Hay aun otro grupo de "cristianos", que todo ese hablar de la vivencia interior de la fe lo encuentran una tontería. Lo llaman un enfermizo rebuscar en sí mismo. Dan la impresión que para ellos el creer consiste en la aceptación de "algo", en el suscribir todo tipo de verdades (dogmas). Lo conocen todo a la perfección. Están seguros de "ello", seguros de su propia razón, pero no están seguros de Cristo, porque no le conocen interiormente. Nunca han querido renunciar a la muy buena opinión que se han hecho de sí mismos. Nunca se han sentido quebrantados por su miseria para descubrir su propio egoísmo, que es el centro de culpabilidad de su existencia. Por eso tampoco han tenido verdadera

necesidad de Jesús como su Salvador. En cambio están muy contentos de sí mismos, satisfechos de sus dogmas, de su teología y de su propia iglesia. Y ya que nunca han experimentado el magnánimo amor del buen Pastor - una vez más ellos no tienen necesidad de él - por eso con frecuencia son también unos "cristianos" áridos. Rechazan a los otros a causa de su propia seguridad. "Lo" saben todo tan bien. Te atosigan con textos bíblicos o con artículos de su confesión de fe. En efecto, atosigan pero no difunden vida alguna. Tampoco poseen al Espíritu Santo, "porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz" (Rom. 8:6). Incluso la predicación más directa no puede atravesar sus corazas.

Pueden estar totalmente de acuerdo contigo de que: "El hombre es más y más pecador". Dicen "sí" plenamente a esa verdad bíblica...con su mente, pero su corazón en realidad no se inmuta. Nunca ha brotado una lágrima de su alma por sus propios pecados. En manera alguna han sido quebrantados interiormente. Antes al contrario se jactan de todo lo que hacen por la iglesia, ya sea la evangelización o las misiones. Se glorían en su permanente lucha por la ortodoxia. Y si tú les señalaras con el dedo: "tú eres "ese" hombre" (2 Sam. 12:7), tú, hombre o mujer, debes convertirte, entonces te mirarían con gran indignación: "Cómo te atreves a suponer que yo aún no estoy convertido; yo que...".

Ante tales "cristianos" prefiero guardar silencio ya que evocan una falsa imagen del cristianismo. Estoy totalmente de acuerdo, cuando alguien observa la expresión de un tal cristiano duro como el mármol y satisfecho de sí mismo, entonces dice: "Si eso es el cristianismo, para mí no lo necesito". Pero, como ya he dicho, así tampoco es el cristianismo. Eso es simplemente su caricatura.

Un conocer teñido por la fe y la confianza

El creer salvífico no es, pues, tomar intelectualmente por cierto lo que Dios ha revelado en la Biblia. Como dice el Catecismo de Heidelberg (Dom. 7): "No es sólo un seguro conocimiento por el cual considero cierto todo lo que el Señor nos ha revelado en Su Palabra, sino también una verdadera confianza que el Espíritu Santo infunde en mi corazón, por el Evangelio, dándome la seguridad..."

Los dos están en la fe salvífica firmemente unidos entre sí. Es un conocer que al mismo tiempo estás seguro de que también puede confiar plenamente en Cristo. Es un conocer que está teñido por el amor y la confianza. Ese conocer procede del Espíritu que Jesús envía sobre nosotros. Ese Espíritu Santo que es el Espíritu

del Padre y del Hijo, nos cuenta por la Palabra de Dios quién es Jesucristo. Él nos deja ver el amor infinito de Dios en Cristo y nos lleva a una plena confianza en Él.

Ese Espíritu viene a morar en nosotros, cuando nosotros confiamos en Cristo. Él ahonda esa unidad entre Cristo y nosotros. Por ese Espíritu también Él Mismo está en nosotros. Pablo se goza por ello: "Vive Cristo en mí" (Gal. 2:20).

Jesús ha descrito bellamente esa unidad en mutua confianza entre Él y los Suyos en la parábola del Buen Pastor en Juan 10. Él dice: "Yo soy el Buen Pastor; y conozco mis ovejas; y las mías Me conocen".

Aquellos que Le recibieron

Un profundo sentimiento de unidad surge entre Cristo y nosotros, cuando en fe nos hemos entregado a Él. Así debemos entender la palabra "conocer" en la Biblia. Se trata de un conocer del corazón. En ese sentido utilizamos también a veces la palabra conocer, por ejemplo cuando decimos que un chico ha conocido a una chica. Con eso no queremos decir que ese chico conoce el nombre, la edad, la familia y los diplomas de esa chica etc. Sino que nos referimos al conocer interno del amor.

También debemos prestar atención a lo que Juan dice: "Mas a todos los que LE recibieron, a los que creen en Su Nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Jn. 1:12). La fe en realidad se dirige a Alguien no a algo. Creer es tener y mantener una relación personal con Alguien, con Jesucristo.

Creer es confiar

Sí, pero una confianza de un especial contenido. Nosotros, hombres, también podemos confiar en un otro. Esa confianza ha llegado a realizarse en nosotros y quizás haya crecido en base a toda clase de informaciones y porque le hemos aprendido a conocer de cerca. Entonces nos damos cuenta que tratamos con una persona leal y honrada. Pero la confianza de la fe en Cristo es de un carácter distinto. Ese es un descansar en Él. Una plena confianza que se apoya en Él. Es estar seguro de Él, de que nunca te abandona. Entonces sé que siempre está a mi disposición. Él siempre está dispuesto a prestarme los servicios más humildes. Él nunca se enfada, porque Él a cada paso tenga que purificarme de toda imperfección con Su propia sangre. Él es paciente y todo amor.

Crear es gratitud

Y a partir de aquí puedes estar indeciblemente agradecido. Querrías hacer todo lo posible para poder expresar esa gratitud. Quieres decirle al oído y clamar: "¡Señor, te estoy profundamente agradecido!"

Y esa gratitud también tiene su propio color. No le estás agradecido de la misma manera que lo puedes estar a una persona que en un momento determinado te ha ayudado en circunstancias difíciles.

Esa gratitud para con Él brota directamente de tu corazón. Tiene su origen en tu amor hacia Él. Esa gratitud es como una corriente que se desprende irresistible de tu interior e impregna todos tus actos. Esa gratitud es una canción, que siempre permanece sonando en ti.

"Y sed agradecidos" (Col. 3:15).

Si, esa es una exhortación de Pablo, pero debes entender eso bien. Pablo no pretende hacer de esta gratitud una nueva ley. No quiere decir: Cristo ha hecho tanto por vosotros, y ahora debéis intentar pagarle un poco. Entonces la obligación a estarle agradecidos nos pesaría como una carga.

Tal vez hayas llegado a la conclusión de que hay personas las cuales todo lo que te quieren hacer o te quieren dar no es porque sí. Pero su intención es que te sientas obligado con ellos. En razón de lo que ellos te hayan hecho, otro tanto esperan que le devuelvas. Es comprensible que nunca recibas nada gratis de tales personas. Es preferible que se lo pagues todo, porque de otra manera te saldrá mucho más caro. Y en cualquier caso tu libertad con frecuencia estará coartada.

Pero Jesús no es así. Naturalmente Él espera de nosotros que le seamos agradecidos, pero Él no quiere en manera alguna que veamos esa gratitud como un trueque por lo que Él ha hecho por nosotros. Él quiere que esa gratitud brote de nuestro corazón. Si esa gratitud nuestra no es espontánea, entonces, hablando con respeto, ha perdido la gracia para Él.

Crear es estar reconciliado

Crear es recibir la paz del perdón de Dios, el beso del padre al hijo pródigo en la parábola de Lucas 15. Crear es experimentar el abrazo de ese Padre.

"Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: padre, he pecado

contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el padre dijo a sus siervos; Sacad el mejor vestido, y vestidle; y ponedle un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse" (Lucas 15:20-24).

¿Puedes darte cuenta un poco de la intensa alegría que significa, cuando llegas a la fe? entonces el Padre eterno como un Padre misericordioso te rodea con sus brazos. Te abraza y te besa.

¡Qué enternecimiento! ¡Qué entrañable es este encuentro con el Dios santo!, que muy directamente te dice:

"Estás perdonado. No quiero hablar más de tu pasado. Ni quiero pensar más en él (He. 8:12). Yo quiero arrojar todos tus pecados en lo profundo del mar (Miqueas 7:19). Ya que estabas perdido y ahora has sido encontrado; estabas muerto y has vuelto a vivir por Mi propio Hijo, que ha tomado sobre Sí esa muerte que tú habías merecido y ha obtenido vida eterna para ti".

¡Qué tranquilidad, qué seguridad! "El eterno Dios es tu refugio y su sostén, los brazos eternos" (Deut. 33:27).

Creer es reposo

Creer significa relajamiento. Toda angustia ante un Dios castigador se desvanece. En Cristo toda tensión deja de existir para nosotros, ya que él ha cargado con todo eso y lo ha quitado de nosotros.

Por eso no tenemos necesidad en manera alguna de cargar con nuestra culpa en el futuro. No necesitamos saldar esa deuda con una vida de mortificación y penitencia.

Naturalmente nosotros debemos reparar en lo posible el mal que hayamos ocasionado. Pero Dios no quiere que veamos esa reparación como una amortización de la deuda que tenemos con Él. Esa deuda es totalmente saldada y borrada por Su Hijo, una vez que Él ha muerto por nuestros pecados en la cruz. Podemos empezar una nueva vida.

Pablo escribe que la prueba jurídica que testificaba en contra nuestra ante Dios, y también la lista de nuestros pecados, ha sido clavada en la cruz por Cristo en señal de que Él había pagado esa cuenta por nosotros. Todo el que mira con fe a esa cruz, puede ver al mismo tiempo, allí colgada, la factura de sus propios

pecados, con la firma de Jesús al pie, escrita con Su propia sangre. Jesús Mismo ha dicho: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar" (Mt. 11:28). Por eso: "Despojémonos de todo peso" (Hebr. 12:1).

Creer es ver

De nuevo debo añadir inmediatamente: se trata de una especial forma de ver. Es como un ver al Invisible (Hebr. 11:27). Pero aún así hasta cierto punto un ver.

Por la fe veo que Jesús está ante mí, como Él surge de la Biblia. Mi verle a Él se despierta con palabras como: "Y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que le llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego;... y su voz como estruendo de muchas aguas" (Ap.1: 12-15).

Le he seguido en el Evangelio en sus viajes por Israel. He visto cómo Él iba de un lugar a otro haciendo bien. He escuchado sin respirar Su sublime Palabra. He sentido Su santa presencia en los milagros que Él hizo. Me sentí cerca de Él en el huerto de Getsemaní. He estado debajo de la cruz. Estaba junto a los apóstoles, cuando le vieron después de la resurrección.

Así ha ido creciendo una imagen de Él en mí, una imagen que ha sido formada por la Biblia misma. Así le veo, así vivo por Él y así le amo. Le conozco íntimamente por esa Palabra de Dios. Él tiene mi plena confianza. "Mis ovejas oyen mi voz y Yo las conozco, y me siguen, y Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos" (Jn. 10: 27-30).

Repito: se trata de una forma especial de ver, ya que Jesús también ha dicho: "Bienaventurados los que no vieron y creyeron" (Jn. 20:29). Pero por otra parte la carta a los Hebreos nos dice: "Puestos los ojos en Jesús, el Autor y Consumador de la fe" (Hebr. 12:2).

También para mí

Cuando un hombre ha llegado a la fiel confianza en Cristo como Salvador de los perdidos pecadores, en eso está incluido que también Él es eso para mí y que también a mí se me ha regalado el perdón de los pecados en Él.

Esa seguridad de que también mis pecados están perdonados, no lo recibo por una revelación especial. La Escritura debe ser suficiente para nosotros. El Espíritu no me lo susurra aparte al oído.

El Espíritu nos lleva a la fe en Cristo Jesús, como El Se revela en la Escritura. Y en esa Escritura escuchamos de Su propia boca que Él ha tomado sobre Sí los pecados de todos los que creen en Él, sin excluir a nadie. "Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a Quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en Su sangre" (Rom. 3:22-25).

¿Por qué y de dónde esa alegría?

La "indecible y gloriosa alegría", con la que nos alegramos en Cristo, radica en primer lugar, en que le vemos como el Salvador de todos los que creen en Él. Que nosotros mismos estemos también incluidos, en un principio sólo es una segunda intención. En primera instancia estamos muy contentos de que haya un Hombre, que en manera alguna está corrompido por el pecado. Completamente extasiados le contemplamos. Nos asombra tanto amor hacia lo sin valor, sí incluso condenables pecadores, como somos todos nosotros, yo incluido.

Adoramos a Dios en Su santidad y en Su gracia.

Cierto, la idea de que estemos incluidos en eso, nos permite vivir más conscientes. Por eso nuestra gratitud, humillación y adoración se hacen más personales.

Pero nos está permitido hacer, del "también para mí", el punto central de nuestra vida espiritual. Entonces caemos en un egoísmo espiritual a modo de: "Yo por suerte me encuentro en medio de todo esto. Qué bien: un día también seré feliz en el cielo". La Biblia nos enseña a renunciar a nosotros mismos. En primer lugar debemos alegrarnos en el Dios del Pacto, en Jesucristo, el Salvador, y después en segundo lugar en nuestra propia sensación.

Capítulo 7

SU SALVACIÓN ESTÁ LEGALMENTE ESTABLECIDA

Una mirada entre los bastidores divinos

Cuando alguien por primera vez oye de ese infinito y perdonador amor de Dios, casi de por sí surge la pregunta: ¿pero cómo puede ser eso? ¿No hay justicia en Dios? ¿No debe Él castigar el mal? ¡Sin embargo Dios también es santo!

Que semejantes preguntas surjan en nosotros es totalmente comprensible. Y en verdad no necesitamos desecharlas. Ante todo tienen su origen en el respeto que alguien tiene a Dios. Podemos reflexionar tranquilamente sobre eso, pero nunca nos está permitido dudar de ese gran amor de Dios. Dios Mismo ha venido a nuestro encuentro en esas preguntas, sobre todo por Su revelación en Cristo como podemos ver en el Nuevo Testamento. En eso somos más privilegiados que los creyentes del Antiguo Testamento. Podemos ver mucho más que ellos. El Señor nos ha permitido mirar entre los bastidores de esa misericordia divina. Y es sobre todo Pablo, quien ha recibido un profundo conocimiento sobre esto, y nos lo ha pasado a nosotros. Pablo en sus cartas nos lleva ante el tribunal de Dios. Describe como la administración de justicia debe terminar en una sentencia: "Encontrado culpable de transgresión de todos los mandamientos de Dios y por eso condenado a muerte eterna". Esto es muy lógico; ya que las pruebas se han acumulado sin ningún género de duda.

La singular defensa de este Abogado

Ahora Pablo nos muestra un Abogado celestial, que nos ha sido designado por el Juez eterno. No tenemos necesidad de pagarle altos honorarios. Él es un Abogado para los pobres.

Este Abogado va hablar en nuestro favor. ¿Pero cómo hace eso? Él comienza por reconocer la plena legitimidad de ese veredicto de muerte eterno. Él tampoco alega ninguna circunstancia atenuante. Él dice a ese Juez: "En efecto, Usted no podía hacer otra cosa. En virtud de Su justicia y en base a los mandamientos que Usted ha promulgado, debe rezar así ese veredicto".

Pero... entonces se da un sorprendente giro en ese proceso. Este Abogado dice: "Y sin embargo le solicito la plena absolución de este pecador. Ya que Usted sabe que Yo he cargado con la culpa de todos los que creen en Mí. Este pecador

ha reconocido en su corazón la legitimidad de Su veredicto, pero al mismo tiempo ha puesto toda su confianza en Mí. Y cuando Me hice hombre y recorrí Israel, Yo he proclamado por orden Tuya: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn. 3:16). Este pecador ha creído en Tu promesa y en Mi promesa. Impútesele ahora la justicia que Yo en mi vida siempre he practicado, como si él mismo la hubiese cumplido".

Y tu lo comprendes todo, este Juez no puede ni quiere otra cosa que conceder plena gracia. En lugar de una condena a muerte eterna este pecador oye pronunciar una sentencia absolutoria de toda culpa y castigo, además con entrada gratis a la vida eterna. Este pecador que se había ensuciado con toda injusticia es puramente lavado con la sangre del Hijo del Juez y vestido con la justicia de Cristo. Este Juez a partir de ahora sólo le quiere ver en ese espléndido vestido de Cristo.

Dios cuenta a favor nuestro

Pablo desarrollando un poco esto dice: "Mas al que no obra, sino cree en Aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo:

Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado" (Rom. 4:5-8).

Traducción romano-católica de Nácar-Colunga: "Mas el que no trabaja, sino que cree en el que justifica al impío, la fe le es computada por justicia. Así es como David proclama bienaventurado al hombre, a quien Dios imputa la justicia sin las obras:

Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido velados. Venturoso el varón a quien no tomó cuenta el Señor de su pecado".

Nosotros, hombres, tenemos siempre la tendencia de contar para nosotros mismos. Dios en Su misericordia es precisamente al revés. Cuenta de Sí Mismo para nosotros. A veces queremos apropiarnos de algo que no nos corresponde. Dios actúa totalmente de otra manera. Lo que a nosotros justamente nos

correspondía, era (y es) la muerte eterna. Pero cuando ponemos nuestra confianza en Cristo, somos absueltos y recibimos la vida eterna. Y eso se nos concede gratuitamente.

Dios nos atribuye la justicia de Cristo. Esto quiere decir: ante Él está esa vida de Jesucristo, magnífica, santa, inmaculada, y obediente, una vida que ganó galardón infinito. Pero allí viene un pobre pecador que nada tiene que ofrecer a no ser el reconocimiento de culpabilidad. Ese pecador confía totalmente en el Abogado, señalado por Dios, Cristo.

¿Y qué sucede entonces? ¿Le dirá Dios a una creatura así de culpable: "Qué haces tú aquí? ¿Cómo te atreves? ¿iLárgate!?"

No, ese Juez (usted comprende que yo use una metáfora) toma esa larga lista con las incontables obras de Cristo, "el Libro de la vida", y escribe debajo:

"¡También para este pecador! Yo se las atribuyo totalmente también a él; por pura misericordia". Y el nombre de ese pecador queda incluido en el registro de la gracia divina que como un complemento que se añade al Libro de la vida de Cristo. La Biblia misma utiliza más de una vez esa imagen del "Libro de la vida", en el que se encuentran inscritos los amados de Dios (Ap. 21:27).

Dios nos lo ha revelado claramente, para que estuviésemos seguros de su eterno amor perdonador. Por eso nos ha dado a conocer que ante Él todo está jurídicamente fijado. Por eso Él ha dejado reflejar la salvación por su siervo Pablo en términos jurídicos como "imputable, absolución, dejar sin validez las pruebas" etc. No debemos pensar que Dios está sujeto a cambio alguno. En Él no hay mudanza ni sombra de variación, esto nos lo confirma el apóstol Santiago en Su Nombre (Stg. 1:17).

El Padre Mismo te ama

Ya lo he dicho antes: El Juez no puede hacer otra cosa que absolver a un pecador que ha puesto su confianza en Cristo, pero tampoco: Este Juez quiere otra cosa.

Jesús lo ha dicho muchas veces: "Y no os digo que Yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre Mismo os ama, porque vosotros Me habéis amado, y habéis creído que Yo salí de Dios" (Jn.16:26-27). Sí, el Padre Mismo viene con el Hijo a morar en nosotros. "Y Mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él" (Jn.14:23). Esa es la consecuencia de Su amor. Porque el plan de salvación en Cristo a favor de los pecadores proviene de Él; lee Jn. 3:16.

Bendito sea "Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean

salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Tim. 2:3-4). El Padre viene a morar en el corazón de aquellos que han recibido en la casa de su alma al Hijo como Salvador. Sí, el Padre, el Hijo y el Espíritu quieren permanentemente morar en los creyentes. El Hijo hace posible esa permanencia mediante el purificarnos en Su sangre. Así nos hace una morada adecuada para ese Dios santo. El Espíritu Santo está continuamente ocupado con nosotros para santificarnos y formarnos a la imagen del Hijo de Dios, para que el Padre sobre todo descubra en nosotros el resplandor y la gloria de Su Hijo, Su Amado. ¿Qué misericordia, que maravilla, que gracia!

Lector(a), ¿No querrías tener en tu interior esa alegre luz? ¡¿Sí?! Cree en Jesucristo como tu perfecto Salvador, ya que como pecador sólo mereces la ira de Dios. Confía totalmente en Él.

Dios obra el querer

Ya que nosotros por la fe tenemos una íntima relación con Dios, hasta tal punto, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo vienen a hacer morada en nosotros; es Dios Mismo el que en nosotros "produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:13).

Fíjate bien: Allí no está que Dios obra en nosotros la posibilidad de querer, sino el querer mismo. Eso sólo se puede comprender desde esa íntima unidad con Él. Él nos alienta constantemente con Su Santo Espíritu que es como si nuestro querer tuviera su origen directamente en Él.

Cierto, la Biblia también dice claramente que nosotros somos los que por el nuevo nacimiento queremos ir a Dios. Pero la acción de la gracia es tan profunda y soberana que esa misma Biblia puede decir también que Dios produce en nosotros el querer.

Nos encontramos ante un profundo misterio, que de alguna manera sólo se nos desvela por la fe. Pero ese poquito que comprendemos nos invade toda nuestra alma con un gozo indecible: ¡El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo moran en mí y producen mi querer y mi hacer! "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!... Porque de Él, y por Él, y para Él son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos. Amén" (Rom. 11:33,36).

Así podemos también comprender lo que Pablo en Filipenses 2:12, como colofón

al verso 13 antes citado, dice: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor". Dios es tan íntimamente uno con nosotros que Él mora en nosotros y nos llena totalmente con su gloria (2 Cor. 3:18) y así quiere obrar en nosotros, que sólo puedes levantar los ojos hacia este Dios con profundo respeto, que mora y obra en ti.

Creer es absoluta dependencia

Creer es sentirte absolutamente dependiente de Dios. Todo tu ser se vuelve por la fe a Él. Tú bebes de Él, tu vives de Él. Esa conciencia de dependencia es como un dulce estremecimiento, que como una nube va creciendo hacia arriba desde lo más profundo de ti mismo. En esa nube te envuelves tú en adoración. Le alabas en todo momento. Ensalzas Su grandeza. Elogias Su eterno poder.

Creer es saberte totalmente dependiente de Cristo. La plena reconciliación con este Dios santo la tomas de Él. Él es al mismo tiempo comida y bebida para ti. "El que come Mi carne y bebe Mi sangre, tiene vida eterna" (Jn. 6:54). Como un recién nacido en los países, donde no se puede encontrar otra leche, depende totalmente y para todo de la madre, porque si no moriría; así también me sé yo plenamente dependiente de la sangre reconciliadora de Cristo. Yo sé que debería morir eternamente bajo la ira de Dios, que yo había merecido por mis pecados, si Cristo no me imputara Su sangre como medio de reconciliación con Dios.

Por eso también me sé tan íntimamente uno con Cristo: "El que come Mi carne y bebe Mi sangre, en Mí permanece, y Yo en él" (Jn. 6:56). Cristo ha hecho Su sacrificio de reconciliación una vez y para siempre ofreciéndose a Sí Mismo en el Gólgota, ese sacrificio está en cada momento ante el Padre en propiciación por mis pecados, mientras Cristo permanece en mí. En virtud de Su sangre una vez derramada me está permitido ir en plena confianza hasta Dios, se me permite saber que la complacencia del Padre en Jesucristo, Su Hijo, también reposa sobre mí.

Capítulo 8

LA FIRMEZA DE LA FE

En el capítulo anterior vimos que la salvación es un hecho legal situado fuera de nosotros. Los bienes de la salvación nunca se pueden devaluar. Tienen un valor eterno fijo. El oro del Gólgota, la sangre del hijo de Dios, sale fiadora. Dios lo ha ratificado, porque Él ha resucitado a Cristo de entre los muertos.

Pero ahora el Señor espera que sea un hecho para nosotros y que le glorifiquemos por la firmeza de nuestra fe. "Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rom. 6:11). Esa firmeza de nuestra fe, deseada por Dios, lo vamos a ver en este capítulo.

Creer es tener la seguridad de la salvación

Pablo proclama: "Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom. 8:37-39). Este canto de la alabanza fue de nuevo descubierto por la Reforma del siglo dieciséis. Era cantado por los mártires en la hoguera. Con este cántico de gratitud en sus corazones muchos testigos de la fe han podido sobrellevar el escarnio y persecución del medio social en que vivían, incluso de sus propios familiares.

Este cántico suena en el alma de cada creyente, también en mi corazón.

Tranquilo puedo mirar hacia el otro lado de mi sepulcro. Allí veo a Jesús, que me está esperando con los brazos extendidos para recogerme para siempre y llevarme a las moradas de la paz. Allí podré cantar con los redimidos de todos los tiempos: "Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos" (Ap. 5:13).

¿Pero, cómo puede estar usted tan seguro de su eterna salvación?, frases como esta las oigo yo con frecuencia. ¿No es eso una autoexaltación? ¿No es eso, una altanera confianza en sí mismo?

Si todavía surgen en ti preguntas como estas, después de haber leído tantas páginas de mi libro, entonces debo deducir que no me ha comprendido y que no fui lo suficientemente claro. Quiero una vez más exponer sobre qué se fundamenta esa certeza de mi salvación (y de todos aquellos que creen en Cristo).

Por una parte repetiré lo que ya he dicho, porque es mejor decir las cosas dos veces, que dejarlas sin comprender.

A. SOLO POR GRACIA

La Reforma ha basado la certeza de la salvación de los creyentes en dos principios bíblicos, es decir, sobre la "Sola gracia" y la "Sola fide" (sólo por gracia, sólo por fe).

En primer lugar, la sola gracia. Con esto confiesan los cristianos reformados que en sí mismos no se encuentra fundamento alguno, por el que puedan estar seguros que heredarán la vida eterna. Ellos están totalmente de acuerdo con el suspirar del salmista: "Oh Señor, mirales a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?" (Salmo 130:3).

Y Pablo a cada paso no se cansa de repetir: "Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por Su misericordia" (Tit. 3:5). "y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia" (Rom. 11:6). "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef. 2:8-9).

Quien, pues, admite que la base de su seguridad de tener vida eterna está solo en la gracia, se humilla a sí mismo hasta lo más profundo. Porque con eso está diciendo, que él es malo en sí mismo y que Dios tiene toda la razón para maldecirle, cuando Él tenga que pronunciar sentencia en base a lo que él es o de lo que ha hecho. Pero al mismo tiempo confiesa que su eterna salvación sólo la busca y la encuentra fuera de sí mismo, es decir, en Cristo. Por un lado esa confesión es una extrema vergüenza para nosotros mismos, pero al mismo tiempo es una máxima alabanza para Cristo.

Yo le conozco; por eso estoy seguro

La seguridad de mi salvación eterna se basa en mi íntimo conocer al Buen Pastor. Es la misma forma de seguridad que hay también entre el marido y la esposa. Ellos pueden no tener certificado alguno de que uno al otro se son fieles y que permanecerán fieles. Pero no necesitan certificado alguno ni tampoco lo

quieren. Se conocen uno al otro más y más.

Así es también con Cristo y los Suyos. Pero sabiendo cierto que Cristo me permanecerá fiel.

Yo aprendí a conocerle por Su Palabra viva, Su larga carta de amor para mí. Le aprendí a conocer por Su propio Espíritu Santo, que él lo ha enviado para morar en mí. Por eso sé que Él nunca me dejará, que únicamente sería separado de Él por una posible apostasía definitiva por mi parte. Él siempre me llamará del camino equivocado, que yo quería transitar. Él me ama. Porque me ha comprado con Su propia preciosa sangre. Por eso soy tan valioso a Sus ojos y por ello jamás puede soportar que yo me vaya a perder.

Cierto, hay también textos muy claros en la Biblia sobre los que puede basar esta seguridad. Me lo dicen sobre todo los textos que anuncian el Nuevo Pacto como: "Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de Mí" (Jer. 32:40). "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; ... y haré que andéis en mis estatutos" (Ez. 36:26-27).

Creer es sencillo

Incluso muy sencillo. Los niños pueden creer (Mt. 11:25). Y para creer te debes hacer como un niño (Mt. 18:3). ¿Quieres un par de sencillos ejemplos de lo que es creer?

Si tú estás enfermo, vas al doctor. Quizás sólo te recete unas pastillas. Tu miras esas diminutas cosas. No comprendes cómo eso te puede curar. Pero confías en el saber y el deber profesional del doctor y tomas esas pastillas. Eso es creer.

Si te encuentras en una ciudad forastera, y sabiendo la calle a la que debes ir, no tienes un plano de esa ciudad. Entonces le preguntas a alguien. Esa persona te orienta con precisión: la primera calle a la izquierda, la segunda a la derecha, luego llegas a una plaza, y...etc. Tú confías en ese "ángel informador". Sigues su información y llegas a tu destino. Eso es creer.

Creer es profundo

Incluso muy profundo. Porque creer en Jesucristo no es sólo aceptar que Él es el experto para indicarnos el camino que lleva a Dios, a la vida eterna. Creer no es sólo confiar que Él Mismo será muy cumplidor de su deber para indicarnos el

camino hacia Dios. Ciertamente, también eso. Juan le llama el "Testigo Fiel" (Ap. 1:5). Pero creer es creer en Él. Creer no solamente es confiar que él te va a indicar el camino correcto hasta el Padre, sino también que Él Mismo es ese Camino. Creer no es recibir "algo" sino recibirle a Él. Eso lleva consigo algo muy profundo. Por eso atañe a toda nuestra existencia, a lo más íntimo de nosotros mismos. Esa es la diferencia con esos dos ejemplos que yo he puesto. Tú crees a ese hombre que te mostró el camino, pero no crees en él. Y eso sucede también con el doctor. Puedes tener toda la confianza posible en su capacidad y en su honradez. Pero eso es muy distinto a que tú con tu más íntimo "yo" confíes totalmente en él y que lo esperes todo de él para tu alma y para tu cuerpo, tanto en esta vida como en la otra. Creer en Cristo significa precisamente confiar totalmente en Él, esto es: entregarte a Él sin reservas ni condiciones. Por eso el creer es algo tan radical y universal, que sólo el hombre puede alcanzar bajo el hálito del Espíritu Santo. Por eso la fe es un don de la gracia de Dios. Con facilidad puedes decir con tu boca y también con tu mente: "Señor Jesús, yo creo en ti, y te acepto como mi Salvador, mientras tú permaneces, en todo, tu mismo. "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor,... Y entonces les declararé: Nunca os conocí, apartaos de Mí.."(Mt. 7:22,23).

La justicia y el amor se besan

¿Cómo puede Dios ser misericordioso a nosotros, hombres pecadores, y eximirnos de toda nuestra culpa y perdonar todos nuestros pecados? ¿Cómo puede ser misericordioso, sin violentar Su justicia? ¿Cómo puede Él, totalmente Puro, abrazarnos con entrañable amor a nosotros, que somos totalmente impuros?

La respuesta a esas preguntas es el sacrificio de la cruz de Cristo. Allí se abrazaron la justicia y la misericordia de Dios. Allí se ha cumplido: "La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron" (Salmo 85:10). Allí el Hijo de Dios como hombre tomó sobre Sí la culpa de todo el género humano y ha expiado los pecados de los que creen en Él. Allí se cumplió la justicia de Dios, pero al mismo tiempo se reveló Su infinita misericordia. Así ocurre que la Biblia por una parte diga: "Ni las estrellas son limpias delante de Sus ojos; ¿cuánto menos un hombre, que es un gusano, y el hijo del hombre, también gusano?" (Job 25:5-6); y por otra parte: "Y la sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado" (1 Jn. 1:7).

La firmeza del pacto de gracia

Para los hombres que han visto su profunda culpabilidad y perdición, este pacto es en principio demasiado grande para sus fuerzas. Apenas lo pueden creer.

Cuando se miran a sí mismos se ven y se sienten tan andrajosos y manchados que no se atreven a levantar sus ojos hacia Él (Lc. 18:13).

Por eso Dios quiso venir a nuestro encuentro hasta donde era posible. Para eso ha hecho dos cosas:

1. Él ha plasmado Su promesa de salvación en la forma de un pacto de gracia.
2. Él ha representado y confirmado Su promesa en los sacramentos. Ahora en primer lugar trataremos del pacto de gracia.

Ese pacto de gracia había sido anunciado en la promesa hecha a Eva en Génesis 3.14. Ese pacto de gracia lo cerró el Señor por primera vez con Abraham, el padre de los creyentes; lee Génesis 17. Ese pacto de gracia no es la

consecuencia de una negociación entre Dios y el hombre. Tampoco es una especie de contrato de compra-venta con obligaciones por ambas partes.

El pacto de gracia procede unilateralmente de Dios. Solamente Él ha tomado sobre Sí las obligaciones de ese pacto. Él se ha obligado a Sí Mismo al cumplimiento de las promesas de ese pacto. Pero Él a nosotros nos ha eximido de cualquier obligación: "Pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" (Rom. 6:14).

Dios se compromete a Sí Mismo

En virtud de ese pacto de gracia, Dios se comprometió a Sí Mismo a enviar a Su Hijo, para que Él por el sacrificio de la cruz nos reconciliase con Dios. Ese sacrificio se ofreció una vez para siempre. Y nunca más tendría necesidad de repetirse. La carta a los Hebreos insiste a cada paso: "una vez y para siempre"(en griego: ephapax) se ha ofrecido Cristo, a diferencia de los muchos sacrificios del antiguo Pacto, que no tenían poder para limpiar a las personas de su conciencia de pecado.

Dios se ha comprometido a Sí Mismo a poner un corazón nuevo en todos aquellos que se han adherido al nuevo pacto de gracia, para que los preceptos divinos no sean para ellos duras ordenanzas legales sino que aman esos mandamientos y les llenan de un interno vivo deseo.

Ezequiel lo ha oído del Señor Mismo: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré un corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros Mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra" (Ez. 36:25-27).

Confirmación de este pacto de gracia

Dios aun va más lejos con el hombre pecador y ha hecho visible su pacto de gracia en señales externas. Dichas señales son como una confirmación de ese pacto.

Como señal del pacto de gracia que Dios cerró con Abraham, le ordenó la circuncisión : "Y (Abraham) recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso; para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia; y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre antes de ser circuncidado" (Rom. 4:11-12).

Bautismo y Santa Cena

Como señal del pacto de gracia, después que había sido ejecutado en la sangre de Cristo, Dios ha establecido dos sacramentos.

Cristo ordenó el Bautismo (Mt. 28:19).

Así como la circuncisión era la confirmación de la promesa divina a Abraham (Rom. 4:11) de que todo el que cree recibe la justicia divina (y para los judíos era sobre todo la confirmación de que pertenecían al pueblo elegido Israel), así también el Bautismo es la confirmación de la promesa de que todo el que cree en Cristo, es justificado gratuitamente por la imputación de la justicia de Cristo (Rom. 4:5).

Dios también ha querido confirmar ese pacto de gracia en una Cena. Antes fue la Pascua, ahora es la Santa Cena. Y (Jesús) tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados" (Mt. 26:27,28).

B. SÓLO POR FE

El segundo principio sobre el que la Reforma basa la seguridad de la salvación, reza: "Sola fide" (sólo por fe). Con eso el cristiano reformado confiesa que no tiene ninguna confianza en sí mismo. Antes al contrario, a la luz de la santa ley divina ha visto que en él solamente hay pecado, tinieblas, perdición, culpa y miseria. Ha descubierto la doblez de su alma mentirosa. Ve y reconoce que lo único que puede esperar de sí mismo es mal. Sabe que él mismo es completamente indigno de confianza.

Pero junto a todo esto reconoce que sólo Cristo es digno de confianza. Y esta es una confesión que procede del descubrimiento, de un "ver, o sea quién es Cristo. El Espíritu Santo por medio de Su Palabra le ha abierto los ojos a esa absoluta confianza en Cristo. Por eso descansa completamente en este Mediador, que le reconcilia con Dios. Duda en todo de sí mismo, pero está completamente seguro de Jesucristo, de Su fidelidad a Su promesa: "De cierto, de cierto os digo: el que cree en Mí, tiene vida eterna (Jn. 6:47).

También aquí tenemos, pues, el mismo fenómeno: la confesión de la "Sola fide" significa la mayor vergüenza para nosotros mismos y el sumo engrandecimiento para Cristo.

El Pastor me guardará

Pero, algunos suelen decir: "¿Cómo sabe usted que permanecerá creyendo en Cristo? En la Biblia está claramente que Cristo es veraz y que nunca rompe Sus promesas. En eso tiene usted razón. ¿Pero, dónde está escrito que usted nunca fallará en su respuesta afirmativa que ha dado a Cristo en la fe?"

En efecto esto parece una dificultad. Pablo dice que nada fuera de nosotros nos puede separar del amor de Dios, cuando hemos llegado a la fe en Cristo, pero no dice que no nos podamos soltar nosotros mismos de las manos del Buen Pastor. Aquí debo referirme al propio carácter de la seguridad de la fe. Eso es algo muy distinto de la seguridad de la ciencia, por lo que sabemos que $2+2=4$.

La fe es algo del corazón. Es un cambio interior que es obrado por Dios Mismo en mí. Por eso es un conocer internamente a Cristo. "Yo soy el Buen Pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen" (Jn. 10:14). A partir de ese conocimiento sé yo que Él cuidará que jamás me separe de Él. Me protegerá, no sólo contra los peligros de fuera, sino también de mí mismo, contra mi propia inconstancia. Me hará perseverar firme en la fe hasta el fin.

Lo leo en Sus ojos. Lo escucho en Su voz. Su Espíritu me susurra esa seguridad llena de alegría por la palabra de Su promesa. "No dará tu pie al resbaladero. El guarda tu alma (Salmo 121).

Reacción ante el peligro

En la India escuché cómo las crías del mono y del gato burlan el peligro de distintas maneras. Si la cría del mono huele el peligro, huye junto a su madre, se agarra a ella y así se libra del peligro. Pero con la cría del gato sucede de muy distinta manera. En el momento del peligro la madre agarra al hijo con su boca y lo lleva a un lugar donde esté seguro.

¿Cómo es nuestra dependencia de Cristo? ¿Cristo nos aleja de los peligros, lejos del alcance del diablo, quien como un león rugiente anda buscando a quien devorar (1 Pe. 5:8)? Sí. Cristo se compara a Sí Mismo con un pastor, que va en busca de la oveja perdida en el monte, que puede ser presa de las alimañas. "Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso" (Lc. 15:5).

Pero nuestra dependencia también la podemos comparar con la cría del mono. Jesús también nos llama, pues, para que "hagamos" algo, es decir que por la fe nos agarremos fuertemente a Él.

Pero sin embargo hay también una diferencia. El joven mono puede agarrarse por su propia fuerza a la madre. Pero nosotros no podemos por nuestras propias fuerzas, como creyentes, aferrarnos a Cristo. Esa fuerza la debemos recibir de Él. La fe es un don.

Y precisamente esa comprensión de que incluso en la fe dependemos totalmente de Él, hace aun más profundo ese sentimiento de dependencia. Y por eso nuestra gratitud sólo se hace más grande.

Es como si fuésemos elevados por encima de nosotros mismos. No tenemos ningún apoyo más de y en nosotros. Miramos sólo a Jesús. En Él y por Él lo tenemos todo. Entonces somos levantados hasta donde Jesús está a la diestra del Padre. Allí vemos la firmeza del pacto de la gracia divina. Su eterna fidelidad hacia nosotros. Ya que: "Éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Hebr. 7:24-25).

C. LOS AVINAGRADOS HOMBRES DE LA LEY

Es comprensible que algunos encuentren un tal amor perdonador de Dios demasiado zozobante. Que Dios pase una raya sobre toda culpa de todo lo

pasado, sin que el hombre pecador haya puesto una contraprestación, está según ellos en contradicción con la santidad de la ley. Según ellos tú haces de la ley un juego. Jesús ha tenido durante toda Su vida fastidio de esa clase de gente. Revoloteaban como mosquitos alrededor de Él esa clase de feos tábanos - que tú conoces bien: en un instante, en cualquier parte de tu cuerpo que esté al descubierto sufre el dolor de sus picadas, sobre todo en verano cuando tú quieres gozar de un día hermoso, a no ser que te hayas puesto un anti-insecticida.

Con los ojos puestos en semejantes pesimistas Jesús pronunció la parábola de la oveja perdida, la de la moneda y la del hijo pródigo en Lucas 15, pero sobre todo la comparación entre el fariseo y el publicano: "A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola..." (Lc. 18:9).

Santificación de vida

Estas personas serias también señalan con frecuencia que una auténtica conversión se hace visible en el otro, una santa manera de vivir. Y en eso tienen razón. Pero santificación no significa en ninguna manera melancolía. Lee la carta a los Filipenses en ella a cada paso repite la llamada a la alegría.

Esa santificación de vida es una consecuencia de, no una condición para la conversión y la fe. Una de esas consecuencias es que nos confesemos nuestros pecados (Stg. 5:16). Si nosotros hemos hecho agravio a alguien, debemos repararlo.

Pero alguien que ha llegado sinceramente a la conversión y ha experimentado el amor misericordioso de Dios en su propia carne, no puede tener sitio en el corazón para el odio y la amargura hacia el prójimo. Reconocerá su culpa ante el otro y lo arreglará todo de nuevo.

Mira a la cruz

... porque sólo en esa cruz está tu salvación. Mira a ese sacrificio del Hijo de Dios. Allí cuelga Él en tú lugar y en mí lugar. Mira, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn. 1:29).

Este es la más perfecta adoración que se puede imaginar. Aquí ofrece en sacrificio un Hombre, el Hijo de Dios, su propia vida. Con eso Él expresa que

Dios tiene todo el derecho sobre Él como hombre.

Sobre Jesús cargas todos nuestros pecados. "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él" (2 Cor. 5:21).

Ese sacrificio es la satisfacción de todos nuestros pecados. "Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Cor. 6:20). "Sabendo que fuisteis rescatados... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 Pe. 1:18-19).

Mira a tu Salvador

... porque la cruz es inseparable del Crucificado, el sacrificio del Sacrificador, y el Cordero inseparable del Sumo Sacerdote. Su cuerpo era Su altar y Su ofrenda. Así Él se ofreció a Sí Mismo como Sumo Sacerdote: "Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste un cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad". "En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo una vez para siempre" (Hebr. 10:5-7,10).

Mírale allí colgado en esa extrema miseria y dolor. Ese dolor es realmente insoportable. Y sin embargo Él lo aguanta, hasta que todo está consumado (Jn. 19:22). Él también sabe: "Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no pueden quitar los pecados" (Hebr. 10:4). Por eso Él se ha ofrecido a Sí Mismo como ofrenda para perdón de nuestros pecados. Y ahora se nos permite saber con certeza por la fe: "Y él es la propiciación por nuestros pecados" (1 Jn.2.2). "La sangre de Jesucristo, Su Hijo, nos limpia de todo pecado (1 Jn.1:7).

¡Mira al Resucitado!

Cruz y resurrección no se pueden separar una de la otra. "Y Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es entonces nuestra fe". "Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho" (1 Cor. 15:14,20). Acompáñame a Su sepulcro la madrugada de pascua. ¿Ves esos soldados, que están de guardia? ¿Ves esos sellos de la tumba? Todo está en profundo silencio. Ahora es ya el tercer día. Parece que la muerte también ha tenido la última palabra en este Crucificado. Pero de

pronto...iese ruido sordo como de un terremoto! ¡Y entonces sucede! Los evangelistas no nos describen cómo se verificó todo. ¿Cómo hubiesen podido hacerlo? Aquí se traspasa la frontera de lo humano. Se trata de otra dimensión, de la que no podemos hacernos idea alguna, la dimensión de lo divino.

Pero un poco más tarde se aparece Él como Resucitado, primero a las mujeres, luego a Pedro, a los discípulos de Emaús, a los apóstoles... "Y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí", así narra Pablo su aparición (1 cor. 15:8).

Mira a Jesús como el Glorificado, que "se sentó a la diestra del trono de Dios" (Hebr. 12:2). Mira cómo Sus ojos llenos de amor se posan sobre ti, cuando tú te has entregado a Él en fiel confianza. Ya que le eres amado, infinitamente querido, porque él te ha comprado con el precio de Su propia sangre. Él quiere reposar en ti; reposa también tú en Él. Jesús oró: "Yo en ellos y Tú (Padre) en Mí" (Jn. 17:23). "Permaneced en Mí, y Yo en vosotros" (Jn.15:4).

¡Mira a tu Dios!

La Escritura misma nos anima a eso: "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (Hebr. 4:16). "Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo....acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe" (Hebr. 10:19-22).

"Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, (se refiere a la aparición de Dios sobre el monte Sinaí)..., sino que os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo...a Dios el Juez de todos...a Jesús el Mediador del Nuevo Pacto" (Hebr. 12:18-24). Mediante esta ofrenda de Cristo se ha cumplido ya lo que en Jeremías se profetizó sobre un Nuevo pacto en la sangre de Cristo (Lc. 22:20), es decir: "Y seré a ellos por Dios y ellos me serán a Mí por pueblo" (Hebr. 8:10). "Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios" (1 Pe. 2:10).

Levantad vuestros corazones a lo alto hacia Dios. Mirad a vuestro Dios.. que al mismo tiempo quiere ser vuestro misericordioso Padre en Jesucristo, si crees en Él. Tú puedes tener comunión con este Dios santo, aun cuando "nuestro Dios es fuego consumidor" (Hebr. 12:29). Pero sólo te está permitido acercarte a Él en

Jesucristo, porque has sido reconciliado con Él por Jesucristo como único Mediador.

Capítulo 9

LA PROMESA DE DIOS

De ella dependemos nosotros

De esa promesa dependemos nosotros por completo. Ya que no tenemos derecho alguno. Dios tiene toda la razón para arrojarnos de Si para siempre, a las tinieblas exteriores. ¿Por qué? Porque Él, que nos ha hecho a su imagen y semejanza, le hemos deshonrado.

Dios es Amor, nosotros también debíamos irradiar amor. Pues nos debíamos parecer a él. ¿Y qué ha sucedido? Que nosotros sólo nos buscamos a nosotros mismos. A veces sin miramientos, otras con mucha finura, y a veces con piadosas excusas.

iiiYo, yo, yo!!!

Mira sino a la historia del mundo; mira la cabecera de los periódicos: sobre todo odio y envidia; disputas y guerras, agresión (sexual) y violación, engaño y astucia. El Dios santo debe sentir profunda aversión hacia semejante humanidad que no muestra vestigio alguno de Su amor.

Y sin embargo, Él ha prometido que todo el que confíe en Él, recibe el perdón de todos los pecados. Él ha inventado un medio para hacerlo posible, sin que entre en conflicto con Su justicia. Él ha dado a Su Hijo como una reconciliación por nuestros pecados.

Si, pues, somos salvos, es sólo porque él lo ha prometido. Nosotros dependemos totalmente de esa promesa. Pablo lo dice muy claro: "pero Dios la concedió a Abraham mediante la promesa" (Gal. 3:18).

LA FIDELIDAD DE DIOS

Alguien puede hacer hermosas promesas, pero si no las mantiene, no tenemos nada. Pero Dios es fiel. Podemos vivir en la esperanza de la vida eterna. Ya de largo tiempo Dios, que no miente, ha prometido vida eterna; lee Tito 1:2.

¿Puede la infidelidad de los hombres anular la fidelidad de Dios? ¡Eso jamás!

Aunque todo hombre sea mentiroso, Dios es veraz; lee Romanos 3:3,4.

El Padre ha prometido: "El que cree en el Hijo tiene vida eterna". "Porque de tal

manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn. 3;16). Y Cristo lo ha confirmado: "El que cree en Mí, tiene vida eterna" (Jn. 6:47).

Pero así podemos comprender que Dios esté muy enfadado con todo el que rechaza este amor: "El que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Jn. 3:36).

CREER ES CONFIAR

Creer es tener la seguridad de que Dios es fiel a Su promesa.

Creer es estar seguro de la fidelidad de Dios hacia nosotros.

Creer no es según esto: estar seguro de nuestra fidelidad a Él.

Creer es estar seguro de que Él nos hace fieles.

Por eso el creer es un gloriarse completamente en Dios. Si Abraham fuese justificado por sus buenas obras, tendría una razón para gloriarse; pero eso no fue así, porque el fue justificado solo por gracia, sólo porque su fe le fue contada por justicia (Rom. 4:2)

Nadie, ni tampoco Abraham, vive tan perfecto que Dios estaría obligado a pagarle con el cielo. Junto a todas nuestra buenas obras siempre hay algo de nuestro propio yo. Nunca vamos a Dios pura y simplemente para Dios.

También al creer de Abraham, y al creer nuestro, le falta aún mucho. Pero está escrito: "Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia" (Rom. 4:3; Gn. 15:6).

Por esa fe Abraham tampoco mereció la vida eterna, pero Dios escribió esa deficiente fe en la cuenta de la justicia de Cristo. Por eso Abraham es a los ojos de Dios un auténtico justo que en base a la promesa de Dios tiene derecho a la vida eterna. "Le (la fe) fue contada por justicia".

La fe, pues, es contada a Abraham sólo como justicia. Esa fe de Abraham no era de verdad perfecta. Eso lo notas si lees toda su historia como se describe en el libro de Génesis. Abraham era un hombre como lo somos nosotros. Y eso significa que todo lo nuestro, como nuestra fe, es imperfecto. Pero Dios fue tan misericordioso que Él contempló esa fe imperfecta de Abraham como perfecta. Y Él pudo (y puede) hacer eso sin ser mentiroso, porque la obra perfecta de Su Hijo estuvo y está a disposición de Él.

El relato sobre la imputación de la fe de Abraham es también nuestro punto de referencia. No necesitamos retocar nuestra fe hasta una fe perfecta. Dios también cuenta nuestra fe defectuosa - siempre que sea sincera - como justicia.

También nosotros por la fe tenemos derecho a la vida eterna.

¿Es tan sencillo?

¡Sí! Lo repito por enésima vez. Cómo si no, pudo decir Jesús que la promesa de Dios es para los niños, para los sencillos, y no para las mentes preclaras, los teólogos y los profesores, (a no ser que también se hagan como un niño).

Pero, tal vez te preguntes: ¿Cómo es que el Evangelio en muchas iglesias se predica de una manera tan diferente?

La respuesta es muy simple. En nosotros, hombres, hay el afán por hacerte valer. Con agrado queremos ejercer el poder sobre los demás. Ese afán se aposenta también en los líderes de las iglesias. Por desgracia también tienen la tendencia a hacer a los demás que dependan de ellos. Para algunos de ellos eso es incluso un gran placer.

Pero - el Nombre de Dios sea alabado - hay también líderes en las iglesias que están con dientes y uñas en contra de ese afán de enseñorearse sobre los demás (una vez más: ese afán está presente en todos nosotros) y que viven en humildad y sirviendo en amor. Nunca daremos las suficientes gracias a Dios por esos líderes creyentes, que sólo quieren servir a la iglesia. Son un don de Cristo, que Él como Pastor los ha dado a Su rebaño. Por eso Jesús nos ha prevenido. Él dijo de los líderes religiosos de su tiempo que muchos de ellos deseaban las primeras plazas y se gozaban cuando los demás se inclinaban ante ellos.

Si toda la salvación depende de la confianza en Cristo, entonces en manera alguna dependen las gentes de los líderes de la iglesia. Por eso algunos han debilitado esa promesa de Dios de distintas maneras y la hacen depender de muchas condiciones.

El mayor ejemplo de esos es la Iglesia Romano Católica. Esta enseña que la salvación sólo se recibe por medio de los siete sacramentos, que (con excepción del Bautismo) sólo pueden ser administrados validamente por un sacerdote. Así han hecho que la gente dependa de la iglesia desde la cuna hasta la sepultura. Pero también en algunas iglesias protestantes los líderes se han abalanzado sobre la fe. Afirma que no es suficiente que tú creas sincera y sencillamente en Cristo. Dicen: "Eso no funciona así de fácil; eso es muy difícil".

Entonces llegan ellos trayendo toda suerte de reglas y leyes, de cómo debe ser la fe. Intentan atrapar a la gente en la duda, en la inseguridad y en la angustia

con ingeniosas consideraciones como "ver aún no es tener" y "la culpa cubierta aún no es culpa perdonada".

¿Cuál de los "niños", a los que se refiere Jesús en Mateo 11:25, pueden comprender estas sutilezas? Estoy muy contento de que Pablo nos asegure que Dios Mismo haya dejado Su amonestación por escrito en Su Palabra, "para que vuestra fe no esté fundamentada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios" (1 Cor. 2:5). Así estos sabelotodo también hacen depender a las gentes de ellos como si fuesen maestros y líderes enviados por Dios. Pero "el principio de la sabiduría es el temor del Señor" (Prov. 1:7). Y el temor a lo que "esos" (por llamarlo de alguna manera "maestros y líderes") dicen, es el principio de la necedad. Pero repito una vez más que esa inclinación a hacer que los demás dependan de nosotros es algo que está en todos nosotros. No hay ninguna razón para levantarnos por encima de los demás. El único test de la autenticidad de nuestra fe es, cuando va acompañada de las buenas obras del amor.

PAZ

La paz fluye dentro de nuestro corazón, tan pronto como hemos declarado con el corazón nuestra confianza en Dios. También Dios nos da esa promesa en la Biblia: " Justificados, pues, por la fe tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo" (Rom. 5:1). Entonces desaparece la tensión, la frustración deja de existir, y la angustia se disipa. Piensa por un momento en eso: ¡Dios, que nunca más se enfadará contigo! Si alguna vez por debilidad pecas, enseguida Él está junto a ti y te anima a que pongas tu confianza en Su Hijo Jesucristo, Quien es la perfecta reconciliación por todos nuestros pecados. El Salmo 103 lo dice con tanta belleza: "Misericordioso y clemente es el Señor; lento para la ira y grande en misericordia. No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció Su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece el Señor de los que le temen. Porque Él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo".

LA GRAN DIFICULTAD

Dios lo ha hecho muy fácil. Él sólo nos pide que con nuestro corazón pongamos

nuestra confianza en Él. Quiere que todos nosotros nos apoyemos en Su promesa y que no dudemos que Él es fiel a Su promesa.

Esa promesa queremos repetirla una vez más:

Todo el que cree de corazón en Jesucristo y confía firmemente que Él ha hecho con Su sacrificio en la cruz nuestra reconciliación con Dios, recibe el perdón de los pecados, es hecho un hijo de Dios y puede disfrutar por siempre de esta vida eterna en el amor de Dios.

Y sin embargo son relativamente pocos los que llegan a esta fe. ¿Por qué?

La dificultad no está en Dios. Él todo lo ha hecho para que nuestra entrada hasta Él fuese posible como Alguien que está sentado sobre un trono de gracia.

La dificultad está en nosotros, hombres. Con frecuencia, sin ser nosotros mismos conscientes, no queremos llegar a esa fe, porque comprometemos nuestro honor al depender sólo de la promesa de un otro. Queremos poner algo de nuestra parte.

Pero Dios no puede aceptar nuestra aportación, porque Él sólo se contenta con lo perfecto. Pero todo lo que sale de nuestras manos, está manchado. Siempre se pega algo de nuestro yo-egoísta. Pero en realidad existe lo perfecto, y es la obra consumada por Cristo. El Padre tiene en esa obra satisfacción completa y total. Y si intentamos satisfacerle ofreciéndole nuestras prestaciones, Él tiene que quitarlas de delante. Y al mismo tiempo nos mira con tristeza, y pregunta: ¿Por qué tú no quieres creer en esa obra perfecta de Mi Hijo? Glorificadle a Él y a Mí confiando en Su obra. Así podré aceptarte como hijo Mío. Y abrazarte como tu Padre y permitirte que tengas parte en la herencia de Mi Hijo.

¿NINGUNA APORTACIÓN NUESTRA?

Tal vez alguien aun insista: ¿Pero de verdad la fe no es una aportación? No, lo repito: Dios no nos regala Su gracia, PORQUE nosotros creamos, sino PARA QUE creamos, que Cristo ha pagado nuestra culpa ante Dios por Su sacrificio en la cruz. Dios desea que aceptemos personalmente esa satisfacción por la culpa en Cristo. Él no quiere sin más ponerla en nuestra cuenta. Él quiere que aceptemos a Cristo con nuestro corazón, como el regalo de la gracia de Dios.

Quiero terminar este capítulo con dos cartas, que recibí, mientras estaba ocupado en la revisión de esta quinta edición. De las mismas cito con el debido permiso:

1. Sin ver y aun así creer

Muchas gracias por su carta, en la que me preguntaba si yo quiero basar mi fe en un "ver", mientras que según la Biblia la fe debe basarse en un "no ver" y aun así aceptarlo como verdadero, porque Dios lo ha dicho y prometido. En eso tiene razón.

Pero yo pienso: si yo nada veo o siento, puede no ser auténtico.

Mi corazón ha permanecido endurecido. Tenía buenas intenciones, pero mi voluntad también era rebelde.

Sólo el Señor puede abrir mis ojos y mi corazón y llenarme con Su paz. Digo como el leproso: "Si quieres, puedes limpiarme". Pero si el Señor no quiere, entonces... Hasta aquí su carta.

Qué difícil es librar a la gente de su doctrina tradicional en la que siempre han sido enseñados. Con frecuencia están totalmente encasillados en este sistema de pensamiento humano, que muy poco tiene que ver con la Palabra de Dios.

Estas almas seducidas no comprenden que el pensar de la Biblia no se desarrolla por medio de leyes humanas, de lógica filosófica. En la Biblia habla el Creador a Su creatura y el Padre a Su Hijo. Esa es una conversación viva que emana del pleno amor de Dios. Esa conversación tiene otras leyes, es decir las leyes del niño. Así se comprende que Jesús comience Su predicación: "Arrepentíos y creed en el Evangelio" (Mr. 1:15). La palabra griega que aquí se puede traducir por arrepentirse o convertirse, significa al pie de la letra: debes cambiar de manera de pensar (metanoete). Eso no solo significa que tú debes pensar otras cosas, sino que también tu MANERA de pensar debe ser otra. Si esa manera de pensar no cambia en nosotros, jamás comprenderemos lo que Jesús quiso decir.

Eso también se lo dijo Cristo al rabino Nicodemo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Jn. 3:3).

¿Y qué es esa otra manera de pensar, a la que Jesús nos quiere llevar?

Esa es la manera de pensar del niño. Así compara Jesús esa otra manera de pensar: "De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como un niño, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 18:3).

Naturalmente eso sólo es una comparación. El Señor no quiere decir que nosotros tengamos que tener el bajo nivel de conocimientos de un niño. El punto de comparación es solamente en la MANERA de pensar.

¿Cómo piensa un niño? Un niño confía plenamente en lo que le dicen sus padres;

él cree en sus padres. Así también debemos creer nosotros en Jesús; eso significa creer ciegamente y confiar plenamente lo que Él dice.

Y Jesús dice con toda sencillez, de modo que un niño puede comprenderle: "El que cree en Mí, tiene vida eterna" (Jn. 6:47). Podemos contar incondicionalmente con esa promesa. Y cuando el diablo por medio de los razonamientos de la lógica humana nos quiera meter la duda, no debemos escucharle a él, sino a la voz del Buen Pastor. Y esa concuerda con la voz en nosotros mismos, si con el corazón de un niño levantamos los ojos hacia Él. Y si hay una voz en nosotros, que nos acusa, escuchemos este consuelo: "Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y Él sabe todas las cosas" (1 Jn. 3:20).

Cuando fundamentamos nuestra fe en lo que hemos sentido, esa fe puede ser siempre atacada. Entonces el enemigo nos puede susurrar: ¿Pero esa dulce sensación de paz que tu experimentas, es realmente el resultado de la acción del Espíritu Santo? ¿Tu deseo es hacerte un hijo de Dios, no el padre de todas esas sensaciones?

La seguridad de la salvación sólo la podemos tener, si se funda en algo fuera de nosotros. Sólo tenemos el fundamento firme bajo nuestros pies, cuando nos colocamos sobre la roca eterna de la promesa de Dios en Cristo. Eso se hace una interacción entre la Palabra de la promesa, con la que Cristo, estando fuera de nosotros, se quiere dirigir a nosotros, y nuestra voluntad que por el poder de Dios responde a esa promesa: "Sí, Señor Jesús, yo quiero creer en Ti".

Nueva carta

Esta mañana (14 de enero 1997) recibí de nuevo una carta de esta escritora: Qué bien, que me ha contestado; el mensaje que con su carta me ha transmitido, para mi propio "yo" no fue tan bien. Ya que usted tiene razón: yo siempre quiero razonar, tenerlo todo según mi criterio; y por eso pongo en duda la Palabra de Dios.

Usted dice que estoy prisionera de un sistema de pensar erróneo. Sí, eso es así. Pienso que sé con precisión cómo el Señor debe salvar a un pecador. Y esto porque doy más importancia a la palabra de los hombres que a la Palabra de Dios. Usted termina su carta con una pregunta del Señor: "¿Quieres creer en Mí y lo rechazas?" A eso sólo puedo decir: "Señor, quiero, pero ayúdame; déjame

permanecer cerca de Ti. Atráeme con Tu Palabra y Tu Espíritu".

Usted también añade: "Espero que pronto pueda oírte decir: Ahora creo en Él y por eso sé que de Él he recibido vida eterna".

Eso aún no me atrevo a escribirlo. Si bien sé que el Señor constantemente me lleva tras Sí por Su Palabra.

Esta mañana en la iglesia se ha hablado de las tentaciones del Señor Jesús en el desierto. El que hablaba hizo esta aplicación: "El diablo intenta a cada paso que también nosotros pongamos en duda la Palabra de Dios". Sí, así es en realidad, pensé yo, y a pesar de todo me propuse permanecer en la Palabra de Dios por encima de todas las preguntas que surjan en mí. Al venir de la iglesia a casa tomé una actitud rebelde, de enfado, hostil y celosa. Me asusté de mí misma. Eso es en realidad el hombre de los pies a la cabeza. Y supliqué: "Señor, perdóname que yo interiormente sea tan fea".

Respuesta

Me he alegrado con tu carta. Y le he dicho al Señor:

"Señor, termina en ella la obra que has comenzado. Graba tu fiel promesa en lo más íntimo de su alma. Revélate a ella con todo el amor con el que te muestras en Tu Palabra. Fortalécela con el poder de Tu Espíritu para que nunca más se pueda resistir. Amén".

Este mediodía leímos Isaías 45:19. Pensé que sería un buen mensaje también para ti: "No hablé en secreto, en un lugar oscuro de la tierra; no dije a la descendencia de Jacob: En vano me buscáis". Otros quizás te han enseñado: tú sí puedes buscar en vano. Pero Dios Mismo dice: "¡No! Jamás he dicho en Mi Palabra que alguien Me pudiese buscar en vano".

2. Todo es gracia (una segunda carta)

Después de que he leído su libro "Terug naar de levende Christus", sentí la necesidad de escribirle.

Antes pensaba con frecuencia que debía ser puesto en una determinada situación para poder aceptar a Cristo. Pienso que aun hoy se enseña así en nuestra iglesia. Pero desde que hace más o menos quince años leo los escritos de C.H. Spurgeon, he cambiado de manera de pensar sobre eso. Sobre todo cuando habla de "todo por gracia" me ha llamado muchísimo la atención. Y tengo la impresión de que usted piensa lo mismo. De ahí mi carta.

Spurgeon me ha hecho ver por la Escritura: Cristo llega a ser querido para

nosotros (para mí), cuando me puedo contar entre esa clase de gente: los débiles, los descreídos que nada bueno pueden ofrecer a Dios. Sé que por mí mismo no puedo producir penitencia alguna ni una adecuada conciencia de pecado o algo parecido. Pero cuando miro a Cristo, sé que en Él lo tengo todo. Yo sólo puedo llorar por mis pecados cuando miro al Crucificado y reflexiono sobre lo que Él ha hecho por mí.

No hace mucho comenté, cuando recibimos la visita, cómo según mi opinión Cristo llega a ser querido para nosotros:

Yo sólo me puedo encontrar en un Cristo, que desciende hasta lo profundo de mi perdición, un Cristo que me grita: "Mírame sólo a Mí y serás salvo", un Cristo que me ofrece justicia y salvación.

Se me respondió que no veo correcto y probablemente haga una aplicación equivocada. Pero si no escucho este Evangelio, no me encuentro bien espiritualmente. Entonces se debilitan los pensamientos de las cosas celestiales y mi vida se hace cada vez más terrenal.

Respuestas

Amado hermano en Cristo:

En efecto, ese es el Evangelio, como tú lo describes. Ese es el maravilloso mensaje de un Dios absolutamente misericordioso, que no nos exige nada, sino que nos lo quiere regalar todo. Porque "el que no escatimó a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?" (Rom. 8.32).

Ese fue también el gran descubrimiento de Lutero. Siempre había pensado de acuerdo con la doctrina de la iglesia católica que Dios le exigía la justicia, pero por la lectura de Rom. 1:16,17 llegó al descubrimiento: la justicia de Dios de la que Pablo continuamente habla, no es una justicia que Dios exige de nosotros, sino que Él quiere regalar gratuitamente a todo el que cree en Cristo, porque Cristo ha merecido esa justicia para los Suyos.

¡Cuánto se han apartado de ese descubrimiento algunos que celebran el 31 de octubre como el día de la reforma de Lutero! Se llaman cristianos "reformados", pero se han vuelto a la idea romana del Dios exigente. Enseñan que primeramente han de cumplir toda clase de condiciones, para que Dios nos sea propicio. Una de estas condiciones es una profunda conciencia de pecado.

Cierto, ellos reaccionan con razón en contra de un "evangelio barato" - y eso no es el Evangelio - que también en los tiempos de Lutero era anunciado por los protestantes libertinos que decían: tu puedes seguir gozando de la vida, si en tu mente has reconocido a Cristo como tu Salvador.

Pero jamás nos está permitido continuar disparando con nuestras reacciones hasta tergiversar el mismo Evangelio. También Pablo tuvo que luchar contra estos libertinos falseadores, pero a pesar de todo él permaneció aferrado al Evangelio de la gracia en Cristo.

Te deseo la plena paz de Cristo. "Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Fil. 4:7).

Capítulo 10

¿QUIERES TÚ ESO?

Repetimos: Creer es también una actividad del hombre. Nosotros debemos convertirnos y creer. El Espíritu Santo obra en nosotros la fe salvífica, pero no es el Espíritu Santo, el que en nosotros se convierte y cree. Debemos creer y convertirnos nosotros mismos por la gracia de Dios.

Es cierto que el Señor ha dicho: "Ninguno puede venir a Mí, si el Padre que Me envió no le trajere" (Jn. 6:44).

¿Pero CÓMO nos trae el Padre?

La Biblia dice que Dios nos dirige la palabra como hombres. Él nos llama por Su Palabra. Y esa Palabra de Dios es viva y eficaz en sí misma (Hebr. 4:12). Esa Palabra nos otorga la fuerza para creer en Cristo.

En ninguna parte de la Biblia está que, cuando escuchamos en la Escritura la invitación de Cristo: "Venid a Mí todos", primero debemos esperar por una u otra revelación fuera de la Palabra y sólo después nos está permitido y podemos venir a Cristo. Uno de los principios fundamentales de la Reforma reza así: Sola Scriptura, Sólo la Escritura.

¿Cuántos cristianos hay, incluso van regularmente a la iglesia, que jamás han formulado consciente y personalmente su confianza en Cristo?

Muchos de ellos no se atreven sin más a partir de la Palabra de Dios conforme esa se encuentra en la Biblia para nosotros. Aguardan una revelación especial, que Dios les tendría que dar al margen de Su Palabra. Entiende que sólo cuando eso suceda, se pueden entregar en total confianza de fe a Cristo.

No se dan cuenta de que con eso han puesto precio al principio fundamental de la Reforma: "Sólo la Escritura". La Escritura no es suficiente para ellos.

Cuando Cristo les llama por Su Palabra: "Arrepentíos y creed en el Evangelio" (Mr. 1:15), piensan que esa invitación general de Cristo, como se encuentra consignada en la Escritura, no es suficiente. Quieren recibir de Él invitación a parte, una invitación externa a la Escritura.

Pero el Señor a Su invitación : "Arrepentíos y creed en el Evangelio", no ha añadido: pero esperad hasta que se os dé esa conversión y esa fe. Eso es algo que nosotros, hombres, añadimos de nuestra propia cosecha a la Escritura

En realidad tales protestantes se han hecho otra vez romanos en su manera de pensar. Ya que el Concilio de Trento se pronunció contra la Reforma:

"Si alguien dijera que el hombre renacido y justificado debe tener la seguridad de la fe, de que ciertamente está entre el número de los predestinados: sea maldito.

Si alguien dijera que está seguro con absoluta e infalible seguridad de que poseerá ese gran don de la perseverancia hasta el final, a no ser que le haya sido dado a conocer por una revelación especial: sea maldito" (Sesión VI, Can. 15,16).

(Con gran alegría por mi parte debo añadir a esto que cada vez más romano católicos, incluso sacerdotes, se apoyan únicamente en la Palabra de la promesa y por eso viven la certeza de la salvación en Cristo).

¿Quieres tú eso? (1)

¿Quieres creer? ¿Quieres confiarte totalmente a Jesús y esperarlo todo solamente de Él?

Para eso es necesario que estés convencido que Jesús es digno de confianza en todo y por todo. Debes estar seguro de que puedes con toda tranquilidad poner tu mano en la Suya para dejarte conducir totalmente y en todo por este Guía. Tienes que ver primero el Reino de Dios (Jn 3:3), y luego después poder entrar en él(3:5).

¿Cómo llegas hasta ese "ver", a esa seguridad, a ese convencimiento de absoluta confianza en Cristo? Por escuchar la Palabra de Dios. Por tanto, no sólo por leer la Palabra de Dios, ni por estudiarla solamente, sino por una actitud sincera de oyente ante Dios, Quien nos quiere hablar en Cristo por y en esa Palabra. Entonces verás surgir a través de las Escrituras poco a poco (o en un instante) la figura de ese Hijo de Dios. Le sigues en los Evangelios. Te admiras de la increíble profundidad con que habla de Su Padre. Por eso no tardas en llegar a la conclusión. "Verdaderamente este era Hijo de Dios" (Mt. 27:54). Este hombre tuvo su origen en Dios. Este hombre es el Hombre. Como Hijo eterno de Dios es la perfecta imagen del Padre. Por eso también es como hombre, la realización de la primera intención que Dios tuvo con el hombre: "creado a Su imagen y semejanza".

También escuchas Su sublime manera de hablar sobre el amor. ¡Qué pureza destilan sus labios! ¡Qué imagen fascinante pinta de la vida bienaventurada en el sermón de la montaña! Internamente dices: sí, eso merece la pena. Eso es algo

totalmente distinto de la mezquina y triste vida de autoconsentimiento que yo he vivido. Se te corta la respiración, cuando Él hace los milagros. Es como si en un momento la majestad divina se posase sobre la tierra. Tú conoces el dicho: "Si quieres a una personalidad honrar, entonces no debes con él tratar". Con frecuencia las grandes personalidades suelen caer en las pequeñeces de cada día, también en familia. A veces son infantilmente vanos, fácilmente irritables y egoístas.

Pero con Jesús es totalmente distinto. Cuánto más le aprendes a conocer de cerca por la Biblia, mayor es tu asombro. Cuánto más tratas con Él, mayor es tu reverencia hacia Él. Así crece en ti el convencimiento: Él es digno de toda la fe y confianza. Entonces reconoces: Es tener gran sabiduría el quemar todas tus naves y tener por basura lo que hasta aquí tenías por ganancia, "para ganar a Cristo" (Fil. 3:8). Ahora ves tu honradez que hasta aquí tanto apreciabas como podredumbre. Te das cuenta que la única justicia es la justicia de Cristo, que a través del camino de la fe te es aplicada a ti como si fuese totalmente tu propia justicia. Pero de nuevo surge la pregunta:

¿Quieres eso? (2)

Jerusalén ha podido ver muy de cerca y escuchar a Jesús. Y sin embargo Jesús tuvo que echar en cara a los habitantes de Jerusalén: "Vosotros no quisisteis" (Mt. 23:37).

Hay personas que "fueron iluminados y gustaron del don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena Palabra de Dios y los poderes del siglo venidero" (Hebr. 6:4-5), y según la carta a los Hebreos renegaron. Eso demuestra que nunca han dado ese último paso; nunca han confiado plenamente dentro de su más íntimo "yo" en Jesús. Han permanecido manteniéndose ellos mismos frente a Jesús, a pesar de todas esas hermosas cosas que pudieron vivir junto a Él. ¿Por qué? Acerca de eso sólo puedo responder: Ahí está el misterio de la Luz, el misterio de la gloria y del amor de Dios, pero también está el enigma del pecado (2 Tes. 2:7), el abominable misterio de las tinieblas.

De nuevo: ¿Quieres que el Padre te traiga a Cristo? Tal vez tú te preguntes:

¿Cómo me trae el Padre?

Él lo hace a través de una intensa conversación que Él quiere mantener conmigo por medio de Su Palabra. Moisés dijo a Israel: "Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído el Señor tu Dios estos cuarenta años en el desierto. Para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná". "Reconoce asimismo en tu corazón, que como castiga el padre a su hijo, así el Señor tu Dios te castiga" (Deut. 8:2,3,5).

El Señor también te lleva por un desierto. Él está ocupado contigo. A veces te deja un tiempo largo tener hambre para de nuevo alimentarte con Su presencia. A veces hace que tengas sed de Él tanto que Él aún no se ha revelado a ti. Te humilla enseñándote tu impotencia para venir a Cristo. Así hace que te sientas absolutamente dependiente de Su gracia.

Pero Dios te hace pasar todos estos sufrimientos como un Padre que castiga a Su hijo. De esa manera quiere traerte a Cristo para luego poder colmarte con las bendiciones que Su Hijo ha merecido para ti.

"Castigos" aquí significa "formar por la educación, moldear, pleno amor, pero también dirigir a alguien con vigor". Así hace Dios contigo.

Capítulo 11

¿POR QUÉ TÚ NO QUIERES ESO?

Si tú todavía sigues rehusando confiar totalmente en Cristo, sería bueno buscar las razones de una tal actitud.

1. Tal vez la razón sea: porque aún no has visto claramente la gloria y el amor de Cristo o porque nunca has estado realmente convencido de que él es digno de toda confianza.

Espero que este libro sea un medio en las manos de Dios para abrirte los ojos ante este poderoso Salvador. Si no fuese así, sigue buscando. Escucha a menudo la Palabra de Dios. Lee mucho la Escritura. Pide luz.

Pero tan pronto como hayas visto que Jesús es la Roca firme de tu salvación y que te sientes completamente seguro en sus brazos, no lo dilates más. Arranca de ti esa negativa para recibirle en la casa de tu alma como tu perfecto Salvador. Es triste que Jesús hasta ahora te haya tenido que decir: "Tu no has querido". ¿Le quieres ahora?

2. Quizás la razón de tu incredulidad fuese: porque hasta ahora has confiado más en lo que otros te dijeron de Él que lo que Él Mismo te ha dicho sobre Sí Mismo.

Jesús ha dicho: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cansados, y Yo os haré descansar" (Mt. 11:28). Él no pone ninguna condición. Pero los hombres añaden a eso toda clase de condiciones. Tales personas lo hacen con frecuencia con buenas y piadosas intenciones. Pero eso mismo hacía Pablo antes de su conversión. Más tarde comprendió cuán gran pecado eran esas intenciones "buenas y piadosas". Para él fue muy doloroso ver cómo, en base a su propia interpretación de la Palabra de Dios, persiguió y llevó a la muerte a los hijos de Dios.

Creer es muy sencillo. Pero los hombres lo han hecho complicado. Por eso yo necesito todo un libro para describir qué es creer. Y quizás tú hayas notado que una gran parte de este libro ha sido concebido para demostrar que creer no es lo que muchas personas practican. Tal vez hubo personas que te dijeron: eso no sucede así por las buenas, te deben acontecer otras cosas antes de saberte

salvo por este Salvador, santificado por este Redentor. Te han hecho tener miedo ante la fe. Hasta te pueden haber intimidado con sus insinuaciones. Quizás te hayan ultrajado por tu sencilla fe de niño. ¿Pero, por qué has de confiar más en hombres pecadores que en Jesús Mismo? A pesar de todo confía sencillamente en Él apoyándote en Su Palabra. Y si con todo esto te quieres apoyar en los hombres, ¿por qué te apoyas en aquellos que no se atreven a decir que han llegado a la fe de verdad? ¿No sería mejor confiar en el testimonio de aquellos que conocen personalmente a Cristo?

Pero tú no debes apoyarte en hombres, ni convertidos ni sin convertir. Debes apoyarte sólo en Cristo. Debes confiar en Su sencilla Palabra, en Su clara y segura promesa.

3. Tal vez en tu subconsciente haya toda clase de inhibiciones que hasta el momento te han impedido dar tu fe a Cristo. Esas inhibiciones en la mayoría de las veces se encuentran ya en la más temprana edad.

Quizás el temor se acumuló sobre ti porque has sido tratado con dureza por uno (o los dos) de tus padres. Pudiste tener muy pronto un desengaño con personas, y se ha ido anidando en ti una total desconfianza. Pero todo eso no es razón alguna para que tú desconfíes de Cristo. Él no es como los demás hombres. Estos te defraudan siempre, pero Cristo jamás te defrauda.

Y notarás que tus inhibiciones no desaparecerán totalmente después de tu entrega a Cristo, pero que habrán perdido su fuerza. Entonces notarás una paz maravillosa, la paz de Cristo, que poco a poco eclipsará en una gran parte los temores (miedos o angustias).

Leemos sobre Jesús: "Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, al menos este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos" (Lc. 19: 41,42). Así dice Jesús hoy, en este día mientras lees Su Palabra en este libro y escuchas Su voz: "Cree en Mí, hoy, AHORA".

4. Puede ser que te sientas demasiado importante e inteligente y por eso rehuses esta sencillez que es en Cristo. Tal vez seas profesor, médico, ingeniero, esto o lo otro, o director de una gran firma. Quizás desempeñes un cargo de importancia en la iglesia o en la sociedad. Y entonces pienses consciente o inconscientemente que con una fe de niño no se puede andar por la vida. ¿Qué dirían de ti tus colegas profesores etc.? A lo mejor argumentas: "Eso no va con

mi posición, en la que tengo que tomar toda suerte de decisiones que van acompañadas de una gran responsabilidad. En esa situación tienes que consultar de continuo con tu mente. ¿Y cómo puedo tener una sencilla confianza en Jesucristo y a la vez una profunda actitud vital? Eso se contraponen lo uno a lo otro. Eso nadie lo puede conseguir: dos actitudes de vida totalmente distintas". Pero esa intelectual autosuficiencia no la encuentras solo en las personas con diplomas o títulos universitarios. Eso lo encuentras tanto en las personas que han tenido una mayor formación como en las de formación básica. Eso sucede porque el creer es un asunto del corazón. El hombre desde el pecado original quiere por todos los medios ser grande e independiente, o por lo menos parecerlo. Y en Cristo sólo puedes creer, si tú te haces pequeño como un niño.

5. Quizás tienes miedo de lo que digan.

Tú intuyes muy bien que esta sencilla y total entrega a Jesucristo lo cambiará completamente todo en ti. Ya que has entregado a Cristo la decisión de todo lo que haces y harás. No te perteneces más a ti mismo, sino a Él. Él es tu dueño. Y ante eso retrocedes. ¿Qué dirán tus vecinos, tus familiares, tus conocidos y amigos? Susurrarán a tus espaldas: ¿Mira, has oído eso? Mas tú puedes soportar todo eso. No con tu propia fuerza. Pero sí con la fuerza de Cristo que obra en ti desde el momento en que te diste a Él en fe.

6. Quizás tu corazón está engolosinado con lo que este mundo te ha ofrecido como pasión, jolgorio o placer.

En la parábola del sembrador (Mt. 13:1-23) Jesús compara tales personas con la semilla que cae en tierra donde la semilla también está oculta entre los espinos. Esa semilla de la Palabra de Dios germinó en los corazones de estos oyentes. En un principio encontraron realmente atrayente la descripción del Reino de Dios. Pero al mismo tiempo crecieron los espinos y ahogaron la buena semilla. Esos espinos son los afanes de este siglo y el engaño de las riquezas. Los ojos de estas personas se vuelven siempre de nuevo hacia la hueca diversión. ¿Por qué? Quizás porque apenas han crecido por encima de la esfera de lo animal. Ya que lo animal no busca otra cosa que la satisfacción de sus instintos.

Pero también puede ser que tales personas huyan en realidad del vacío de sus almas. Tienen miedo de sí mismos, miedo ante los interrogantes de la vida y de

la muerte. Hay en ellos una voz de la conciencia, y vagamente sienten que la voz de Dios está detrás de ellos, pero tratan de ahogar esa voz en la bebida, la droga o el sexo.

7. Quizás siempre haya pensado que creer es un sentimiento y esperar siempre, hasta que ese determinado sentimiento sea dado por Dios.

Pero creer no es un sentimiento. Eso con frecuencia sigue a la fe. Pero la causa (la fe) es otra cosa que la consecuencia de esa causa (el sentimiento).

No, si tú no llegas a la fe, es porque tú no lo quieres. No te envuelvas la manta a la cabeza. No seas sabio a tus propios ojos. No lo hagas, porque se trata de tu vida eterna o de tu perdición eterna.

Si no crees en Cristo, eso es porque no quieres creer en Él. "Pero tú no has querido", así te dirá Jesús. No Dios, sino tú eres el culpable de que nunca hayas creído en Cristo. Aún así no te atrincheres detrás del matorral de tus razonamientos humanos. Muéstrate y preséntate ante Dios en la desnudez de tu pecado, de tu impotencia y de tu obstinación. Y déjate sanar por Él.

Haz como el leproso: "Viendo a Jesús, se postró con el rostro en tierra y le rogó, diciendo: Señor, si quieres puedes limpiarme. Entonces, extendiendo Él la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante la lepra se fue de él" (Lc. 5:12,13). Suplícale al Señor Jesús: "Sáname de la lepra de mi pecado y de mi incredulidad". Y Él te sanará, ya que Él ha dicho: "Pedid, y se os dará" (Lc. 11:9).

Y Jesús te pregunta: "Quieres tú eso". ¿Quieres creer en Mí, en Mi veracidad? Yo he dicho que todo - sin excluir a nadie, tampoco a ti - el que cree en Mí, recibe el perdón de los pecados y la vida eterna en el mismo momento en que él declara con su corazón su fe en Mí.

8. ¿Tal vez...? Puede haber otras muchas razones, por las cuales hemos rehusado creer en Cristo.

Jeremías dice entre suspiros: "Engañoso es el corazón más que todas las cosas" (Jer. 17:9). Somos en extremo ingeniosos cuando se trata de inventar pretextos con los que poder demorar una vez más nuestra conversión. Pero "YO, el Señor, escudriño el corazón" así leemos en el verso 10. La falsedad se asienta en nosotros, hombres, desde la caída del primer hombre (Rom. 3:4). El Señor nos advierte también: "Guárdese cada uno de su compañero, y en ningún hermano tenga confianza; porque todo hermano engaña con falacia, y todo compañero

anda calumniando. Y cada uno engaña a su compañero, y ninguno habla verdad; acostumbraron su lengua a hablar mentira, se ocupan de actuar perversamente. Su morada está en medio del engaño; por muy engañadores no quisieron conocerme, dice el Señor. Saeta afilada es la lengua de ellos; engaño habla; con su boca dice paz a su amigo, y dentro de sí pone sus asechanzas. ¿No lo he de castigar por estas cosas? dice el Señor" (Jer. 9:4-9).

Sólo una persona que haya nacido de nuevo por el Espíritu Santo, en principio ha roto totalmente con la mentira y la falsedad. Eso es el fruto del Espíritu. Por eso se elogian los que siguen al Cordero, porque "en sus bocas no fue hallada mentira" (Ap. 14:5).

Capítulo 12

¿CÓMO SUCEDERÁ ESO?

Esa pregunta la hizo María cuando recibió la maravillosa noticia de que traería un hijo al mundo, de Quien el ángel dijo: "Éste será grande, y será Hijo del Altísimo. El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo del Altísimo" (Lc. 26-35).

Una pregunta así también te la has podido hacer tú: ¿Cómo sucederá eso? ¿Cómo alcanzar yo una fe salvífica? ¿Cómo puede ser hecho un hijo de Dios? ¿Cómo puedo creer en Cristo?

En primer lugar la respuesta es esta: También sobre ti tiene que venir el Espíritu Santo para cubrirte con su sombra, de modo que nazcas de nuevo. Pero de nuevo surge la pregunta: ¿Cómo tiene lugar este misterio en mí? Esa pregunta nos la hemos hecho ya muchas veces en este libro y en parte la hemos respondido. Sin embargo queremos insistir una vez más en ello.

Ante todo debemos dejar claro que esta transformación interna no se realiza por nosotros mismos. Esa transformación es tan grande y tan profunda que Jesús la compara con un nuevo nacimiento (Jn. 3:3,5). La Biblia lo llama incluso un nacimiento de Dios:..."los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn.1:13).

Nacer de nuevo por la Palabra y el Espíritu

Este nuevo nacimiento se realiza por la Palabra de Dios. "Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre" (1 Pe. 1:23). "Él, de Su voluntad, nos hizo nacer por la Palabra de verdad" (Stg. 1:18).

Pero la Palabra de Dios no es suficiente. Así tampoco la palabra del ángel fue suficiente para hacer crecer el Niño en el seno de María. El poder del Espíritu Santo tenía que ir a la par con esa palabra. Así también sólo podemos ser hechos hijos de Dios, cuando con la Palabra de Dios también viene sobre nosotros el poder del Espíritu Santo y penetra hasta los más íntimo de nuestro ser.

Muchos leen la Biblia y sin embargo no llegan a ese profundo cambio interior del

nuevo nacimiento, porque no sólo por la Palabra, sino también por el Espíritu Santo somos nacidos de nuevo (Jn. 3:5).

El nuevo nacimiento (=conversión y fe) tiene lugar por la Palabra y el Espíritu. Nunca debemos separar la Palabra del Espíritu y tampoco el Espíritu de la Palabra. El Espíritu está presente con Su poder en la Palabra. Ya que esa Palabra es inspirada por Él. Esa Palabra está impregnada de Su santidad y de Su poder. ¿Cómo llego yo a la fe? Intentaré hacerlo inteligible con un ejemplo.

¿Cómo aprende un niño a andar?

Posiblemente hayas vivido alguna vez, cómo los padres enseñan a andar a un niño. Tal vez tú mismo lo hayas hecho como padre o madre. Eso siempre es un hecho emocionante. Ya que el niño entra en una nueva fase de su vida.

Abandona su manera de moverse gateando y se incorpora al "status" de hombre, sobre dos pies. La primera manifestación típica de hombre que tuvo el niño fue la risa. Un animal no puede reír. Por eso la sonrisa de un bebé es tan importante para los padres. En eso ven la semejanza con ellos mismos. Pero la segunda manifestación clara del niño con semejanza del ser-hombre con los padres es, cuando el niño camina. Y también este hecho es para los padres un motivo de gran alegría.

El hombre fue creado a la imagen y semejanza de Alguien , es decir, de su Creador. Por eso también es para Dios una gran alegría, cuando el hombre manifiesta los rasgos de semejanza con Él. Por desgracia el hombre ya en el paraíso se ha separado de esa semejanza de Dios. Pero Dios quiere de nuevo restaurar esa imagen por medio de Su Hijo, Jesucristo. ¿Cómo hace Él eso?

Toda la familia da gritos de alegría

Sigamos con nuestra comparación. ¿Cómo enseñamos a caminar a un niño pequeño? El padre (o la madre) ponen al niño frente a la pared o junto el armario. Sus brazos protegen al niño para que no se caiga, pero dejando que él mismo se sostenga y camine. Y el resto de la familia le dice: ¡Ven, ven! Pero no es un poco absurdo decir a un niño que no sabe caminar: ¡Ven, ven! No, porque en esas palabras llenas de amor y cariño se encierra un oculto poder, que de una manera invisible se transmite al niño. Y eso lo nota el niño. El amor irradia como un estímulo de los rostros del padre, la madre y los otros hermanos. Esa

palabra, "ven", actúa dentro de él como una fuerza. Y de pronto...sí, camina. Aun muy vacilante, un par de pasitos, se cae, pero toda la familia se alegra y aplaude esos dos primeros pasos del niño. Y el pequeño ríe de placer porque ahora también camina, igual que los mayores.

El poder está en la Palabra

Así está también el Padre celestial alrededor de nosotros, con el Hijo y "todos los santos ángeles con Él" (Mt. 25:31). El Padre quiere llevarnos a Jesús, ya que por nosotros mismos no podemos ir a Él (Jn. 6:44).

¿Pero cómo hace el Padre eso? No arrastrándonos hasta Él. Quiere que vayamos hasta este Salvador de una manera humana. Pues Él nos ha creado a Su imagen y semejanza.

El Padre nos quiere llevar hasta Jesús por la Palabra. Nos quiere hacer Sus hijos, no mediante un misterioso y místico proceso, sino por la Palabra, la palabra de esa invitación con amor: ¡Ven!

Esa Palabra la pronuncia Él en y por Su Hijo: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar (Mt. 11:28). Esa palabra la habla por sus siervos y testigos, que repiten la invitación del Señor Jesús: "Y el que tenga sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (Ap. 22:17).

También esa invitación ¡Ven! puede parecer un error a nuestra mente filosófica. Pues no podemos ir a Cristo. Estamos espiritualmente parálíticos, muertos. Nos parece también una necedad, cuando Jesús dijo al parálítico: "Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa". Y todavía es más raro cuando a Lázaro, que llevaba cuatro días en el sepulcro, dijo: "¡Lázaro, ven fuera!" (Jn. 11:43). Pero esa palabra de Jesús estaba cargada del poder de Dios, poder para sanar, poder para resucitar a los muertos.

Así es también con la Palabra de Dios. "Porque la palabra de la cruz es... a nosotros los que nos salvamos, poder de Dios" (1 Cor. 1:18). "Porque (el Evangelio) es poder de Dios para salvación" (Rom. 1:16).

Cuando Jesús te dice: "Conviértete y cree en el Evangelio" (Mc. 1:15), entonces en esa palabra está el poder de Dios.

Los ángeles se alegran

Y Cuando el Padre por Su Palabra, que está cargada con el poder invitador de Su Espíritu, el Espíritu de amor (Rom. 5:5), nos lleva hasta Jesús, también está

toda la familia de Dios alrededor de nosotros, la iglesia de Cristo, incluso los ángeles en el cielo llamándonos: "¡Ven, ven a Jesús!". La iglesia y los ángeles de Dios acompañan esta invitación del Padre con sus oraciones. Y cuando ven que un pecador finalmente da sus primeros pasos hacia Jesús, se alegran por ello. "Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente" (Lc. 15:10).

En determinadas iglesias o grupos no están alrededor de un nuevo creyente para animarle: "¡Vamos! ¡Confía en el amor de Dios! "Misericordioso y clemente es el Señor; lento para la ira y grande en misericordia. Como el Padre se compadece de los hijos, se compadece el Señor de los que le temen" (Salmo 103:8,13).

"Acerquémonos a Dios y Él se acercará a vosotros" (Stg. 4:8). Tú honras a Dios, cuando declaras tu fe en Cristo".

Al contrario allí se está ocupado en desanimar a uno. Allí solamente se intimida a uno que vacilante intenta dar sus primeros pasos en la fe.

Continuamente se le grita:

"¡Cuidado, cuidado! Sobre todo hay muchas trampas puestas. Sin que tú te des cuenta puedes irte al infierno con un cielo imaginario. ¡Ojo!, hay un abismo a la izquierda y a la derecha tuya. Piénsalo diez veces antes de que intentes acercarte a Cristo, porque es fácil que tú vayas a Él con tus propias fuerzas". Así ellos, que han oído la voz amable e invitadora del Buen Pastor y del Padre celestial, se han puesto nerviosos. Se sienten totalmente desconcertados. Son gentes deformes que no tienen ninguna esperanza y languidecen sin Dios en este mundo (Ef. 2:12).

¿Cómo pueden "cristianos" que dicen creer en la Biblia de la "a" a la "z", hacer de ese libro motivo de discusión tras discusión, un libro sobre el cual pueden estar continuamente en intrigas y riñas unos con otros?

¿No se dan cuenta, que su ocupación es muy distinta que la de los ángeles en el cielo, que se alegran cuando alguien se convierte? ¿NO tienen miedo que de esta manera se vuelvan colaboradores de satanás, que mira con acritud y está furioso, cuando un pecador glorifica a Dios por medio de Su gracia en Cristo? Ya que:

Satanás entre los hijos de Dios

Por desgracia es el mismo satanás que trata de mezclarse con los hijos de Dios.

Eso describe en el libro de Job. "Un día vinieron a presentarse delante del Señor los hijos de Dios, entre los cuales vino también satanás". "Respondió satanás al Señor, diciendo: ¿Acaso teme Job a Dios de valde?" (Job 1:6-9).

Satanás tratará de meternos en la confusión. Nos susurrará al oído: "Sólo te preocupas de ti mismo. Te alegras en ti mismo porque después entrarás en la gloria eterna, pero no porque puedas glorificar a Dios eternamente. ¡Y con esa vida dirigida hacia tu propio "yo", nunca podrás ser un hijo de Dios!" Puede cambiar de táctica y preguntarte: "¿Has llegado a esa nítida conciencia de pecado y arrepentimiento? ¿Es tu fe verdadera?" etc. etc.

Pablo nos previene en contra de las astucias del demonio: "Porque el mismo satanás se disfraza como ángel de luz" (2 Cor. 11:14).

Qué triste es, cuando algunos luchan entonadamente por la infalibilidad de la Palabra, pero por su pesado hablar y su intimidación se vuelven de hecho traficantes de los poderes de las tinieblas. Pero la Escritura nos hace ver esta consolación: "Ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de Su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche" (Ap.12:10).

¿Cómo aprende un niño a hablar?

Alguien me ha dicho: tú puedes establecer esa comparación hasta en el aprender a hablar. En eso un niño es totalmente dependiente de su entorno, luego en primer lugar de sus padres. Un niño responde al hablar de su madre. Primero sólo por medio de una sonrisa. Después por medio de ciertos sonidos. Luego el balbuceo de palabritas. Y después de un tiempo suficiente comienza a dominar el lenguaje. Pero ese hablar siempre es una reacción a su entorno.

Así también el hombre depende del hablar de Dios. Si Dios no le llama, jamás puede llegar a un hablar con Dios. Dios debe de ser el primero. Si Dios no toma la iniciativa con Su gracia, permanecemos en las tinieblas del pecado, permanecemos orientados en todo y para todo hacia nosotros mismos.

Y cuando Dios comienza a hablarnos, en un principio sólo podemos balbucear alguna respuesta. Naturalmente - eso lo vemos en el Evangelio y también por lo que los cristianos a través de los siglos nos han contado - Dios puede con Su Espíritu de repente actuar tan intensamente en un pecador que de inmediato llega totalmente a la conversión, y a un perfecto hablar con Dios. Sólo crecemos en el contacto secreto con Dios según la medida en que Dios habla más larga e intensamente con nosotros y en la medida en que nosotros escuchamos más

humilde y atentamente y respondemos más nítidamente.

Dios es mayor que nuestro corazón

Personalmente había pensado que satanás no podría penetrar en lo íntimo de un hijo de Dios. Pensaba: Dios no se lo permitirá.

Sin embargo más tarde ha cambiado de opinión, sobre todo con la introducción de Job 1:6-9. También debe aceptar por propia experiencia que eso realmente es así. De una u otra manera satanás sabe acusarnos ante el tribunal de nuestra conciencia. Si bien eso lo hace directamente o por medio del prójimo, para el caso da lo mismo.

Esa es también la lucha de un cristiano. Nunca permanecemos en la cima de la luz. A cada paso el peregrinar de nuestra vida atraviesa por el valle y la oscuridad de la tentación y la duda. Supongo por lo menos que ese es el caso en cada cristiano, en unos más y en otros menos.

Pero también quiero mostrarle esta palabra consoladora: "Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios y Él sabe todas las cosas" (1 Jn. 3:20). Esa es la lección que el Señor también le ha querido enseñar a Pedro, que tanto confiaba en sí mismo. Después de la pregunta triplicada: "Me amas", al final Pedro tuvo que responder: "Señor, Tú sabes todas las cosas, Tú sabes que te amo" (Jn. 21:17).

Así también nosotros debemos por todas esas tentaciones aprender a pensar desde Cristo y no desde nosotros mismos. Entonces nos pondremos cada vez más en Él. Y diremos menos: "Yo sé que te pertenezco" y cada vez más: "Tú lo sabes". Y, lo he dicho con frecuencia, satanás tratará de conectar con personas "piadosas" para que nos distraigan de poner nuestros tambaleantes pasos en el camino hacia Jesús.

¡Ríndete!

Desde el pecado original estamos como encarcelados en una fortaleza sitiada. Vemos a Dios como nuestro enemigo, que nos quiere vencer violentamente. Hemos levantado todos los puentes de nuestra alma. Hemos edificado fuertes trincheras, detrás de las que nos ocultamos.

Pero Dios no es nuestro enemigo. Él es el Dios del infinito amor perdonador en Cristo. Él no quiere entrar en nuestra fortaleza para humillarnos y esclavizarnos

(así lo presenta el diablo) sino para levantarnos y hacernos libres. Abandona toda oposición. Baja los puentes levadizos. Deja entrar a Cristo. Él está ya hace mucho llamando a la puerta de tu corazón. Abre, y Él entrará y celebrará la fiesta del amor reconciliador contigo. Entonces Él va a organizar tu vida de otra manera muy distinta. La va a dirigir totalmente hacia Él Mismo y por Él al Padre celestial. Él toma el timón de tu vida. ¡Cuán rico, cuán maravillosamente inexplicable es eso! Confía plenamente en Él. Entonces Él tomará en sus manos la obra de tu santificación y de tu volverte más íntimamente uno con Él y así ser salvo.

¿Quieres tu eso?

Suave, inexplicablemente suave

Ese profundo cambio que en la Biblia se llama nuevo nacimiento y que se expresa en la fe como entrega a Cristo, es en esencia un cambio no del sentimiento sino de la voluntad del hombre. Eso se expresa claramente en los cánones de Dort:

"Cuando Dios lleva a cabo este Su beneplácito en los predestinados y obra en ellos la conversión verdadera... Él penetra también hasta las partes más íntimas del hombre con la acción poderosa de este mismo Espíritu regenerador; Él abre el corazón que está cerrado; Él quebranta lo que es duro; Él circuncida lo que es incircunciso; Él infunde en la voluntad propiedades nuevas, y hace que esa voluntad, que estaba muerta, reviva; que era rebelde, se haga obediente; Él mueve y fortalece de tal manera esa voluntad para que pueda, cual árbol bueno, llevar frutos de buenas obras".

El nuevo nacimiento "es una operación totalmente sobrenatural, poderosísima, y al mismo tiempo, suavísima, milagrosa, oculta e inexpresable... De modo que todos aquellos en cuyo corazón obra Dios de esta milagrosa manera, rehacen cierta, infalible y eficazmente, y de hecho creen. Así, la voluntad, siendo entonces renovada, no sólo es movida y conducida por Dios, sino que, siendo movida por Dios, obra también ella misma. Por lo cual con razón se dice que el hombre cree y se convierte por medio de la gracia que ha recibido" (CD. III-IV art. 11 y 12).

Sí, ese es también uno de los motivos de la profundísima alegría que descubrimos cuando bajo el poder de la Palabra y del Espíritu somos puestos en situación de querer ahora también muy conscientemente a Dios y a nada ni nadie más. Es un gozo experimentar esta libertad de la voluntad liberada por

Cristo. Es fantástico poder con plena conciencia y tranquilidad decir "sí" a Dios.

Entrégate AHORA

Por eso no lo dejes para más tarde. No le niegues a Cristo más tiempo la entrada a tu corazón. No te dejes engañar por toda clase de falsos razonamientos.

Es verdad: Dios obra el hacer y el querer en nosotros (Fil. 2:13); pero Dios es justo. Él no tiene necesidad de llamarnos. Ninguno de nosotros tiene derecho a que Dios nos mire. Hemos perdido todo derecho a Su pleno amor por nuestro pecado.

Dios sabe que nosotros no podemos venir a Él, cuando nos llama, a no ser que también nos dé el poder para ello.

Cuando Dios nos llama por Su Palabra, e internamente nos hace ver el amor de Cristo, al mismo tiempo Él nos da el poder para venir a Él, por tanto Él está preparado para obrar el querer en nosotros.

Si Dios nos invita: "El que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (Ap. 22:17), también Él lo acepta con toda franqueza.

Por eso podemos confiar que Él también nos dará el poder para venir a Él, una vez que hemos escuchado Su voz interior, Su invitación.

"Si oyes hoy Su voz, no endurezcáis vuestro corazón" (Salmo 95:7-8). ¡HOY, AHORA!

Ríndete incondicionalmente

Dile: "Señor, yo me entrego totalmente a Ti. Mira la bandera blanca de mi entrega. Quiero firmar mi incondicional capitulación. Vengo a Ti con la cabeza baja. Siento profundo dolor por haber permanecido tanto tiempo en mi incredulidad. Me humillo ante Ti. No tengo ningún derecho al perdón de mi culpa. Pero conozco vuestro gran amor que habéis revelado en Vuestro Hijo. Me habéis atraído con vuestro amor, Señor, haz conmigo lo que quieras, pues sé que tu voluntad es amor.

Señor Jesús, dispón de mí, sin condiciones dispón de mí. Ahora que me he entregado a Ti en la fe, sé realmente que soy propiedad vuestra. Pertenezco como una oveja a tu rebaño. En lugares de delicados pastos me harás descansar (Salmo 23:2).

Oh, Señor, yo estoy indeciblemente agradecido por Tu gracia. No pides nada de mí, sólo que crea en Jesucristo. Me permites presentarme tal como soy, como un pecador, que merecía la muerte eterna, pero por medio de los méritos de Jesucristo recibe la vida eterna. ¡Señor, qué misericordia! Alabo Tu gran Nombre. Solo a Ti pertenece todo honor, también mi redención".

Mira solamente a Él

Quiero repetir eso una vez más. Mira sólo a Jesús (hebr. 12:2). Mira el amor que resplandece en Sus ojos y en toda Su figura, cuando Él te invita: "¡Ven!" Cree ese Evangelio tal como se encuentra en la Biblia. No le quites nada ni le añadas nada.

Vete a Jesús como un pecador. Sabes que en ti no mora el bien y únicamente por la gracia puedes alcanzar el perdón de Dios. Ven y cree en Su Palabra, cuando dice: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar" (Mt. 11:28). "Si oyes hoy Su voz, no endurezcáis vuestro corazón" (Salmo 95). HOY...ahora, en este momento. Vete a él, no con tu propio poder, sino en el poder de Su Palabra y del Espíritu Santo, que Él ha prometido. Escucha a Jesús, que ha dicho que nos debemos hacer como un niño, sino no podemos entrar en el reino de los cielos. Cree sencillamente lo que Él dice, aunque no lo comprendas todo. Créele cuando dice que nadie puede venir a Él, si el Padre no le trae. Créele igualmente, cuando Él te llama para que vengas a Él. Déjale que te aclare aquellos conceptos que pueden ser contradictorios para nuestra mente. Sé como un niño. Deja que Él entre en la casa de tu corazón, cuando llame a tu puerta. Recíbele con plena confianza y cordialidad. No lo aplaces ni un momento. Deja todos tus prejuicios a un lado. Piensa que Él quizás haya estado llamando durante mucho tiempo. Dale el honor que le pertenece. Glorifícale como Jesús (esto es: Salvador), como Señor y Cristo (esto es: Ungido con el Espíritu Santo). Él es el Buen Pastor. Él busca siempre la oveja perdida. Nada le gusta más que llevar la oveja perdida en sus brazos de nuevo al redil, donde se encuentran todas las suyas, el redil del padre. Clama a Él y antes que clames, ya responderá Él (Is. 65:24). Declárale tu culpa y descansa en Su perdón lleno de amor, descansa para siempre en Él.

Capítulo 13

UNA MIRADA EN EL SÓTANO DE TU ALMA

Llamada a la puerta

En la carta que el Señor Jesús dicta a Juan para la iglesia de Laodicea, dice: "He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él Conmigo" (Ap. 3:20).

¡Qué maravilloso es eso! Imagínate por un momento. Tú escuchas por la Palabra de Dios (eso lo hace perceptible el Espíritu Santo) la llamada del Señor Jesús a la puerta de tu alma. Tú vas a abrir...¿y quién está allí delante de ti? Nada menos que el Hijo de Dios, el perfecto Hombre Jesucristo.

Él no está allí como un cartero, que te trae un paquete reembolso que lo puedes aceptar o no. Él viene a ofrecerse a Si Mismo. Él dice: "Yo quiero hospedarme en ti. ¿Quieres recibirme en tu alma?"

Esto es fascinante, que el Señor te pregunte si Él puede entrar a ti. Él no tenía necesidad de preguntártelo, podría decir, porque Él tiene todo derecho sobre eso. Ya que "todas las cosas por Él (la Palabra) fueron hechas y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn. 1:3).

Luego también tú has sido hecho por esa Palabra hecha carne que ahí está ante ti. Pero por eso eres legalmente de Su propiedad y puede entrar sin llamar a la puerta.

¿Por qué Él no hace eso? Porque Él no te considera como una cosa. Tú has sido creado como hombre a la imagen y semejanza de Dios. Esa imagen de Dios en ti ha sido desfigurada por el pecado, pero permaneces siendo hombre; no te has vuelto una cosa por el pecado. Hemos permanecido hombres, también cuando a veces nos comportamos como brutos.

Ahí, pues, está Jesús delante de ti. Él está preparado para hospedarse contigo. Pero Él Mismo quiere arreglar la casa de tu alma a Su gusto.

Eso comienza con la limpieza. Él Mismo la quiere tomar totalmente en sus manos. Para eso Él no te puede usar a ti.

Naturalmente tu mismo te avergonzarás, porque sabes qué clase de desorden

hay en tu casa. Nada está en orden. Es un desbarajuste.
También está mugriento.

¿Doloroso?

Te dije que Jesús quiere tomar sobre Sí la limpieza total de la casa de tu alma.
No quiere que tú le echés una manita.

A primera vista puede parecer penoso. Desde nuestro afán de imponernos
tenemos la tendencia a refunfuñar: "¿Yo no cuento para nada? ¿Yo mismo no
puedo aportar nada? ¿ Mi salvación sólo debe venir del Dios soberano? Estoy
totalmente dispuesto a ayudar en la limpieza de mi casa, si hace falta con mi
propia sangre. ¿Por qué no quiere Él aceptarlo?"

Pero cuando el mensaje de la Biblia, la doctrina de la absoluta libre gracia de
Dios, bajo la iluminación del Espíritu Santo te hace ver bien, es un alivio para ti.
Entonces sabes que nunca más tendré necesidad de preocuparme si he llegado a
todos los rincones y agujeros con mi bayeta o con mi trapo de quitar el polvo.
No tengo porque estar temblando, cuando Dios quiere venir a visitarme. Puedo
estar seguro que la casa está totalmente limpia y completamente amueblada a
gusto del Padre, ya que nadie le conoce mejor que el Hijo.

Llevar frutos en y por Él

Cuando has dejado hacer a Jesús libremente, no necesitas preocuparte nunca
más. No necesitas gastar ningún tiempo y energías en un extremo esfuerzo por
hacerte mejor, para que Dios tenga complacencia en ti.

Debes estar seguro de que esa complacencia de Dios reposará siempre sobre ti,
porque la razón para eso no está en ti mismo, sino en alguien fuera de ti, es
decir en Jesucristo con Quien tú por la fe estás inseparablemente unido en lo
sucesivo.

Desde ahora puedes con toda sencillez y tranquilidad levantar los ojos hacia
Jesús. En Él lo tienes todo. Y si confías en Él totalmente, Él Mismo tendrá
cuidado que tú no te deslices a escondidas en busca de ti mismo en el sentido
mundano. Ya que él ha prometido: "El que permanece en Mí, y Yo en él, éste
lleva mucho fruto" (Jn. 15:5).

¿Qué es creer?

Entretanto podemos dar una nueva respuesta a la pregunta: ¿Qué es creer?
Crear es abrir, cuando escuchas la llamada de Jesús a la puerta de tu alma, y le

recibes junto a ti. O dicho sin rodeos: Creer es confiar totalmente en Jesús. Creer es no esperar nada de ti, sino esperarlo todo de Jesús.

Capítulo 14

MATICES DE LA CULPA

El hombre es un ser complejo. En su alma hay regiones más bajas y más altas. Hay en él una clara conciencia y también una vida anímica inconsciente. Acontecimientos y situaciones de antes, sobre todo de su infancia, pueden influir con gran calado en la inteligencia y en la voluntad consciente, sin que el hombre se haya dado cuenta.

Por eso pienso que es bueno en este capítulo profundizar en la pregunta: ¿Hay matices en la culpa? ¿Podemos ser en un determinado pecado más o menos culpables?

Santiago en su carta hace una distinción entre una tentación de nuestra propia codicia (concupiscencia) y una codicia que ha fructificado, ésta da a luz el pecado. Esto quiere decir que nosotros con nuestra propia voluntad decimos sí a esa concupiscencia.

Tres clases de reacciones

1. Un hombre se puede sentir impresionado por otra mujer, porque es una belleza. Eso no tiene nada que ver con el pecado. Ya que es una consecuencia de su sentimiento hacia la belleza femenina.

2. También puede sentir en sí el deseo de intimidar con ella. Eso en sí es un deseo pecaminoso, porque ese deseo proviene de nuestra naturaleza pecadora. Tal deseo es una consecuencia del desequilibrio de todo nuestro ser, que hemos recibido de Adán y Eva.

3. Pero el deseo se hace un pecado personal, cuando con nuestra voluntad consciente lo consentimos y tramamos planes, de cómo satisfacer ese deseo pecaminoso.

Según esto la decisión de la voluntad de pecar nos hace personalmente pecadores.

Paso a la Segunda Parte

En los capítulos anteriores he dejado ver que en primer lugar debemos recibirle a Él muy personalmente como nuestro Salvador.

En la segunda parte espero demostrar: Creer es además recibir a Cristo como tu Señor.

Tú no puedes recibirle como Salvador, mientras le niegues como tu Señor. Cristo no puede dividirse. Él es Salvador y Señor.

La fe sin obras está muerta.

No POR obras, pero tampoco SIN obras.

"La fe sin obras está muerta" (Stg. 2:25).

"Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef. 2:10).

"No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mt. 7:21).

"Todo lo que no proviene de fe, es pecado" (Rom. 14:23).

"La fe que obra por el amor" (Gal. 5:6). El amor es la prueba comprobatoria de la fe.

¿En qué se reconocerá que alguien es un verdadero cristiano, un discípulo de Cristo?

Jesús lo dice: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Jn. 13:35).

"Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos" (Ef. 1:15).

Eso significa: La base es la fe, pero la fe sin amor es una cápsula vacía. Debe ser una fe en Jesús, el Salvador (Mt. 1:21), pero igualmente una fe en el Señor Jesús; eso significa que Jesús es nuestro Maestro, Quien nos lo ha dicho y cuyo ejemplo de amor queremos seguir.

Ese amor en primer lugar a los "santos", es decir a los cristianos e hijos de Dios, los hermanos y hermanas de Cristo y también nuestros.

Una iglesia, donde permanentemente andan a la greña y donde siempre hay una crítica amarga y destructiva hacia los otros cristianos, no muestra el rasgo característico del templo, en el que mora el Espíritu Santo. Pero también debemos tener amor para con todas las gentes: "Así que, según tengamos

oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe" (Gal. 6:10).

Nuestra fe es la fuente

La fuente de la cual procede nuestra vida de santificación, es según esto la fe. Nuestra vida sólo, puede llevar el fruto de las buenas obras "conforme a la medida de la fe" (Rom. 12:3), que hemos recibido y que practicamos. De Abraham está escrito que él "se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios" (Rom. 4:20). Por consiguiente hay una interacción: según en la medida que hemos creído y lo hemos practicado, daremos más gloria a Dios; pero también al contrario, en la medida en que demos más gloria a Dios, también nuestra fe se fortalecerá.

La fe es un don, pero también un ejercicio, un encargo para nosotros. Por eso pudo con razón amonestar a Pedro: "¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?" (Mt.14:31). Y también Santiago nos anima a no dudar, cuando pedimos algo a Dios. "Porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra" (Stg. 1:6).

Capítulo 15

JESÚS RECIBIDO COMO SEÑOR

En la Primera Parte he elogiado la gracia de Dios. Dios nos ofrece cosas maravillosas sin que para ello nosotros necesitemos hacer nada. Es totalmente gratuito, gratis, un regalo. Sólo necesitamos aceptarlo. Cuando oímos por la Palabra y el Espíritu la llamada de Jesús a la puerta de nuestra alma, podemos y debemos abrirle, y dejarle entrar recibéndole como nuestro Salvador. Y en el mismo momento que hacemos eso todas las riquezas de la gracia de Dios están al alcance de la mano.

Pero nuestro pecador corazón siempre pretende de nuevo manipular el mensaje bíblico, para que nuestro "yo" obtenga algo sin que le corresponda.

No es barata

Que la gracia sea gratis, lo entienden muchos en el sentido de que la gracia es barata. Para ellos esa idea es muy atractiva. Piensan que pueden negociar con las cosas del cielo y que pueden eludir el infierno con el trapicheo de sus "buenas obras".

No, la gracia en manera alguna es barata. En primer lugar, porque Jesús la tuvo que obtener con Su sangre. Con ella nos ha comprado y pagado (1 Cor. 7:23). Pero la gracia también nos "cuesta" a nosotros todo el "yo". Nuestro pecador "yo" tiene que morir con Cristo. No sólo Cristo tuvo que ir a la muerte para poder salvarnos a nosotros, también nosotros debemos morir con Él. Pablo dice: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gal. 2:20).

Pero - no me cansaré de repetirlo - ese abandono de ti mismo no es una especie de medio de pago aparte.

¿Por qué entonces ese precio de tu propio "yo"? La razón de ello es que Jesús solamente quiere entrar a nosotros como Salvador, si al mismo tiempo le admitimos como el Señor de la casa.

Para hacer más fácilmente comprensible esta enseñanza bíblica, utilizaré este símil: Jesús no sólo viene con un coche de la limpieza para como Salvador limpiar la casa de nuestra alma, antes de ir a establecerse en ella. Él trae

también un coche de mudanzas. Él quiere decorar la casa de nuestra alma de tal manera que se sienta en Su casa. Él tiene su propio gusto; ese es el amor. Debemos dejarlo hacer a Su propia voluntad, porque Él quiere preparar toda nuestra casa según el estilo de Él Mismo y de Su Padre: el amor. También quiere tener entrada libre a todas las habitaciones de nuestra alma. Nada debemos cerrar y esconder con llave. Y eso nos asusta. En realidad no lo queremos. No podemos hacer otra cosa que tener las llaves en nuestras manos. Pero... eso también pertenece a la magnificencia de la gracia: Él toma en las manos nuestra voluntad y la transforma totalmente. "Y me hace pronto y aparejado para vivir en adelante según Su santa voluntad" (Cat. Heid. dom. 1).

Jesús es leal

Advierte que Él quiere ser solamente nuestro Salvador, si además le admitimos como Señor de la casa. Él les dice a los que le quieren seguir, que primero deben considerar los gastos (Lc. 14:28).

Debes saber lo que te reporta seguirle. Entregarte a Él en fe significa estar dispuesto a que Él en lo sucesivo podrá disponer totalmente de ti. Eso lleva consigo que te debes negar a ti mismo, llevar la cruz detrás de Él y seguirle en todo, incluso cuando esto signifique que chocas con toda tu familia. "Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo" (Lc. 15:25-35).

Jesús anuncia: La vida del creyente es una continua lucha; lucha interna y externa. Cuando tú confiesas abiertamente que quieres pertenecer a Cristo, la gente del mundo te será hostil. Ya que Cristo es un juicio para el mundo. Por eso el mundo odia a Cristo e intentará siempre expulsarlo, como cuando le expulsaron y le llevaron a la cruz.

Una vez más el Señor se lo hizo saber a sus apóstoles claramente: "Si el mundo os aborrece, sabed que a Mí me ha aborrecido antes que a vosotros". "El siervo no es mayor que su Señor. Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán" (Jn. 15:18-20).

Ninguno puede servir a dos señores

Esa es una palabra del Señor Mismo. Muchos "cristianos" piensan que esta

afirmación de Jesús no es verdad, al menos lo fingen. Ellos se sienten en este mundo como en su casa. Por tanto ni externa ni internamente se advierte diferencia alguna entre ellos y la gente del mundo. Su cristianismo es sólo un barniz. A veces sazonan sus pensamientos en esencia mundanos con algunos textos bíblicos. Les gusta llevar el nombre de cristianos, pero no es nada más que un nombre. En su corazón no conocen a Cristo y tampoco pertenecen a Él. Santiago pronuncia contra tales "cristianos" estas gravísimas palabras: "¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?" (Stg. 4:4). Explica que por el hecho mismo de decidirte por el mundo, te haces un enemigo de Dios. Ese es un hecho, y ese hecho no se quita con una cascada de palabras devotas y amaneradas o una música religiosa excitante. Eso es lo mismo que Jesús también ha dicho: "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno o menospreciará al otro " (Mt. 6:24). Y Él da un ejemplo práctico: "No podéis servir a Dios y a las riquezas (mamón)". Mamón es el dios del dinero. La gente que ha hipotecado su corazón en el dinero y el poder, no pueden pertenecer a Jesús.

Anhelar la perfección

Un creyente ha roto internamente por completo con el mundo. Le ha dicho no drásticamente en el momento que recibió a Cristo en la casa de su alma como Salvador y Señor.

Pero, no te asustes, si después de tu conversión a pesar de todo permanece en ti el tirón del mundo. Por la fe en Cristo he sido hecho un nuevo hombre, pero el viejo hombre todavía permanece en parte. Y ese viejo hombre sigue guiñando al mundo y a sus gustos pecaminosos.

Por eso Pablo a los que se han entregado en una verdadera fe a Cristo les amonesta: "No os conforméis a este siglo" (Rom. 12:2). "Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia que es idolatría" (Col. 3:5).

Nosotros estamos llamados a alcanzar la perfección, pero la Biblia nos dice que aquí en la tierra nunca alcanzaremos del todo esa perfección. Incluso un hombre como Pablo reconoce: "No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo..." (Fil. 3:12). Y aun así: "Sed, pues, vosotros perfectos" (Mt. 5:48).

Alegría

El apóstol Pedro lo dice con toda contundencia: "Os alegráis con gozo inefable y glorioso" (1 Pe. 1:8).

Esa alegría tiene su fundamento en la gloria de Cristo que por medio de la fe nos embarga. Y esa gloria de Cristo es la misma que la gloria de Dios.

Así ora Pablo por los creyentes de Éfeso: "para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos" (Ef. 1:17,18).

Indecible

Cuando nos entregamos en fe a Cristo, nos hacemos uno con Él. Jesús Mismo describe esa unidad en la parábola de la vid y los pámpanos. "Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto" (Jn. 15.5).

Esa es una experiencia indecible. Por eso Pedro adecuadamente habla de una alegría "indecible", con la que nos alegramos en Cristo.

Esa experiencia es diferente en cada creyente. Eso lo hace todo aun más hermoso, Cristo no mandó a los Suyos que vistiesen un mismo uniforme. En Gálatas 3:27 dice Pablo que los creyentes han sido bautizados en Cristo y que están revestidos de Él: "Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos". Cristo no anula nuestra propia personalidad, antes al contrario la hace florecer plenamente. En Él precisamente podemos ser nosotros mismos en plenitud.

Solemos decir: "El vestir hace al hombre. Pues bien, cuando nosotros hemos llegado a la fe, recibimos el mejor traje que nos podíamos imaginar: Cristo Mismo. Somos revestidos de él.

Pero no somos sólo externamente vestidos de Cristo. No sólo nos colgamos Su joyas: Su justicia y santidad; Cristo penetra con Su Espíritu muy dentro de nuestro interior. Por eso hace de nosotros una nueva creatura (Gal. 6:15) Morimos a nuestro pecador "yo", pero resucitamos a un renovado "yo" junto con Cristo.

Capítulo 16

JESÚS PURIFICADOR Y SANADOR

Cuando hemos dejado entrar a Cristo como Señor de nuestra casa y hemos aceptado Su invitación para que Él prepare todas las habitaciones según su gusto, entonces nos espera una profunda felicidad.

Entonces podemos hablar continuamente con Él, pedirle consejo, dirigirse a Él buscando la fuerza que necesitamos, recurrir a Él para salvar obstáculos.

Qué privilegio es: La Sabiduría de Dios mora por medio de la fe en ti y por eso tienes siempre entrada "hasta alcanzar las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en Quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Col. 2:2,3).

¡Maravillosa es esa conversación con el Señor Jesús! De una u otra manera el contenido de esa conversación es siempre Su Palabra, porque Él Mismo se ha pronunciado totalmente en la Escritura. Esa Palabra Él la confecciona muy concretamente para nosotros por Su Espíritu.

Entonces la Biblia no es más una colección de textos muertos desde edades muy remotas. Entonces esos textos comienzan a destellar ante nosotros. Esas palabras son una amonestación y consolación muy personal, que Jesús dirige directamente a mí.

En la tinaja

¿Cuál es el objetivo de la conversación que Jesús quiere mantener conmigo? Una de esas finalidades la formula Pablo así: "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la Palabra, a fin de presentársela a Sí Mimos, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante" (Ef. 5:25-27). Ese es por lo tanto un primer objetivo de Cristo: Él quiere en la conversación con la Palabra purificarnos de todo egoísmo sucio y soez. Él quiere hacer de cada uno individualmente y de todos juntos como iglesia, una esposa que irradia puro amor. Y Él hace eso metiéndonos a cada paso en el baño de la Palabra. Él nos hace ver por la Palabra de Dios donde están nuestras manchas, nuestro pecado y defectos. Él lava la culpa de esas

manchas con Su sangre, pero al mismo tiempo por medio de esa palabra nos atrae hacia Sí de una manera muy íntima e intensa, para que también seamos llenos con ese mismo puro y misericordioso amor que a Él tanto le caracteriza.

Jesús nuestro médico

En el Antiguo Testamento Dios se llama médico (sanador) de Israel. "Yo soy el Señor tu Sanador" (Ex. 15:26). Jesús ha tomado esa misma imagen y la aplicó a Sí Mismo. Cuando los fariseos le reprocharon que Él aceptaba la invitación para comer con los publicanos y los pecadores, se lo tomaron muy a mal. Pero Jesús respondió: "Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos" (Mt. 9:12).

Según esto Jesús quiere ser un verdadero médico para nosotros. Pero un médico a veces tiene que meter el bisturí en un tumor. Eso puede ser doloroso, pero realmente necesario.

Pero Él es el médico en Quien puedes tener toda confianza. En todo compruebas Su amor. Él maneja el bisturí en el descubrimiento de nosotros mismos con una mano cálida. Él quiere descubrirnos nuestro misterioso egoísmo.

El demonio dinero

De eso nos quiere librar Jesús. No quiere que seamos esclavos de nuestra cuenta bancaria. No quiere que estemos hurgando en los billetes de banco y regodeándonos en lo que poseemos, ya sean billetes de cien o de mil. No quiere que nuestros ojos se inclinen a la fiebre del oro. En Su Palabra Él llama idolatría al ansia y sed de dinero. No podemos al mismo tiempo confiar plenamente en Él y buscar nuestra seguridad en las riquezas. No podemos reclinar nuestra cabeza en el pecho de Mammón y llamar Señor a Cristo con un corazón puro. No quiere decir esto, que un cristiano no pueda ser un hombre de negocios. Pero nunca un esclavo. Hasta cierto punto debe ser un juego para él. Se le permite poner atención en el juego, siempre y cuando él lo vea como un medio hacia un objetivo superior.

He conocido a un hombre de negocios (ya ha muerto) que tenía una gran empresa, que dio 197333 \$ para hacer posible la traducción de la Biblia al Malayam, el idioma que se habla en la ciudad de Kerala en la India. Y sé también que él vivió de una manera sobria. Esto es una clara muestra de que un hombre

así no es esclavo de Mammón.

Pero por otra parte la posesión de mucho dinero es una tentación. Jesús Mismo ha señalado sobre esto: "¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!" (Lc. 18:24).

Sexo

La inclinación hombre y mujer del uno al otro proviene de Dios. ¡Cómo Él ha realizado todo eso de un modo maravillosamente hermoso: ese edificio del cuerpo, esa posibilidad del amor que todo lo abrasa, que también hace transparente la relación sexual, elevando hasta las cotas más altas lo humano! Por eso podemos comprender que la Biblia utilice la relación entre el hombre y la mujer, su plenitud de amor, aun corporalmente, como imagen del amor de Dios con Su pueblo y de Cristo con Su iglesia.

Pero desde la caída de Adán y Eva, el pecado está activo en el hombre, como un poder demoníaco que quiere hacerlo todo añicos, aun lo más bello del hombre. Entonces lo sexual degenera en una caza de esa determinada sensación de placer. Ese don de Dios se hace inhumano. El hombre y la mujer se vuelven objetos de placer el uno del otro.

Cristo no quiere eso en los Suyos. Él no quiere que se rebajen hasta la estupidez sexual. Quiere que el verdadero amor vibre y abraza toda relación sexual de los Suyos, cuando como marido y mujer se entregan el uno al otro.

Jesús lo hace todo bello y puro. Él sabe cuánto hemos sido desfigurados por el poder del pecado. Por eso Él está siempre bendiciéndonos y perdonándonos, también cuando como marido y mujer nos declaramos el amor con la más íntima ternura.

Ambición

La raíz de todo pecado es la soberbia, la adoración de tu propio "yo". De ahí salen las riñas, las guerras, la amargura, el odio, la desconfianza, la alegría por el mal ajeno, las explosiones de rabia, las mutuas mutilaciones tanto síquicas como físicas y al final la muerte corporal o la destrucción espiritual de un semejante.

En la soberbia hacemos de nosotros mismos el centro de todo. Y eso no puede ser. Si todas esas gentes hacen de los "yos" el centro de sí mismas, tiene esa inevitable consecuencia: el caos más absoluto, la descomposición total, la muerte.

Por eso Jesús aborrece toda honra y sed de dominio. Él es todo lo contrario. Con razón nos anima a: "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt. 11:29). Y el fruto maravilloso de esta humildad y mansedumbre es: "...y hallaréis descanso para vuestras almas".

La gente que busca su propia gloria, se siente siempre amenazada. Se dan perfecta cuenta que los demás no tienen ninguna gana de estar siempre inclinándose ante ellos, incensándoles y aplaudiéndoles. Por eso nunca reposa su alma. Siempre anhelan de nuevo la gloria y el poder.

Celos, maliciosa fruición, suspicacia

Esos son los frutos agrios del infierno, los frutos del árbol de la muerte. Están llenos de veneno y envenenan la vida comunitaria, son causa de divisiones eclesiales, de arraigados odios familiares, de mucha tristeza y frustración. Eso nunca es compatible con un trato vivo y lleno de amor con el Señor. ¿Cómo puedes gozar del amor de Cristo, que irradia desde la cruz sobre ti, si no puedes ver brillar el sol en el estanque del otro, y la amargura entra a raudales en tu corazón al ver la felicidad y el éxito del otro; si encuentras un falso placer, cuando el otro es puesto en su sitio y de una posición de la que él gozaba se derrumba por causa de un pecado o una debilidad; si siempre descubres lo negativo en los otros y no buscas miel sino veneno en ellos, de modo que te decepcionas, cuando se pone de manifiesto que ese otro había tenido buenas intenciones?

¿No te das cuenta que en ese momento no estás reclinado sobre el pecho de Cristo, sino que absorbes la obscuridad del pecho del diablo, el acusador de los hermanos, "el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche" (Ap. 12:10) y que tú, si continúas así, un día serás arrojado con él?

Como un cordero...

Jesús quiere librarnos de toda esa amargura. Cuando nos hemos entregado a Él en confianza, comienza una conversación con nosotros. Lo hace con mucho tacto. Él sabe muy bien, que detrás de esa ansia de valer se asienta con frecuencia un amargo sentimiento de inferioridad.

Él conoce las heridas que quizás han sido hechas en nuestra alma infantil, cuando fuimos injuriados, importunados y humillados por los mayores, incluso

por nuestros propios padres.

Jesús comienza esta conversación llevándonos muy cerca de Él. Nos describe la gloria que nos espera en unión con Él. Nos hace ver poco a poco, que debemos negarnos a nosotros mismos. Y para hacernos eso más fácil nos muestra Su propia muerte. Él nos mete en Sus sufrimientos. Nos hace partícipes de Su angustia en Getsemaní, cómo no retrocedió ante esa humillación máxima de la flagelación y la muerte en la cruz, cuánto le costó ese sudor de agua y sangre. Nos lleva hasta el tribunal de Caifás, Herodes y Pilatos, y nos muestra cómo Él se calló allí: "Como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió Su boca" (Is. 53:7).

Él nos invita a venir al pie de Su cruz para ver todas esas heridas en Su cuerpo desnudo, clavado al madero, y para que escuchemos las palabras que Él pronuncia allí, sobre todo aquel suspiro: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc. 23:34).

Entonces Él nos dice: "¡Haced ahora vosotros también así! Sed inclinados al perdón. Procurad no ver el lado negativo en el otro. Buscad en él lo que le disculpa. Sed misericordiosos como Yo también soy misericordioso, concretamente también contigo".

Esclavitud

Todos los cristianos están de acuerdo que la dependencia de las drogas no está de acuerdo con una vida de entrega a Cristo como Señor.

Pero cuando se trata de otras formas de esclavitud, entonces la unanimidad se desvanece. Pues hay cristianos que hablan con agrado de una determinada esclavitud.

Se me hace difícil comprender eso. Ya que toda esclavitud está en contra de la libertad de los hijos de Dios. Se nos permite ser esclavos de Cristo. Se nos permite dejarnos encadenar totalmente y llevar por Él. Puede atraer hacia Sí todas las fuerzas y debilidades de nuestra alma. No hay ninguna cosa más bella que ser esclavo o esclava de Cristo, porque a la vez somos los hombres más libres (Jn.8:36).

¿Cómo se puede compaginar eso con la dependencia de uno u otro estimulante? Se da cuenta de que yo me expreso con cautela, porque me da miedo imponer las propias normas a los otros.

Pero permítaseme nombrar algunas formas concretas de esclavitud.

Esclavo del alcohol

La borrachera la debemos rechazar en cualquier caso. Pablo escribe: "No erréis... ni los borrachos heredarán el reino de los cielos" (1 Cor. 6:10).

Pero aun cuando no te emborraches plenamente y estás como flotando en un clima de suave embriaguez de tu espíritu, entonces no estás de acuerdo con la intención de Cristo. Pablo amonesta: "No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu" (Ef. 5:18).

El gran Agustín llegó a la conversión por la lectura de estos versos: "La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías, y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidias, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne" (Rom. 13:12-14).

Esclavo del cigarro

El gobierno holandés (como otros) ha obligado a los fabricantes imprimir en los paquetes de cigarrillo: "Perjudicial para la salud". También están obligados a mencionar el porcentaje de nicotina, alquitrán y otros ingredientes que componen los cigarrillos.

¿No es estar muy por debajo de la dignidad de un creyente, que ha sido restaurado por Cristo a la imagen de Dios, cuando es esclavo del cigarrillo y paquete tras paquete lo tira al viento? Hay no-cristianos que dejan totalmente de fumar porque consideran que es tirar una cantidad apreciable de dinero, dinero que sería mejor empleado en mitigar las necesidades del Tercer Mundo. ¿Y cómo tú te puedes llamar cristiano, de quien Cristo dice: "vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo" (Mt. 5:13-14), si no puedes mostrar ese dominio de ti mismo?

¿Te das cuenta de que tu cuerpo es el templo del Espíritu Santo? ¿Si el Señor no dejó sin castigo a los que ensuciaron las paredes de Su templo en Jerusalén con aquellas pinturas y una nube espesa de humo, como nos dice Ezequiel 8: 10-11, puedes sentirte tú mejor que ellos cuando ensucias los muros de ese templo con la nicotina?

Esclavo de la comida y de las golosinas

La señora W.P. me escribió: Mi amiga también tenía ese problema de comer y de las golosinas. ¿Sabía usted que muchas mujeres padecen esa esclavitud? Con la ayuda de Dios he sido librada de coacción de la moderación en el comer. Era un círculo vicioso: por un lado el ansia de comer y por otro la línea del cuerpo. Sentía miedo a estar sola en casa, porque entonces tenía que comer. Era un agujero oscuro del que no podía salir, una camisa de fuerza del comer mucho o comer poco. Poder disfrutar de una comida normal no era posible; cada galleta u otro dulce era una amenaza.

El dietista en quien durante muchos años busqué ayuda, a menudo me decía: "tú debes descubrir la causa. Y en lo profundo de mi corazón lo sabía: "Yo no tengo paz, porque no conozco al Señor". Cuando por fin decidí entregarme a Él, decidí no seguir ninguna dieta. Le pedí a Dios si Él me quería enseñar a disfrutar con normalidad de la comida y quitar de mí esa angustia. Y Dios me ha sacado de ese pozo.

Aquí podemos ver que la fe es un poder, que nos pone en situación de vencer todas esas situaciones anormales de nuestra propia vida. Pero debo añadir que la fe no es ningún medio mágico para todos los males. Es un don de Dios.

Capítulo 17

¿QUÉ FRUTO PODEMOS (NO) ESPERAR NOSOTROS?

Si con Cristo viviente estamos unidos como el sarmiento a la Vid, de seguro que en Él llevaremos mucho fruto.

¿Significa eso una vida perfecta, una vida sin pecado?

Nada de ascetismo y perfeccionismo

Por supuesto que debemos aspirar en lo posible a ser hijos libres de Dios y guardarnos limpios para la plena dedicación a Cristo. Pero no podemos caer en el ascetismo, eso es: una inclinación a negarte todo placer, incluso permitido. Pablo previene contra esa corriente: "Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias. Porque por la Palabra de Dios y la oración es santificado" (1 Tim. 4:1-5).

La extrema consecuencia de este ascetismo, en esencia pagano, es el celibato obligatorio a todo un grupo, como es el de los sacerdotes en la iglesia romana. (Existe también el don de continencia, pero eso es un don del Espíritu Santo. Y el Espíritu reparte siempre ese don con una intención, es decir para hacer al hombre más disponible para la predicación del Evangelio, pero nunca como una especie de perfección ideal).

En relación con el ascetismo está el perfeccionismo, un continuo esfuerzo hacia la santidad de vida. Tales personas viven en una crispación. No se pueden perdonar a sí mismos cuando de nuevo han fallado. No viven dentro del espacio del perdón. Tales personas deben escuchar con más atención al Señor, cuando Él dice: "Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad" (2 Cor. 12:9).

Todo creyente lleva fruto

Cuando has llegado a la verdadera fe en Cristo, no puedes decir que sigues siendo el mismo pecador enclenque que antes de tu conversión. Eso puede parecer una actitud humilde pero de hecho es una ofensa al Espíritu Santo, que vino a morar en ti, al aceptar a Cristo como tu Salvador.

En efecto, tú no puedes llevar fruto por ti mismo incluso después de tu conversión. Pero Jesús ha unido a los verdaderos creyentes consigo mismo, como los sarmientos a la Vid. Y Él ha dicho: "El que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto" (Jn. 15:5). Pues, bien, o tú no estás en Cristo (y entonces no eres un verdadero creyente) y así tienes plena razón cuando dices que no hay ninguna diferencia de como eras antes a como eres después de tu fingida conversión; o estás en Cristo y entonces llevas fruto en Él.

Jesús obra esos frutos en ti, porque Él te ha dado Su Espíritu Santo. Y leemos: "Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gal. 5:22). Si tú eres el mismo egoísta de antes, tan falto de amor como siempre, entonces se puede afirmar que el Espíritu Santo no mora en ti y que no estás verdaderamente convertido, porque haces mentiroso a Gálatas 5:22.

Cierto, aunque tú te hayas convertido, permaneces siendo un pecador hasta tu último suspiro, pero un pecador salvo lleva ese fruto de vida de santificación por el Espíritu que mora en él.

Ninguna regla de medir

Pedro escribe: "Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 Pe. 2:21).

Pero eso no quiere decir que debemos poner el ejemplo de Cristo como una ley como medida de nuestra propia vida para ver lo que hemos prosperado o no hemos prosperado. ¿Por qué no?. En primer lugar porque estaríamos de nuevo bajo la ley y no bajo la gracia. En segundo lugar porque correríamos dos peligros: 1. que nos desalentaríamos al no ver ningún avance; 2. que sería motivo de soberbia para nosotros al vernos crecer según la imagen de Cristo.

Debes creer en tu crecimiento en la santificación (aunque tú no lo constates) sencillamente porque Jesús prometió que quien permanezca en Él, llevará fruto por Su Espíritu. Mira siempre a Jesús. Mira Su ejemplo y cree que Su Espíritu por la Palabra formará en ti la imagen del Hijo de Dios.

Mira también a ti mismo, pero sencillamente para humillarte por los pecados que aún siempre cometes. Vete con esos pecados de nuevo a Cristo sabiendo que Él

una vez más te quiere purificar. Así creces en santificación sin que tú mismo te des cuenta. "Entonces los justos... le responderán diciendo: Señor ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber?" (Mt. 25:37).

Suprema gloria de Dios

El más profundo y verdadero afán de un creyente es la glorificación de Dios. Se regocija en cada muestra de honra que se le da a Dios.

Pero el más violento contrario a la glorificación de Dios es el diablo. Contempla a Dios como un enemigo personal y por eso tratará por todos los medios de impedir que Dios reciba homenaje de adoración. Uno de sus trucos más sofisticados es el perfeccionismo. Entonces forja en el creyente la ilusión de que él quiere ser perfecto para con ello honrar a Dios, mientras que el único móvil del perfeccionismo es la propia honra; alcanzar las cotas más altas en la buena conducta, apuntarse las cifras más altas en la lucha por la perfección, el esfuerzo para sobresalir en honradez y devoción.

¿Me permites darte un buen consejo? La mayor gloria que puedes dar a Dios, es el humilde agradecimiento de un pecador que se sabe perdonado por la pura misericordia de Dios en Jesucristo. En ese glorificar no hay lugar para la autoexaltación. Ese glorificar proviene precisamente de la humillación de ti mismo, del reconocimiento de tu propia miseria, y sobre todo de tu grave culpa y perdición.

"Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto" (Prov. 4:18).

Capítulo 18

ES MARAVILLOSO AMAR

Jesús procura no sólo hacerte libre de tus ataduras a cualquier deseo pecaminoso, sino llenar también todo tu ser con el calor de Su amor. Él te hace ver lo maravilloso que es amar de verdad, olvidándote de ti mismo y abriéndote a los demás.

Él te enseña a mirar al otro a través de Sus ojos. Y vas a descubrir sobre todo mucho sufrimiento, aun en aquellas personas que en apariencia parecen felices. Entonces ves que el otro se encuentra cercado por las circunstancias y sus reacciones resultan incontroladas. Cuando esa persona da sueltas a la ira como un rabioso, eso es quizás un profundo grito para darnos cuenta de la extrema desesperación de alguien que se siente como un rechazado, como perfecto solitario.

En todo caso tú entonces vas a comprender que: "No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra ... los gobernantes de las tinieblas de este siglo, contra huestes de maldad en las regiones celestiales" (Ef. 6:12); eso quiere, pues, decir: no es una lucha contra el hombre, sino contra el poder satánico de las tinieblas, que se encuentra invisible alrededor nuestro.

Los cristianos en el matrimonio

Por distintas razones la felicidad matrimonial sólo es posible entre los cristianos. Naturalmente me refiero a los "cristianos" en el sentido bíblico, ungidos con el Espíritu de Cristo, nacidos de nuevo, hijos de Dios, pecadores que por una fe personal en su Salvador se saben salvos y libres.

Tales cristianos "ven" pues el Reino de Dios (Jn. 3:3). Ven la portentosa y hermosa intención de Dios con el matrimonio. Ellos pueden sentirse totalmente limpios ante Sus ojos. También en el mutuo amor y en la entrega corporal del uno al otro se saben santificados por Dios, pues Dios mismo ha tomado este hecho como ejemplo de entrega entre Él y Su pueblo, y entre Cristo y Su esposa la iglesia. También se ven uno al otro desde otra dimensión, es decir, como hijos de Dios, según eso como hermano y hermana en Cristo. Ambos viven en ese radiante agradecimiento por el amor redentor de Dios, por la ternura con la que el Padre misericordioso les rodea día tras día.

Campo de entrenamiento del amor

El matrimonio es un terreno práctico sobre el que tu amor cristiano puede experimentarse lo más concretamente posible. Allí te encuentras tú con tu otro más cercano, tu marido, tu esposa, con quien te has hecho una misma carne. Precisamente como cristiano sabes que el otro es único, totalmente irrepetible. Dios lo ha querido así. Y así también tú quieres dejar al otro en su ser-otro, en su originalidad, como la persona que se ha confiado a mí y a quien yo me he entregado.

Como Dios te ha permitido encontrarle por medio de la fe, de modo que con todo tu ser vas a él, así quieres también encontrar al otro muy personalmente. Tú quieres encontrar en él (la) otro(a) no "algo" sino a alguien. Para ello utilizas la sexualidad y el erotismo sólo como medio para poderte aproximar al otro más profunda y más íntimamente, pero nunca como un fin en sí mismo.

Pero eso requiere mucho dominio de sí mismo. Ante todo tú debes querer aceptar al otro como él/ella es. No te debes poner como objetivo hacer mejor al otro.

Pertenece también al amor el que veas en el otro las más bellas posibilidades. Pero nunca debes "sermonear" al otro en esa dirección. Esa posibilidad la debe descubrir el otro en la manera en la que tú le hablas a él/ella. Así sirves de inspiración mutua.

Así es, pues, también nuestra relación con Cristo. Él nos acepta tal como somos. Después de eso tampoco nos sermonea. Ni pone una nueva ley sobre nosotros. Pero Su amor nos hace descubrir las hermosas posibilidades, que hay en nosotros. Y despierta eso en nosotros por Su Palabra y Su Santo Espíritu.

Consejos prácticos para los casados

"No se ponga el sol sobre vuestro enojo" (Ef. 4:26). También Pablo sabe que los cristianos aunque renacidos de nuevo sufren las molestias del "viejo hombre" y de vez en cuando también los hijos de Dios sufren sus consecuencias. Eso también es comprensible. Aun cuando nos amemos, sin embargo cada uno tiene su propia personalidad, con su peculiar pasado, su propia manera de pensar que recibió de su educación, su propio temperamento, sus propios intereses. Y precisamente eso lo hace tan interesante y enriquecedor, que tú por y en el

amor llegas a poseer una persona totalmente diferente y te haces uno mismo con esa persona.

Y si algo no ha salido bien entre vosotros, ponlo en orden antes de anochecer. Y si eso no es posible, inténtalo al día siguiente o al otro. Quiero decir: no te desanimes cuando no hayáis podido poneros de acuerdo y la noche llega.

No vayas a pensar: ahora debemos vérnoslas con nosotros mismos, ya que no hemos podido realizar lo que está en Ef. 4:26. Y mientras las estrellas brillan sobre tu casa, piensa: "He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel, el Señor es tu Guardador" (Salmo 121).

"Sobrellevad unos las cargas de los otros" (Gal. 6:2). Debemos tratar de comprender las dificultades del otro. Quizás tengas un carácter muy afable, mientras el otro tal vez tenga que soportar la carga de una difícil juventud. Puede ser que su alma haya sido herida durante la niñez por la humillación, por el trato injusto, por la falta de amor y cariño. Por eso tu compañero o compañera tal vez desconfíe con facilidad y sufra un fuerte complejo de inferioridad.

Piensa en lo que dice el Salmo 103: "Como el padre se compadece de los hijos, se compadece el Señor de los que le temen: Porque Él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo".

Tened en cuenta eso mutuamente. No seáis duros uno con el otro. Sé comprensivo con la lucha que el otro tiene que sostener consigo mismo, y a veces también contigo.

"De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros" (Col. 3:13). Es estupendo perdonar así, porque de este modo no estás por encima del otro, sino junto a él como ser humano. Así te das cuenta de que tú también necesitas ser perdonado muchas veces.

Hay personas que "perdonan" desde un sentimiento de superioridad: "Tú has vuelto a caer, no has sido capaz de dominarte. Pero yo, ¡el gran equilibrado!, en mí nunca has podido encontrar algo reprobable. Yo nunca comienzo la discusión. Tú saltas siempre de nuevo en contra de mí. Y yo soy incluso tan grande que también te lo perdono". ¿No te das cuenta que tu consorte se sentirá con náuseas ante semejante autoincensación? ¿Comprendes que tu compañero o compañera no sienta ninguna gana de inclinarse ante ese ídolo de tu "yo"? Perdonaos uno al otro como Cristo también os perdona.

Celebrad vuestra reconciliación. Matrimonios que han conocido el sufrimiento del enfado por recíprocos reproches, saben también del misterio de la reconciliación.

Es como si os encontraseis de nuevo y con más intimidad. Goza de esa reconciliación. A raíz de ese hecho puedes comprender mejor lo que significa esa reconciliación nuestra, de hombres pecadores, con Dios. También nosotros hemos podido estar distantes un largo tiempo de Dios por la tibieza y la inclinación mundana. Pero cuando hemos reconocido nuestra culpa delante de Dios, podemos también experimentar cuán delicioso es, que de nuevo le hayamos encontrado como Padre de misericordia en Jesucristo.

Busca la causa primero en ti mismo

Y si no puedes encontrarla, inténtalo de nuevo. Y si a pesar de todo esa causa no la descubres en ti, inténtalo una vez más. ¿Qué adelantan los esposos con eso, cuando buscan a cada paso la causa de toda miseria en el otro? Supón que finalmente la has encontrado, entonces debes esperar a que el otro pueda y quiera suprimir esa causa. Pero si has descubierto esa causa en ti mismo, procura despejar el camino lo antes posible.

Con toda intención hablo de "causa" no de culpa. Como esposos y más como cristianos debes partir del hecho de que el otro se casó por amor. Por lo tanto no debes concluir que el otro quiera causarte daño. Cuando el otro te causa dolor, con frecuencia es porque reacciona desde su propia autoconservación. Intenta protegerse a sí mismo. Si has comprendido eso te será muy fácil perdonar al otro.

Un pequeño consejo: Leed solos y juntos con frecuencia 1 Cor. 13, y dejad que ese ambiente sublime del perfecto amor os penetre.

Capítulo 19

VIVIR EN Y POR CRISTO

Vimos: Conversión es dar la espalda a tu pecador "yo" y volverse hacia el Cristo viviente. Esa conversión contiene: una absoluta confianza (fe) en Cristo, que ha cargado con tus pecados y los ha borrado, y te hizo hijo y heredero de Dios. Sin esa confianza en la misericordia de Dios, que Él te la ha demostrado en Cristo, nunca te podrías volver realmente a Cristo. Por esa confianza en Cristo que tú has recibido de Dios, en primer lugar te libras de ti mismo. Respiras con alivio en un espacio enorme, el espacio del Amor. Entonces Cristo te ha hecho verdaderamente libre (Jn. 8:36).

¡Pero aún es más! Pablo nos formula esta pregunta admirable: "El que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?" (Rom. 8:32). Parece como si Dios se hubiese querido agotar en Su beneficencia. Él vacía un don tras otro sobre Sus amados, los redimidos por Su Hijo.

Una de las muchas facetas de riqueza de la gracia de Dios consiste en esto: por esa conversión y esa fe no sólo nos volvemos a Cristo, sino que también somos trasladados espiritualmente en Él.

Timidez

¿"En Él... pero puedo, me está permitido? ¡Eso es demasiado grande! ¿Entrar en el Hijo de Dios? Si te dejas penetrar por lo que eso encierra, te echas atrás. ¿Yo, un hombre pecador, en Él?"

Y sin embargo es el Señor Mismo, el que nos anima a vencer esa timidez.

Cierto, esa timidez para entrar junto al Señor, es en sí de por sí buena. Tiene su origen en el temor del Señor. Cuando Pedro vio la gloria de Cristo en la pesca milagrosa, calló de rodillas ante Sus pies y exclamó: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador" (Lc. 5:8). Eso es, pues, precisamente lo contrario de "Él en mí y yo en Él".

Pero Cristo - una vez más: ¡oh milagro de la gracia de Dios! - ha dicho: "El que

permanece en Mí y Yo en él" (Jn. 15:4). "Permanece en Mí"; no sólo se nos permite echar una mirada, sino que Él quiere que estemos y permanezcamos en Él.

Cierto, a causa de la infinita distancia entre nosotros, que somos pobres y pecadoras creaturas, y Cristo, el Creador por Quien todo fue hecho, nunca podíamos tener trato familiar con Él. Un profundo respeto nos debe penetrar siempre, cuando en base a Su invitación nos atrevemos a entrar a Él. Pero también debemos saber por la fe que Cristo Mismo nos lava e incluso nos purifica totalmente con Su sangre.

iii YO EN ÉL!!!

¡Sí, yo estoy, pues, en Él! Él me ha recibido muy cordialmente e intenta que me sienta como en casa. Desde mi rincón silencioso me permite observarle como Él se revela a mí en Su Palabra.

Pero yo hago eso con todo el amor de mi corazón, con la tensión entre ese sentimiento de indignidad y la confianza a la que Él me anima a cada paso.

¡Él hizo todo eso... por nosotros, por mí! No pudo ver que fuese a perderme en extrema miseria eternamente. Esa es la razón por la cual él en Getsemaní, a pesar de Su aflicción y Su angustia, pudo decirle a Su Padre: "No se haga Mi voluntad, sino la Tuya". Él nos quiso salvar, aun cuando sabía que eso sólo sería posible por medio de una muerte terrible.

Él hizo eso por nosotros, pero yo también pertenezco a ese "nosotros". Veo como Su amor enfoca totalmente hacia mí.

¡Padre, glorifícame a través de una muerte atroz!

Él ha querido dejarnos escrita esa oración dialogada con el Padre en Juan 17. Comienza con algo que no está al alcance de nuestra naturaleza caída: "Padre, la hora ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que también Tu Hijo te glorifique a Ti".

¡Eso lo dice Él... al principio de Su terrible sufrimiento, de Su máxima humillación! ¡Cómo puede llamarla una glorificación! Después será apresado, azotado, mofado, abucheado por los líderes distinguidos y por el populacho. Entonces es condenado a muerte. Sus manos son clavadas al madero de la cruz. Entonces Él es izado y puesto desnudo a las miradas de todos. ¿Es esa, pues, la

glorificación de Él de Su padre?

Pero en el Reino de Dios se practican obviamente otras leyes. La ley de Su amor es: "... para que dé vida eterna a todos los que le diste" (verso 2). ¡En eso consiste esa glorificación, que Cristo por Su muerte reconciliadora hiciese posible que el Padre, sin violar el derecho, absolviera a los condenados a muerte e incluso pueda y quiera otorgarle vida eterna!.

¿Y qué es la vida eterna? "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a Quien has enviado" (verso 3).

VIVIR DESDE CRISTO

Si tú has aprendido a conocer a Cristo de cerca y admirar en Su mismo amor, entonces no puedes otra cosa que querer hacerte como Él. Ves en Él la belleza del verdadero amor y deseas ser también revestido tú mismo de ese amor. Entonces intentas, si todavía no has comprendido el Evangelio, primero poner en práctica con tus propias fuerzas ese amor en tu vida. Tomas una actitud firme y comienza una lucha contra tu egoísmo. Pues tú sabes muy bien que el egoísmo es el gran obstáculo para poner en práctica el amor.

Pero tú siempre pierdes. ¿Por qué? Porque el egoísmo es un mal profundamente corrosivo en ti. Ha anidado en cada fibra de todo tu ser.

Te vuelves un luchador sin perspectivas que desanimado y desesperanzado te hace exclamar como Pablo: "¡Miserable de mí! ¿quién me librerá de este cuerpo de muerte?" (Rom. 7:24).

Pero bendito de ti, si no permaneces anclado en esa frustración y como Pablo levantas la vista con fe a Cristo. Entonces lleno de alegría excluirás con él: "Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro" (verso 25). ¿Qué pretende Pablo con ese grito de alegría? Lo mismo que Jesús en la parábola de la Vid y los sarmientos.

Amar desde Cristo

En tanto que por la fe estemos en Cristo, podemos llevar mucho fruto desde Él. Y lo que es ese fruto de Cristo, lo leemos en Gálatas 5:22: "El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz..."

Intenta, mientras estás en Él, mirar el mundo a tu alrededor con Sus ojos y desde Su corazón lleno de amor.

Jesús mira el mundo con ojos afables. ¿Como podía ser de otra manera? Si Su Padre ha dado a Su Hijo, para que todo el que crea en Él, no vaya a perdición

eterna, sino reciba vida eterna (Jn. 3:16).

Procura mirar con los ojos de Cristo a aquellos que te han ofendido y herido. Porque de Él dice Pedro: "Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente" (1 Pe. 2:23).

El resucitar con Cristo a una nueva vida de humilde amor servicial sólo se puede dar desde un morir a nuestro pecador "yo". Ese morir se verifica por la unidad con Cristo crucificado, cuando nos entregamos en fe a Él. Pero ese morir a nuestro pecador "yo" es una tarea diaria para nosotros, y una gracia que Cristo nos quiere regalar.

Ese rechazo del pecador "yo" en uno puede acontecer muy rápido. Cuando en un instante ves por la iluminación del Espíritu Santo, cuán horroroso es el culto al dios del propio "yo". Ves sus terribles consecuencias: la afrenta al Dios Santo y las explosiones en cadena de odio, de rabia, de insinuación, de difamación, de sospecha y de fruición maliciosa, por lo cual todo en el matrimonio, en la familia y la sociedad se hace pedazos. De ahí reciben una profunda aversión, que inmediatamente se agarran a Cristo.

Pero en otros eso puede durar mucho, antes de que lo entiendan ellos mismos. Esperan tanto de su propia piedad. A cada paso se comparan con los otros y entonces encuentran que salen dignamente. Están contentos consigo mismo. El Señor con tales personas debe tener mucha paciencia. Pero no tienen otra salida si quieren ser salvos. Todos deben morir con Cristo, si quieren poder resucitar con Cristo.

"...a fin de que como Cristo resucitó de los muertos para gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Rom. 6:4).

Sí, esa es una gloriosa perspectiva. Si hemos ido a la muerte con Cristo y hemos sido sepultados con Él, entonces nos espera también un alegre día de Pascua. Entonces podemos decir jubilosos: ¡"El Señor verdaderamente ha resucitado" (Lc. 24:34), y yo con Él!

Pero repito: Ese resucitar con Cristo a una nueva vida sólo es posible, si también has muerto con Él. Sólo un muerto puede recibir de nuevo la vida.

Lector(a), ahora le pregunto: ¿Has dicho ya con toda contundencia "no" a tu

pecador "yo"?

Tal vez te preguntes: ¿Pero cómo puedo hacer eso? Incluso en la Biblia está que también los justos pecan continuamente.

Pero si tú radicalmente has dicho "no" a tu "viejo hombre" (Rom. 6:6), entonces es válido: "Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rom. 6:11).

¿Por qué eso debe ser un hecho en ti? Nunca te apoyes en la fuerza de tu voluntad o en la firmeza de tu decisión, porque caerás. Piensa en Pedro cuando afirmó: "Aunque todos se escandalicen de Ti, yo nunca me escandalizaré" (Mt. 26:33). Pero él precisamente negó a Su maestro tres veces bajo juramento.

No, eso debe ser un hecho en ti, porque el Señor Jesús ha aceptado tu entrega en plena confianza a Él. El Mismo te ha traído para romper para siempre con tu pecador "yo". Por eso puede y debe ser un hecho para ti que estás muerto para el pecado y sordo a sus seducciones.

Por eso también puedes constatar lo segundo: Ten en cuenta que estás muerto al pecado, "pero vivo para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro" (fíjate bien en esa importante palabra "en"; tu vives EN Cristo).

"Te alabaré Señor Dios mío, con todo mi corazón, y glorificaré tu nombre para siempre. Porque tu misericordia es grande para conmigo, y has librado mi alma de las profundidades del Seol" (Salmo 86:12-13).

NOTA FINAL

La esencia de lo que es creer

"Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, y la convicción de lo que no se ve" (Hebr. 11:1).

"Una verdadera fe no es sólo un seguro conocimiento por el cual considero cierto todo lo que el Señor nos ha revelado en su Palabra, sino también una verdadera confianza que el Espíritu Santo infunde en mi corazón, por el Evangelio, dándome la seguridad, de que no sólo a otros sino también a mí mismo Dios otorga la remisión de pecados, la justicia y la vida eterna, y eso de pura gracia y solamente por los méritos de Jesucristo".

"¿Cómo eres justificado ante Dios? Por la sola verdadera fe en Jesucristo, de tal suerte que, aunque mi conciencia me acuse de haber pecado gravemente contra todos los mandamientos de Dios, no habiendo guardado jamás ninguno de ellos, y estando siempre inclinado a todo mal, sin merecimiento alguno mío, sólo por gracia, Dios me imputa y da la perfecta santificación, justicia y santidad de Cristo como si no hubiese yo tenido, ni cometido algún pecado, antes bien como si yo mismo hubiera cumplido aquella obediencia que Cristo cumplió por mí, con tal que yo abrace estas gracias y beneficios con verdadera fe".

"Pero esta doctrina ¿no hace a los hombres negligentes e impíos?

No, porque es imposible que no produzcan frutos de gratitud los que por la fe verdadera han sido injertados en Cristo" (Catecismo de Heidelberg, domingos 7,23,24).

"Sin embargo, no entendemos que sea la fe misma la que nos justifica, pues ella es solamente un medio por el cual abrazamos a Cristo, nuestra justicia. Mas Jesucristo, imputándonos todos sus méritos y las obras santas que él ha hecho por nosotros y en nuestro lugar, es nuestra justicia; y la fe es un instrumento que nos mantiene con Él en la comunión de todos sus bienes, los cuales, siendo hechos nuestros, nos son más que suficientes para la absolución de nuestros pecados (Confesión Belga art. 22).

De los Cánones de Dort: "La causa de esta elección es únicamente la complacencia de Dios, la cual no consiste en que él escogió como condición de la salvación, de entre todas las posibles condiciones, algunas cualidades u obras de los hombres" (I,10).

"Sin embargo, el hecho de que muchos, siendo llamados por el Evangelio, no se conviertan ni crean en Cristo... es por su propia culpa" (II,6).

"Así esta gracia divina del nuevo nacimiento tampoco obra en los hombres como en una cosa insensible y muerta, ni destruye la voluntad y sus propiedades, ni la obliga en contra de su gusto, sino que las vivifica espiritualmente, las sana, las vuelve mejores y las doblaga con amor y a la vez con fuerza, de tal manera que donde antes imperaba la rebeldía y la oposición de la carne allí comienza a prevalecer una obediencia de espíritu voluntaria y sincera en la que descansa el verdadero y espiritual restablecimiento y libertad de nuestra voluntad" (III y IV, 16).

Lector(a), muchísimas gracias por poder dialogar con usted de esta manera. Espero y oro que haya sido para bendición.

ÍNDICE

00 Consideraciones

01. Observaciones previas

PARTE I: POR MEDIO de la fe

02. Conversión y fe

03. ¿Qué es creer? Una primera exploración

04. ¿Qué es creer? Una segunda exploración

05. Creer en Cristo es "el" mandamiento de Dios

06. Recibir a Jesús como tu Salvador

07. Su salvación está legalmente establecida

08. La firmeza de la fe

09. La promesa de Dios

10. ¿Quieres tú eso?

11. ¿Por qué tú no quieres eso?

12. ¿Cómo sucederá eso?

13. Una mirada en el sótano de tu alma

14. Matices de la culpa

PARTE II: DESDE la fe

15. Jesús recibido como Señor

16. Jesús purificador y sanador

17. ¿Qué fruto podemos (no) esperar nosotros?

18. Es maravilloso amar

19. Vivir en y por Cristo

Nota final